



*La última rosa
negra*

JULIANNE MAY



La última rosa negra

Julianne May

© 2013, Julianne May

© 2013, Marcelo H. Pissinis, por foto y portada

Buenos Aires, Argentina

DNDA: 5068153

ISBN-13: 978-1490418391

ISBN-10: 1490418393

© Julianne May. Todos los derechos reservados.

A mi mamá, la luz que siempre ilumina mi camino. Con todo mi amor.

No es el tiempo medido en siglos, años o meses, sino los instantes los que, con un hecho o una conducta como una simple mirada, definen todo por su intensidad.

Prólogo

Cuenta la leyenda que, hace muchos años atrás, la Luna fue testigo de una trágica historia de amor.

Una joven y dulce dama había sido condenada, desde su niñez, a unirse a un hombre que no amaba y nunca hubiera podido querer. Este hombre carecía de alma y poco le importaba aquella mujer. Su orgullo y brutalidad eran tan fuertes que el amor no tenía espacio en su ser. Sin embargo, esta frágil y buena mujer fue recompensada con el verdadero amor. Un hombre puro de corazón se cruzó frente a sus ojos y ambos cayeron rendidos a los brazos de la pasión. Pero este amor era prohibido y, por más que las intenciones del caballero fueran sinceras, las familias de los dos enamorados jamás permitirían aquella repentina unión.

Así, los dos amantes decidieron huir la noche anterior a la maldita boda que condenaría la felicidad de ambos. Pero la dama, inocente y crédula, confió aquel secreto a su mejor amistad. Ésta, que carecía de un hombre que la amara, se dejó amarrar por las garras de la envidia y corrió a develar el

secreto a aquel hombre frío y brutal.

Los enamorados, enceguecidos, no dudaron en cruzar la selva misionera en busca de un lugar en el que su amor fuera bien recibido. Sin embargo, jamás imaginaron lo que el destino les guardaba celosamente. El hombre sin alma, ayudado por otros, esperó a la pareja en medio de la selva. Ató de pies y manos al caballero puro de corazón y, sin escrúpulos, violó y asesinó a aquella virginal mujer. Los ojos del buen hombre se llenaron de densas lágrimas de dolor e impotencia que llegaron hasta las orillas del río Iguazú. Pero aquello sólo acabó cuando el brutal y desalmado golpeó al caballero hasta creer dejarlo sin vida.

El maldito marchó y el buen hombre, con su alma herida, parecía hundirse en la oscura y silenciosa muerte. Sin embargo, sus débiles latidos conmovieron a la Luna, que protectora y amante del romance, decidió brindarle la oportunidad de vengar ese amor para que, de esa forma, el joven lograra descansar en paz junto a su amada. Así, convirtió al caballero en un fuerte y aguerrido jaguar. Sólo una advertencia le recordó la Luna al hombre: “No lo mates. Hiérello con la fuerza del jaguar y déjalo morir en la agonía, triste y solo, como merece”.

El jaguar, incontenible, acechó al culpable de esta historia y, sin obstáculo alguno, atacó a aquel infernal hombre. Al probar el sabor de la sangre, el alma del joven puro no pudo contener su odio y, de esa forma, dio lugar a que el corazón del fuerte jaguar se apoderara de sí. Desgarró sin reparo alguno el pecho del maldito y comió su corazón como símbolo de victoria.

La Luna vio la desobediencia del caballero y enojada lo condenó: “Has dejado que el odio y la fuerza del jaguar se apoderaran de ti, olvidando el amor que profesabas. No descansarás junto a tu dulce dama. Desde ahora, vivirás con ese peso el resto de la eternidad. Tu cuerpo no será de hombre, sino de jaguar; vivirás sólo en la penumbra, solitario y perseguido. Y el corazón que has comido mantendrá vivo aquel hombre sin alma dentro de tus nuevas entrañas”.

Y le recordó: “Jamás dejarás de matar y por ello todos te odiarán. Tu tormento será eterno, pues quien te rodee por el odio o el miedo se consumirá.

Pero eso no es todo. Por cada ser que asesines, una rosa negra se pintará en tu cuerpo recordándote tu odio y repugnancia cada vez que en el río te veas reflejado. Llegará el momento en que las rosas serán innumerables pintando tu cuerpo de negro absoluto. Así, tu alma quedará solamente relegada a los ojos del jaguar. Nada podrás controlar del corazón de esta fiera y sufrirás contemplar el odio para el resto de la eternidad”.

El Río Iguazú escuchó el mensaje de la Luna, pero las lágrimas de aquel hombre que, intensas, habían llegado a él lo conmovieron aún más, creyendo injusta la condena de la Luna.

Así, una noche de luna nueva, el jaguar cuya alma aún seguía siendo en parte la del hombre puro, se acercó al río Iguazú para contemplar su horror. El Río aprovechó el instante y, tranquilo, susurró al felino: “Cruel ha sido lo que has hecho, pero más cruel lo que a ti te han lastimado y luego condenado. Por eso, he de ayudarte, joven inexperto. La Luna siempre te seguirá con la mirada y reirá de ti. Pero ella también descansa dejando al cielo desnudo y libre la noche.

Sólo así, cada noche de luna nueva, si tu alma de buen hombre aún vive en el feroz jaguar, podrá convertirte en hombre a escondidas de la Luna. Y sólo esa es tu oportunidad de conocer un nuevo amor que esfume todo el odio de la bestia que has comido y la fuerte presencia del jaguar. Sin dudas, la Luna se conmovió al verte en pleno amor. Tu desdichada condena desaparecerá y tu cuerpo y alma de hombre se mantendrán junto a ese nuevo amor por el resto de tus días”.

El Río, finalmente, le recordó: “Cuando el cielo esté sólo y la Luna se haya ido a descansar, ven a mí, derrama tus lágrimas de dolor y en hombre te convertirás. Pero recuerda, sólo los días en que la Luna no esté. Si en esos días no logras conocer de nuevo el amor, tu alma volverá a estar presa en el corazón del temible jaguar”.

Nadie sabe si esto es real o no. Pero dicen que las sabias almas guaraníes contemplan, en las noches de luna nueva, los intentos del hombre que, sin éxito, retorna al cuerpo del felino. Y lo más triste es que su alma, cada vez más débil, sólo da más espacio al incontenible jaguar. Por cada vez que

disfruta del sabor de una nueva sangre, se apodera más y más de aquel corazón compartido con el alma del buen caballero. Así, sin remedio, su piel repleta de rosas negras comienza a confundirse con la oscura noche misionera.

Capítulo 1

Territorio Nacional de Misiones, Argentina, 1902

Jamás había visto algo igual. La infinita tierra colorada y el intenso verde de aquel lugar hacían que la joven olvidara la humedad y el incómodo viaje en carruaje. Sus ojos color almendra brillaban de la emoción y algunos mechones de su cobrizo cabello se desprendían salvajes al compás del andar del carro. Su fascinación era notoria y si bien eso no fastidiaba al hombre que la acompañaba, sí desesperaba a su nerviosa madre.

—Victoria, querida —pronunció con los ojos inquietos y vigilantes—, acomoda tu sombrero, ¿acaso no ves que tu delicada piel puede dañarse? —

agregó con una intensa y punzante mirada.

Victoria seguía aún inmersa en la belleza del paisaje. Algo había escuchado, pero prefería ignorarla, pues era uno de los pocos momentos en los que podía soñar, imaginar y descansar del diario acartonamiento de su vida privilegiada. De hecho, prefería simplemente ignorar y no hacer lo que, en cualquier otra situación, su impulsivo carácter hubiera dictado.

La guerra entre estas dos mujeres unidas por la sangre era diaria. Y esto él lo sabía. Conocía lo que Victoria pensaba, pero también lo que preocupaba a aquella elegante y refinada mujer.

—Querida Ana, no se preocupe tanto por la piel de su hija. El sol es intenso, pero la humedad y la pronta lluvia ayudarán a que su frescura no se vea afectada. Además, Victoria —dijo mientras codeaba delicadamente a la joven —

guarda muy preciadamente todos sus consejos.

Victoria dio un pequeño salto y se acomodó volviendo la vista a su madre. Los

furiosos ojos celestes de la dama se relajaron y unas delicadas arrugas se hicieron presentes en sus comisuras al sonreír superficial, aunque cordial.

Si Victoria era de un testarudo carácter, tenía de quien heredarlo. Ana Bombel sabía defender su postura, aunque con los modales que su hija tanto odiaba. Su vida se trató siempre de eso: compostura y elegancia. Sin dudas, no era una viuda cualquiera. Criada en la sociedad más rica de Buenos Aires, Ana

sólo pudo pensar en un único hombre tan o más rico que ella: Fernando Bedoya, un prestigioso médico al que todo el mundo amaba. Y esto fue lo que durante mucho tiempo la atormentó como su mujer. Cuando se decía “todo el mundo”

incluía gente adinerada y fina de gran agrado para Ana, pero también aquellas personas que ganaban el pan con el sudor de arduos trabajos forzados. Fernando había sido un hombre muy abierto que no hacía diferencias entre un ser y otro.

Su calma lo había hecho ideal para su profesión, pero su caridad y alma aventurera habían sido características, más de una vez, reprochadas en la alta sociedad rioplatense. Sin duda alguna, Victoria había tomado esto de su padre y Ana buscaba erradicarlo como fuera, pues era inaceptable en una joven mujer.

De alguna manera, sabía que tener a Francisco Elizalde como futuro yerno ayudaría a cambiar la actitud de su hija. Pero esta última travesía en medio de una desconocida zona selvática alertaba en sobremanera los nervios de Ana.

—Sin duda, mi querido Francisco, aunque prefiero que los consejos que salvaguarden la salud de mi hija sean tuyos. No se puede desear más que las recomendaciones de un médico tan sabio como tú —dijo con una formal sonrisa.

Francisco sonrió y dirigió la mirada de sus ojos verdes al frente. De alguna forma, entendía la preocupación por su hija quien estaba más feliz de estar allí de lo que cualquiera hubiera podido imaginar. Francisco lo sabía y por ende también supo qué decir para que su fina futura suegra se tranquilizara.

—No tema, estimada Ana. Recuerde que es un corto período el que estaremos aquí. Entienda usted —agregó con suspicacia— que fue imposible negarse a tal propuesta. El monto que se me ha ofrecido de paga es más que tentador. Imagínese que todo esto no es más que para la lujosa boda que tendremos con Victoria —finalizó con una mirada pícaro a su prometida.

Los ojos de Ana se abrieron y su sonrisa fue propia de la satisfacción por lo que acababa de oír. No así lo sintió Victoria quien, al escuchar las palabras de su futuro esposo, respondió a su mirada poniendo los ojos en blanco en forma de burla. El joven rió y apenas contuvo el deseo de besarla. Amaba el poco interés que tenía Victoria en el dinero. Era un claro punto en común.

Francisco era el hombre ideal para Victoria. Y esto no sólo lo pensaba Ana, sino también el mismo Francisco. Su familia, también de la Ciudad de Buenos Aires, era más rica de lo que en general se creía. Había sido criado con los más rigurosos modales y su educación continuó en la medicina. Francisco había logrado que su nombre no sólo fuera conocido por su apellido, sino también por su labor como profesional. Su presencia era requerida por

innumerables lugares en el mundo, pues sus aportes a la medicina eran tan interesantes como fundamentales. Sin duda alguna, Ana disfrutaba de ello, puesto que Victoria era la prometida y su deber era estar donde él estuviese.

Claro que esto sólo estaba permitido siempre y en tanto Ana estuviese allí presente como la última vez en Francia, en donde Francisco participó de varios

“aburridos” congresos y seminarios.

Pero esta faceta de Francisco era la que prefería ver Ana.

Desafortunadamente, sabía que no sólo esto lo hacía el hombre ideal para su hija. Era humilde, calmo, y entendía a Victoria como sólo una persona había podido hacerlo: su difunto esposo. Allí estaba el problema. Francisco era más bondadoso y caritativo de lo que había sido Fernando Bedoya. Y, si existía algún culpable de la travesía selvática que estaban haciendo en aquel entonces, ese no podía ser otro más que Francisco Elizalde. O, al menos, su faceta humanitaria.

De todas formas, Ana sabía que existía un aliciente a semejante viaje. Un hombre, cuyo apellido aún no conocía, había requerido urgente los servicios de Francisco a cambio de una fortuna que, por lo menos para ella, era imposible rechazar.

* * * * *

El viaje había llegado a su fin. Ana no veía las horas de llegar a sus aposentos a los que esperaba cómodos y confortables. Mientras tanto, Victoria no dejaba de maravillarse por lo que veía. Puerto Aguirre era más de lo que había imaginado. El húmedo aire que respiraba llevó a que su corazón latiese como pocas veces en su vida. Sentía cómo su alma se impacientaba ansiosa por vivir aventuras que intuía prontas. Sintió que aquel lugar la esperaba desde siempre.

Francisco se acercó al hombre regordete que aguardaba en la puerta del viejo caserón. Su nombre simplemente lo redujo a Don Alejandro. Sus ojos pequeños y su piel tostada anunciaban que hacía un buen tiempo estaba allí.

Sonriente se acercó a las dos mujeres.

—Por favor, mis señoras. Dentro la casa, las aguarda mi esposa para guiarlas hasta sus aposentos. Sean muy bienvenidas.

Ana simplemente hizo un soberbio ademán con su mentón. Temía ensuciarse sus manos con las de aquel hombre que, sin duda, parecía estar

expuesto a trabajos con la tierra. Victoria reprobó la conducta de su madre y efusiva tomó con sus dos manos las de Don Alejandro agradeciéndole la bienvenida.

La casa era realmente muy sencilla. Y Ana no pudo evitar su disgusto con la joven que estaba frente a sus narices. Morena, de ojos rasgados y largo cabello negro la miró tímida a la espera de sus palabras.

—Disculpe... señorita —dijo, mirando horrorizada de arriba abajo a la pobre joven—, ¿puede llamar a la esposa de Don Alejandro? Necesito saber si es aquí en donde pasaremos de forma definitiva nuestros días. Entienda que, de

ser así, es imposible por mi bien y el de mi hija.

La joven no podía contestar. Sentía una especie de vergüenza que Victoria detectó al instante. Sintió deseos de gritar a su madre como solía hacerlo. Pero eso significaba una falta de respeto a la pobre mujer que, humillada, sólo pretendía recibirlas de la mejor forma posible.

—Disculpe, señora. Mi madre padece serios problemas en sus oídos.

Seguramente, no escuchó lo que nos dijo su esposo —remarcó con una fugaz e intensa mirada a Ana—. Es un placer conocerla, mi nombre es Victoria Bedoya, la prometida de Francisco —finalizó, tomándole cálidamente las manos.

—Gracias, el placer es mío. Mi nombre es Arami y soy la esposa de Don Alejandro.

Ana se negó a acercarse y simplemente mencionó su nombre completo.

—Les ruego, disculpen la sencillez del caserón. Daremos lo mejor de nosotros para que disfruten su estadía aquí, en Puerto Aguirre. De todas formas, he de anunciarles que será sólo por esta noche, pues mañana por la mañana serán trasladadas a la casa más confortable de nuestro pueblo para su comodidad y seguridad —finalizó Arami, elevando apenas su vista a la de Victoria.

Ana suspiró con alivio y abanicó su rostro con unos finos guantes que hacían juego con su vestido color natural.

—Ha hecho bien en recordárnoslo, señorita... señora, o como sea —

agregó ofensiva—. De no haber sido así, sin lugar a dudas que hubiéramos convencido al Dr. Elizalde para marcharnos cuanto antes.

La muchacha desesperada, aunque tímida, se acercó a Ana para arrodillarse en lo que sería una súplica, pero Victoria, sorprendida, lo evitó tomándola de sus hombros. La joven secó unas primeras incontenibles lágrimas

y respondió.

—Se lo suplico, señora. No se vayan. Necesitamos del Dr. Elizalde como la tierra requiere del agua. Sólo él es quien... —finalizó para contener lo que se convertiría en un claro llanto.

Los ojos de Victoria se abrieron de par en par. Se acercó a Arami y la abrazó. Ésta quiso evitarlo para no generar problemas con Ana, pero la calidez de la prometida de Francisco fue más fuerte. ¿Qué sucedería en aquel lugar para haber hecho suplicar de esa forma a aquella tímida mujer?

El día continuó normalmente para el resto, pero muy distinto para Victoria que hasta se mostró ausente en la cena. Su mente iba más rápido de lo habitual y no había podido dejar de cuestionarse, una y otra vez, sobre la extraña súplica de Arami.

Ya tarde, su cuerpo yacía recostado sobre la sencilla cama y su rostro reflejaba una profunda preocupación. Sus ojos no hacían más que mirar hacia la nada, aunque apuntaban hacia la única ventana del cuarto. La luz era tenue, propia de las noches de luna y el aire pesado ingresaba, silencioso, haciendo danzar las rústicas cortinas. Lentamente, las quejas de su madre sobre las habitaciones se fueron esfumando en un intenso sueño que terminó de cerrar por completo los enormes ojos de Victoria...

La oscuridad era la protagonista de aquel sitio. Victoria respiraba asustada sin saber dónde se encontraba. No podía gritar. Por más que lo intentase, nada salía de su boca más que los suspiros del miedo. De pronto, el lento sonido de una bisagra la alarmó. En alguna parte, una puerta se había abierto. Caminó unos pasos y una línea de intensa luz le indicó que de allí había salido el agudo sonido. La puerta estaba entreabierta, pero lo único que de ella salía era aquella luz; no podía ver más. Por unos segundos, dudó, pero no sólo necesitaba salir de aquella oscuridad; un intenso deseo le dictaba que debía ir.

No lo pudo evitar. A medida que se acercaba, su corazón latía más fuerte y el sudor empapaba sus delicadas sienes.

Ya estaba frente a la puerta. Su mano temblorosa se había apoyado, mansa, sobre el picaporte; sólo debía empujar levemente para poder entrar y así saciar su curiosidad. No quería pensar demasiado o huiría. Simplemente, lo hizo.

El cuarto también se hallaba a media oscuridad. Lo único visible era aquella larga ventana, abierta de par en par, de la que entraba la intensa

luminosidad y un fresco aire que movía, sin cesar, unas traslúcidas cortinas. Se acercó y contempló la noche. El cielo estaba repleto de miles de estrellas y su alma parecía haberse relajado en aquella hermosa vista. Sin embargo, un detalle la incomodó: la luna no estaba allí. Por un momento, le pareció ridículo sentir temor por una noche de luna nueva, pero en cuanto sintió aquel desagradable sonido su corazón latió al modo de un salvaje galope. Giró su cuerpo y, apenas alumbrada por la luz de la noche, siguió aquel repugnante ruido. Trataba de reconocerlo, pero su mente no hizo más que traer a la memoria un desagradable recuerdo de pequeña, en el que los cerdos hambrientos devoraban desesperados restos de entrañas podridas arrojadas a desgano por los peones del campo. De pronto, un olor nauseabundo atestó sus fosas nasales causándole deseos de devolver. Se quiso acercar un poco más, pero sus frágiles piernas tropezaron con un pequeño mueble haciéndola caer al sucio piso de madera. Se hizo un breve silencio. El infernal y asqueroso sonido paró repentinamente y el miedo terminó de agitar sus pulmones. Algo se acercaba a ella, pero no lo podía ver. Tampoco podía gritar. Algo, una bestia, quizá, de la que sólo oía su ronca respiración se acercaba cada vez más a su cuerpo que, débil, se arrastraba por el suelo para poder llegar a la puerta. Sus fuerzas se agotaban y, al momento de llegar a la salida, sintió cómo aquello la tomó por una de sus piernas. Era el fin.

Capítulo 2

—¡No! —gritó desesperada.

El rostro de Victoria estaba repleto de horror y angustia. Agitada, trataba de secar las densas gotas de sudor que caían hasta su mentón. Sus ojos, que aún permanecían perdidos en aquel escalofriante sueño, dieron lugar a la imagen de su preocupada madre.

—¡Victoria! —exclamó Ana alarmada por el aspecto de su hija. Apoyó una de sus manos en la frente de Victoria y volvió a mirarla de más cerca—.

¿Qué te sucede? Tu piel hierve y estás empapada de sudor. Haré que inmediatamente te vea Francisco —resolvió determinante.

Ana se dirigió decidida a la puerta. Su rostro ya no era de preocupación, sino también de furia. Tan sólo había transcurrido un día y la salud de su hija ya se veía afectada por aquel lugar. Francisco debía revisarla, pero antes escucharía aquellos fundamentos más que suficientes para abandonar Puerto Aguirre. Pero Victoria se anticipó y reaccionó frente a esta posibilidad.

—¡No, madre! Por favor, no lo hagas —respondió con fuerzas. Ana se frenó repentinamente y dirigió su rabiosa mirada a Victoria—. En serio, no lo hagas. No es necesario. Fue simplemente... un mal sueño. Nada más.

La elegante figura de Ana permanecía allí, decidida junto a la puerta. Su inmóvil rostro declaraba que por nada había cambiado de opinión. Victoria detectó la testarudez de la mujer y, antes de que ésta pronunciara palabra alguna, movió nuevamente sus labios, aunque con una causa más que válida para los oídos de su madre.

—Por favor, madre. No seamos ridículas. ¿Qué tiene de malo una simple fiebre? No vamos a molestar a Francisco por tan poco, ¿verdad? Seguramente, en este momento ya debe estar preparándose para hablar con el hombre que ha requerido sus servicios. No podemos estorbarlo, más aún si ya ha recibido algo de la paga. ¿No lo crees así?

La realidad era que Ana no sólo deseaba irse de aquel pueblo por los peligros en sí o por lo que pudiera llegar a hacer su hija. La verdad era que odiaba todo tipo de lugar que careciera de las comodidades a las que estaba acostumbrada. Extrañaba su Buenos Aires, sus amistades y sus tardes de té. Y,

sin lugar a dudas, le resultaba fatídico y horroroso contar como experiencia de viaje la visita a Puerto Aguirre. Para ella, había sido un salto más que empinado el haber estado días atrás en la elegante ciudad parisina y luego en un lugar rodeado de peligros, animales desconocidos, tierra —que no hacía más que ensuciar sus finos vestidos— y gente a la que, sencillamente, consideraba indeseable. Sin embargo, su hija tenía razón. Importunar a Francisco no era buena idea y más aun teniendo en cuenta lo que a cambio recibiría. Para que el mismo desinteresado Francisco resaltara el monto que cobraría por sus servicios, era claro que se trataba de un dineral más que importante. Y, desde ya, esto era de sumo interés para Ana. Inclusive suficiente como para resistir unos días más hasta que el prometido de su hija finalizara

con su labor profesional.

La rigidez de su cuerpo parecía, lentamente, desaparecer. Tosió, movió inquieta un poco sus manos y acomodó su esbelta figura. Finalmente, levantó su mentón y con la mirada soberbia simuló haber analizado las palabras de Victoria.

—Bien. Sólo por esta vez —dijo mientras acomodaba un mechón rojizo que cayó sobre su frente—. Debes entender, Victoria, que si me preocupo y estoy aquí, es para velar por tu bien. Pero dadas las circunstancias, reconozco que procurar tu bienestar implica pensar en el éxito de tu futuro matrimonio.

Realmente, actuaría en contra de estos principios si obligara a Francisco a desistir de semejante oportunidad —resolvió con la mirada baja—. Ahora bajaré para avisar que suban tu desayuno y algunos elementos para bajar la fiebre. No te levantes, querida.

En cuanto Ana cerró la puerta, Victoria suspiró relajándose de la situación. No soportaba la rigidez de su madre y menos saber que lo único que la sacaba de esa postura era todo aquello que incluyera dinero. Sin embargo, no era esto ni la fiebre lo que más la preocupaba, sino aquel extraño sueño. El sólo hecho de recordarlo le estremecía la piel y hacía latir rápido su corazón. Había tenido innumerables pesadillas en su vida, pero jamás una que le produjera tales síntomas. Así, lo que la razón no podía explicar quedó en manos de su intuición que, insistente, le repetía una y otra vez que aquello significaba algo especial, aunque aún no lo pudiera entender.

De pronto, la puerta se abrió y los cuestionamientos sin salida de Victoria quedaron en suspenso.

—Señorita Victoria, déjeme ayudarla. Su madre me ha dicho que no se encuentra bien de salud. Por favor, acepte mis disculpas —dijo Arami con un tono suplicante. Rápidamente, se arrodilló al costado de la cama y posó una

venda fresca sobre la frente de Victoria—. Con esto la fiebre bajará enseguida.

Disculpe, mi señorita, disculpe...

—¡Arami! ¡No me supliques más, por favor! —exclamó Victoria a la vez que retiró el trapo para buscar la mirada de la humilde joven—. Que mi madre sea una arrogante y refinada vieja de Buenos Aires no significa que yo también lo sea. Su conducta no es más que una vergüenza con la que debo cargar a diario. ¡Por Dios! ¡Si supieras lo que es vivir con ello! —dijo mientras tapaba su rostro con ambas manos—. Si hay alguien aquí que debe pedirte disculpas, soy yo, Arami...

—No, señorita Victoria. No diga eso, su madre tiene razón. Este lugar no hace más que ponerlas en peligro y lo mínimo que yo debo hacer es pedirles perdón y hacer todo lo posible para que nada les ocurra —dijo Arami con la mirada gacha.

—¡Ah, no! Basta de llamarme “señorita”. Soy, simplemente, Victoria. Y

lo que dices no es más que una completa locura. Este lugar es maravilloso. No se lo puede culpar de una insignificante fiebre que he tenido también en la amada ciudad de mi madre —aseveró, riéndose.

Arami, aún con la mirada baja, frunció sus cejas y mordió extrañamente sus labios. Por unos segundos, quedó en un completo silencio que alarmó a la perspicaz prometida de Francisco. De pronto, se le escapó una fugaz mirada a los ojos de Victoria, pero rápidamente parpadeó y centró su atención en el trapo al que mojó para colocarlo, de nuevo, en la frente de la joven que aún la miraba curiosa.

—Arami —dijo suavemente Victoria, aunque sin obtener respuesta—,

¡Arami, por favor! ¡Habla! Sabes algo más y no te permitiré que te lo quedes para ti sola.

La muchacha movió tímidamente su rostro de un lado hacia el otro como forma de negación. Sabía que podía confiar en la audaz Victoria, pero su temor a Ana y a lo que pudiese ocurrir parecía más fuerte.

Enseguida, Victoria se percató de que sus insistencias eran inútiles tratándose de una joven tan obediente y extremadamente respetuosa como era Arami. Pero tampoco podía darse por vencida, aquella joven mujer se negaba

demasiado como para tratarse de algo poco importante. Sin duda alguna, lo que Arami escondía era más valioso de lo que Victoria y su carácter caprichoso pensaban. Estaba frente a una aventura y, por lo tanto, un gran desafío.

—Arami, te lo ruego —dijo Victoria tomándola de las manos. La joven sintió la bondadosa calidez y, lentamente, subió la mirada. Sus renegridos ojos se detuvieron confusos en los de Victoria como si buscasen algo en ellos. De pronto, el rostro de la prometida de Francisco empalideció y sudó más de lo que en un principio, cayendo rendida sobre la almohada. Arami, la tomó como pudo sin dejar de mirarla sorprendida y horrorizada.

—¡Señorita! ¡Por favor! ¿Se encuentra bien? —cuestionó Arami mientras, nerviosa, despejaba el rostro de Victoria de los rizos cobrizos que adornaban su frente—. ¿Qué ha hecho usted? ¡Dígame! ¡Se lo ruego!

Victoria fregó sus ojos y los abrió recobrando el aliento. Se acomodó nuevamente y enseguida la tomó a Arami del brazo para impedir que fuera en busca de ayuda.

—Arami, ni se te ocurra —dijo seria y segura—. No es nada, ya te dije.

Y si mi madre se entera, va a molestar de nuevo con la idea de irnos. Y, no creo que quieras eso. ¿Verdad? —finalizó, levantándose para vestirse.

—No, señorita, claro que no quiero que se vayan. Necesitamos del Dr.

Elizalde como nunca. Nuestros niños de la aldea están muriendo y ya no sabemos qué hacer. Su bondadoso futuro esposo es el único que ha aceptado ayudarnos. Y no se imagina lo agradecidos que estamos por ello. Pero eso no quiere decir que no me preocupe por su salud y bienestar —aseveró Arami sentada aún junto a la cama.

—Niños de la aldea... —repitió Victoria intrigada mientras trataba, inútilmente, colocarse el corsé y, luego, el vestido rosado que su madre le había dejado preparado—. Así que de eso se trata. Pero ¡qué desalmados! ¿Cómo se les ocurre negarse a curar unos pobres niños? ¡Y qué cobardes! Una selva no puede ser tan peligrosa más aún si hay una aldea y gente que conoce

el lugar —

dijo, y efusiva bufó—. ¿Acaso es muy grave la enfermedad que padecen, Arami?

—Sí, mi señorita. Sus pequeñas bocas derraman sangre pura cada vez que la respiración se les agita. Nuestro señor todo lo intentó, pero nada mejora.

Por eso, para su infortunio, necesitamos de ustedes —respondió Arami con un tono bañado en angustia a la vez que ayudaba a Victoria a colocarse la ropa frente al espejo.

—Tuberculosis. Entiendo. Pero ¿puede ser que sólo ese sea el motivo de tanta cobardía y egoísmo? ¡Qué horror! —exclamó Victoria furiosa.

Arami bajó la mirada y se hundió en un corto silencio del que Victoria nuevamente descubrió un significado.

—Así que tienen un señor que ya trató de curarlos, pero no pudo. Y, ¿es él quien llamó a Francisco para que viniera? —preguntó con astucia.

—No, señorita Victoria. Quien se comunicó con el Dr. Elizalde fue nuestro gran protector. Sin su enorme corazón nuestra aldea quizá hasta ya hubiera desaparecido. Su alma es tan grande que muchos la sentimos como nuestra fuente de vida. —Esbozó una leve sonrisa.

—Bien. Parece un muy buen hombre y, por lo que me dices, no vive allí, en la aldea —dijo Victoria, mirándola en el espejo mientras Arami ataba fuertemente el corsé.

—No, el señor no vive allí, aunque sabe que la aldea es también su hogar.

Él reside en la única antigua y enorme casa que hay en Puerto Aguirre. Está aquí desde hace siglos y siempre perteneció a su familia. De hecho, señorita Victoria, es donde de ahora en más pasarán los días. Estoy segura que su madre allí estará realmente a gusto —afirmó Arami luego de terminar de abrochar el fino y largo vestido de Victoria.

—¡Oh! Qué interesante... Entonces tendremos el enorme placer de conocerlo. ¿Cómo se llama el gran señor? —preguntó con picardía.

—Lisandro Del Pozo, mi señorita. Pero dudo que lleguen a conocerlo, pues el señor nunca está. Siempre se encuentra de viaje y sólo vuelve algunos días al mes.

—Oh, ya veo... Un hombre muy ocupado. Bueno, pero su familia será entonces quien nos reciba, ¿verdad?

—Lo dudo, mi señorita. El señor Del Pozo vive solo, a menos que considere como su familia a Karai y su joven esposa Mimbi. Allí están sólo ellos y, de vez en cuando, la señora Mercedes y su hija Adela visitan al señor para hacerle compañía.

De pronto, el rostro de Victoria volvió a empalidecer, la vista se le nubló y un fuerte calor le produjo un intenso, aunque fugaz mareo. Las imágenes de aquella aterradora pesadilla habían vuelto caprichosas a su memoria.

Arami la tomó por los hombros y, asustada, la abanicó como pudo, pero Victoria, testaruda, simuló recuperarse como si nada hubiese pasado.

—Por favor, señorita. ¡Dígame qué ha hecho usted! ¡Lo que padece no es normal! Lo puedo ver en sus ojos... —resolvió desesperada.

—¡No me hagas reír, Arami! ¿Acaso estás diciendo que puedes ver en mis ojos la estúpida pesadilla que tuve sobre una noche sin luna? ¡Qué ridiculez!

—finalizó burlona, marchándose de la habitación.

El silencio atacó nuevamente a Arami quien, abatida, había quedado sola en el cuarto. Su cuerpo estaba inmóvil y sus dos manos cubrían su boca con fuerte tensión. Era claro. Sus enormes ojos negros lo decían todo; lo que acaba de escuchar la había hundido en un escalofriante y profundo temor.

Capítulo 3

El día había llegado a su fin. Otra vez, una nueva y oscura noche cubría la

selva misionera. Su refugio, al que horas antes había creído resistente y sólido al modo de un gran fuerte, no era más que un blanco débil frente cualquier peligro salvaje. Las fantasías de regresar victorioso desaparecieron dando espacio a las sombras de la preocupación. Su mente deseaba pensar que, tal vez, era la intensa humedad o quizá el extraño y discontinuo ruido de animales lo que hacía a su cuerpo temblar. Sin embargo, él sabía muy bien qué era lo que lo hacía sentir así. Buscó distraerse con algunos naipes y bebió un poco más de alcohol de su vieja petaca, pero su corazón no engañaba, latía tan fuerte que podía escuchar su sonido una y otra vez. Y era tal el temor que hasta sintió que aquello sólo una única cosa podía significar. Una predicción, la peor de ellas: su propia muerte.

Pero no le pagaban para eso. Sabía exactamente lo que debía hacer. Un tiro, quizá dos, y asunto solucionado. De hecho, no podía ser tan complicado, pues ya lo había hecho más de una vez. Luego de haber estado preso y perseguido por varios años, era de lo único que él creía poder vivir. Y si existía algún medio alternativo de ganar dinero, tampoco le interesaba; éste le daba mucho más de lo que cualquier otro trabajo podía ofrecerle en meses. Así, esbozó una sonrisa que le arrugó su última cicatriz recibida en un encargo en Buenos Aires. Bebió un poco más, secó su boca y, satisfecho, tomó su arma a la que limpió sin cesar para evitar caer rendido al sueño.

De pronto, un repentino chillido de ave quebró el silencio que, por unos minutos, lo había mantenido hundido en una superficial tranquilidad. Su cuerpo se sacudió y, temeroso, se aferró ferozmente a su escopeta. No sabía si salir o si quedarse a la espera de su presa. Pero el indomable latido de su corazón, ansioso y repleto de miedo, lo sentía insoportable. Tragó saliva, enjugó el sudor de su frente y, sin más, salió de su guarida, quedando a la intemperie.

Sus ojos apenas parpadeaban e, inquietos, se movían de un lado a otro en busca de una señal, pero el silencio había vuelto a reinar. No había nada más que la intensa oscuridad y una brisa húmeda que, suave, acarició sus pómulos bañados de sudor, producto del miedo. Pero sus incesantes y fuertes latidos le anunciaban que algo se aproximaba. Así, sus temores del principio volvieron a su mente agitando al máximo su maltrecha respiración. El miedo inundó no sólo

su cuerpo, sino también su alma y, así, el impulso fue más fuerte que la razón.

Al oír otro extraño sonido del árbol más cercano, disparó cuatro veces sin dudar.

Agitado y nervioso, esperó divisar lo que aseguraría su victoria. Sin embargo, su deseo lo traicionó al ver caer un simple y destrozado pájaro.

Defraudado y enfurecido, tiró el arma al suelo y se acercó a recoger los restos del ave. Su furia le carcomió los nervios al ver las plumas y el animal destrozado. No concebía la idea de haber desperdiciado cuatro balas en un inofensivo pajarillo. Se agachó y, al tomarlo, un escalofrío le corrió por las venas. Su corazón se paralizó del horror y bañó su cuerpo en un último sudor frío. Había cometido el peor de los errores. Su arma estaba lejos y aquella respiración que venía detrás de sí, era ajena. Ahora, él era la presa.

El hombre se levantó como pudo para darse a la fuga en un lugar tan peligroso como aquello que acechaba detrás de él. Pero sus pies y fuerza no eran más que los de un hombre acostumbrado a asesinar... personas.

Así, aquella desconocida sombra saltó, silenciosa y veloz como un trueno, sobre la espalda del hombre que, instantes atrás, había tratado de matarlo sin éxito con cuatro tiros que ni por azar se acercaron a su piel. Descubrió sus filosas garras clavándolas profundamente en la carne y, ya en el suelo, giró brutalmente el cuerpo para que lo último que viera en su desdichada vida fueran aquellos brillantes ojos pardos. El hombre gritó una y otra vez suplicando dolorosamente ayuda, pero nadie lo salvaría... nadie, tratándose de él. Así, la fiera le desgarró bestialmente el torso derramando la sangre en aquella tierra de la que sentía ser dueño. Rugió enfurecido y, sin rodeos, devoró el corazón del hombre que instantes atrás había tratado de aniquilarlo.

Su sed parecía satisfecha. Su rostro bañado en la densa y rojiza sangre apuntó al cielo iluminado débilmente por la luna. Enfurecido rugió varias veces más y una nueva mancha negra en forma de roseta se pintó en su elegante cuerpo. Su piel se confundía con la limpia noche de la selva. Sin embargo, aún quedaba un pequeño espacio dorado sobre su pecho, allí, del lado del corazón.

Era más que claro. Una muerte más, un corazón más que devorase, y una última rosa negra se pintaría sobre su piel sellando definitivamente su existencia para el resto de la eternidad.

* * * * *

—¿Qué el cielo se apiade de nuestras almas! —exclamó Mimbi horrorizada. Apenas había empezado la mañana y el fuerte brillo del sol auguraba un caluroso día. Era tan temprano que todavía no había podido siquiera correr las cortinas de las enormes e innumerables ventanas. Lo primero había sido atender al niño que, fuerte y nervioso, golpeó varias veces la puerta de entrada. Aquella carta recién llegada de la aldea le había hecho comenzar de la forma más terrible.

—¿Qué sucede cariño? —preguntó Karai mientras fregaba sus ojos por el sueño.

—Otra vez ha sucedido. No hay solución a esto, Karai. ¡No se detendrá jamás! ¡La maldición nunca más se irá de nuestras tierras! —respondió Mimbi apenada. Secó sus lágrimas como pudo y le entregó la carta—. Léelo con tus propios ojos.

Karai despertó enseguida y leyó el papel estrujado por su joven mujer.

Su rostro, sorprendido en un principio, pasó a ser uno lleno de angustia y dolor al terminar de leer la carta. Mimbi seguía allí, con las cejas fruncidas de la preocupación y a la espera de algún comentario de su esposo.

—¿No vas a decir nada? ¿Cómo puedes estar tan tranquilo? ¡Otro hombre ha muerto! ¡Hasta dónde más llegará esto, Karai! —gritó enfurecida y con dolor a la vez.

Él no pudo hacer más que mantenerse en silencio y con la mirada perdida sin saber qué decir. Al instante, Mimbi contuvo la respiración y, enfurecida como si hubiese descubierto algo, dirigió la mirada a su esposo.

—Tú lo sabías. ¡Tú lo sabías, Karai! ¡Y no me dijiste nada! —exclamó horrorizada y cegada por la furia—. ¡No lo puedo creer! ¡Cómo has dejado que ocurra nuevamente una crueldad como ésta! ¡Cómo puede ser! ¡Cómo puede ser, por todos los santos! —gritó mientras se ahogaba en un llanto de pleno dolor.

—Mimbi —expresó con un tono vergonzoso y tímido—, tú sabes bien por qué lo hice.

—¡No! ¡No lo sé! Y jamás podré entenderlo —exclamó entre sollozos

—. ¡Jamás!

—¡Basta Mimbi! ¡Basta! ¿Acaso crees que me gusta ver y leer las atrocidades que comete con cada nuevo hombre que acepta el desafío de matarlo? ¡Claro que no! ¡Es lo más cruel y terrible que un hombre podría desear

en la Tierra! Pero bien sabes que, si no son esos hombres los que mueren, podemos en cualquier momento ser nosotros o los niños de la aldea. ¡Y lo sabes muy bien! —exclamó furioso y con los ojos bañados en lágrimas de cólera.

La preocupada joven apaciguó su llanto y Karai se acercó para cobijarla en su pecho. La noticia había sido abrumadora para ambos. A los segundos, suavemente despegó el rostro del cuerpo de su esposo y, aún con algunas lágrimas, lo miró entristecida.

—Karai, sé que lo hace por nuestro bien, pero aquellos hombres no dejan de ser seres como nosotros. No tenemos derecho a tomar sus vidas...

—¡Pero qué locuras dices! —exclamó, tomándola de los hombros—.

Antes que nada, ninguno de nosotros tomamos sus vidas. ¡Es un completo disparate lo que acabas de decir! Bien sabes que ellos son los que deciden por sí mismos. Se les entrega una gran cantidad de dinero mucho antes de que vengán a hacer su trabajo. Y bien dije: su trabajo. Así lo llaman ellos mismos. Son hombres que viven, pero que han perdido el alma mucho antes de morir, simplemente porque sus vidas no han sido otra cosa más que matar. Son asesinos, Mimbi, a los que les ha parecido una tontería la propuesta de aniquilar un simple animal.

—Pero no se trata de un sencillo animal, Karai. Y de ahí nuestra culpa

—expresó preocupada.

—Como sea, siempre se les advirtió el riesgo. Además, no es una decisión que dependa de nosotros dos. El señor así lo ha de querer... —aseveró derrotado.

—¡Y eso es lo que más me preocupa! ¿Cómo puede el señor Lisandro desear tan horribles muertes? ¿Cómo puede! —exclamó, tomándose de la cabeza. Tomó una silla y se sentó por miedo a desmayarse de la angustia.

—Mimbi, otra vez. No es él, lo sabes. Y ya te lo ha explicado él mismo.

Prefiere que desaparezcan hombres abominables que viven de destruir vidas, como el que murió hoy, y no gente inocente de buen corazón, como los niños de la aldea o nuestro querido Arandu que día a día se preocupa por el bienestar de todos nosotros —le recordó, acariciándole su mejilla.

—Aun así, no lo puedo comprender, Karai. Es muy alto el precio...

— ¡Pero Mimbi! Su última intención es que alguien muera, aunque se trate de tan desagradables hombres... Lo único que él desea es que finalmente

todo llegue a su fin. Y eso sólo es posible acabando con la vida del jaguar —

agregó abatido—; para eso los contrata. ¡Siempre ha puesto como primera opción que éstos acaben con la vida de la fiera! Pero, lamentablemente, la fuerza bestial del animal ha sido siempre más fuerte que la de estos hombres asesinos...

—Pero ¿no te das cuenta? ¡El señor Lisandro está pagando demasiado!

¿No es él alguien de buen corazón? ¡Yo creo que sí! Es por eso que no puedo dejar de pensar por qué considera como única opción su propia muerte, más sabiéndose que si...

—Ni lo menciones —interrumpió serio—. Esa opción dejó de ser una salida hace mucho tiempo atrás, cuando ninguno de nosotros dos aún existía. El mismo señor Lisandro no permite que siquiera se la mencione como posible escapatoria —finalizó apesadumbrado. Se dio media vuelta y se acercó a las ventanas para hacer a un lado las cortinas. No veía las horas de que, una vez

por todas, la luz ingresara a la enorme casa.

—Es que es la mejor forma de nadie más sufra, Karai. ¡Debemos convencer al señor para que cambie de parecer! —agregó entusiasta dando un salto de la silla.

—¡Basta, Mimbi! Ambos sabemos que no podemos convencerlo de nada. Además, no es tan sencillo como tú crees. No es una opción que puedas elegir tan fácilmente como la muerte. Simplemente llega... o no. ¡Vamos! Sabes que deseo lo mismo, pero seamos realistas, no es algo que tú, el señor Del Pozo o yo podamos manejar —aseveró apenado, luego de despejar la última ventana.

—Entonces, ¿quién, Karai? ¿Quién? —finalizó entristecida. Se acercó a su esposo, lo miró a los ojos intensamente y lo abrazó hasta que la puerta de entrada volvió a sonar.

La abatida mujer se alarmó al escuchar el grave sonido de aquella pesada puerta de cedro, pues temía peores noticias a las que, instantes atrás, había recibido. Karai le hizo un gesto con la mano para que se retirara y pudiera cambiar sus ropas. Él tampoco estaba seguro de lo que fuera a suceder. Lo más probable era que los adultos de la aldea aguardaran allí, junto con el cuerpo destrozado, a ser atendidos. Después de todo, aquel hombre, fuera el tipo de hombre que fuera, merecía una santa sepultura. Y si tenía algún familiar —lo cual era difícil, puesto que Lisandro sólo aceptaba solitarios—, debía ser avisado de alguna forma. Como sea, no deseaba que su esposa viera el horror descrito en la carta. Ya sufría demasiado, soportando las decisiones del señor Del Pozo

como así también con lo que escuchaba y leía.

Sin dar más vueltas, abrió la inmensa puerta. La imagen fue mucho más reconfortante de lo que esperaba. Una joven, con una cálida sonrisa de oreja a oreja y el cabello cobrizo, se disponía ansiosa a saludarlo con un apretón de manos. A su lado, una mujer, refinada y de semblante más serio que el de una estatua, simplemente se dignó a golpear sutilmente las manos de aquella muchacha que, enfurecida, se contuvo al tan deseado saludo. Y, por supuesto, Don Alejandro las escoltaba respetuosamente.

—Buenos días, amigo Karai —saludó complacido. Su rostro relleno lucía más risueño de lo habitual. Seguramente, se debía a las cómicas escenas que presenciaba entre aquellas dos mujeres. Jamás había visto como una jovencita de tan buena cuna cuestionaba más de una vez, impulsiva y audaz, la autoridad de su contenida madre, quien con pequeños, aunque graciosos gestos frenaba la “imprudencia” de su hija.

—Buenos días, Don Alejandro —respondió, tomándolo amistosamente de la mano—. Así que, seguramente, las señoras son de la familia Bedoya y Elizalde. ¿O me equivoco? —preguntó pícaro Karai. Sabía, de alguna manera, los días que se avecinaban, especialmente por la postura reticente de Ana.

—Señorita, señor Karai. Todavía señorita —dijo Victoria con una enorme sonrisa mientras Ana la devoraba con una mirada réproba y fulminante.

La joven impulsiva lo había hecho a propósito como venganza por no haberla dejado saludar al nuevo caballero como había deseado. La miró desafiante de reojo y volvió a Karai—. Es un placer conocerlo.

—El placer es mío, señorita Bedoya —respondió sonriente y con un respetuoso gesto.

—No, por favor, llámeme Victoria. Nada más.

Ana puso los ojos en blanco y luego los cerró para no seguir contemplando las malas formas de su hija. Por su parte, Don Alejandro contuvo las ganas de reír que habían surgido desde que inició el viaje en carreta al contemplar las extrañas y graciosas discusiones entre las damas.

—No las haré aguardar más aquí. Por favor, es un honor recibirlas en la casa del señor Lisandro Del Pozo. Sean bienvenidas.

—Pues ya era hora, jovencito. ¡Qué horror hacer esperar a dos damas tanto tiempo bajo este infernal sol! Calculo que el señor Del Pozo no le enseñó

los buenos modales que espero sí él tenga —dijo mientras entraba sin tapujos a la colosal casa de un claro estilo europeo.

Los ojos de Ana quedaron cegados de tanta belleza. Jamás hubiera esperado estar en un lugar así, menos estando en un pueblo tan lejano a las ciudades que ella amaba. La sala de recibimiento era, sencillamente, monumental. Las arañas, que lucían una seguida de otra, parecían de otra época y el incandescente brillo anunciaba lo que valían. Los muebles, de la madera más cara y oscura, daban un toque lúgubre al salón, aunque sumamente elegante.

El color rojo en sus diferentes tonalidades predominaba significativamente y el dorado acompañaba a la perfección, según la exquisita mirada de Ana Bombel, viuda de Bedoya. El lugar era, en pocas palabras, único y todavía no sabía qué esperar de las habitaciones que aguardaban ser descubiertas escaleras arriba.

Victoria, sin percatarse de todo aquello, simplemente entró. Se sacó los guantes que hacían sudar sus manos y a los que, naturalmente, empezaba ver inútiles en una zona tan cálida como era Puerto Aguirre. Tampoco entendía aún el molesto corsé y los largos vestidos que, al menos allí, le estorbaban en sobremanera el diario vivir.

—Bienvenidas, señoras —saludó alegre, bajando las escaleras. Mimbi lucía un vestido claro que destacaba su brillante cabello marrón oscuro y su delgada figura—. El señor Del Pozo lamenta no poder recibirlas, pero, como sabrán, es un caballero que responde a sus deberes con gran responsabilidad —

agregó sonriente la joven mujer. Se acercó a Ana para tomarle la mano, pero ésta se negó disimuladamente al aproximarse a una de las ventanas.

—Explíquese, señorita...

—Mimbi. Soy la esposa del señor Karai, quien acaba de recibirlas, señora Bedoya.

—Pues bien, la escucho. No entiendo a que se refiere con “responde a sus deberes con gran responsabilidad”. ¿Acaso no es eso algo que siempre debe ser así? —cuestionó ofensiva. Ni la misma Ana sabía por qué ponía en juicio aquello. Sencillamente, cuando alguien no le agradaba buscaba cualquier motivo para discutir o mantener una diferencia.

—Es simple, señora. Como bien sabrá usted —apeló Mimbi a la defensiva—, el señor Lisandro Del Pozo es un hombre de negocios y, si bien este es su hogar, los viajes lo llevan a que, con suerte, pueda estar aquí muy pocos días al mes.

—Oh, ya veo —dijo Ana altiva. Señaló uno de los amplios sillones y Mimbi con un gesto la invitó a sentarse—. Y presumo que ese es el único motivo por el cual ustedes nos reciben, ¿verdad? —preguntó con las cejas arqueadas y la mirada fría hacia la joven que, muy distinta a Arami, se perfilaba a contestar con gran altura.

—¡Basta madre! ¿Qué es lo que pretendes hacer con tan estúpidas preguntas? ¿Deseas que nos echen? —cuestionó Victoria y, enfurecida, arrojó los finos guantes sobre el sillón en el que reposaba Ana. Sin embargo, perspicaz y antes de que su madre reaccionara a tan mal educada conducta, argumentó—.

Entiende, el señor Del Pozo nos hace un gran favor al recibarnos en esta maravillosa residencia que, estoy segura, te agrada tanto como la nuestra de Buenos Aires. Así que ruego y suplico que los señores aún deseen hospedarnos aquí, a menos que quieras volver donde estábamos. Ya sabes... por mí estaría más que perfecto —arguyó sonriente y con los ojos entrecerrados.

Ana endureció su rostro y apretó los labios de la furia. Bajo ningún concepto deseaba regresar al caserón de Arami y Don Alejandro, pues sabía que si dependía de los deseos de su hija, estarían allí de vuelta más rápido de lo imaginado. Se levantó enfurecida y, sin decir palabra alguna, se dirigió a la escalera para que la joven pareja la guiara a sus aposentos. Victoria, satisfecha, sólo esbozó una tímida sonrisa a espaldas de su madre, puesto que si la pescaba con tal gesto, la hubiera irritado más de la cuenta.

Karai tomó las maletas de ambas y guio a Ana escaleras arriba. Mimbi, por su parte, deseó reírse, pero simplemente miró, risueña, a la joven audaz que, instantes atrás, la había ayudado a evitar una desagradable escena.

—Y esto es sólo una pequeña muestra de lo que es —dijo Victoria mientras curioseaba a través de una de las ventanas—. Te puedo asegurar que, muy lejano a los modales de los que siempre alardea, es prácticamente indomable

y chocante. —Se acercó a la joven morena y, con la mirada sincera, continuó —: Es por eso que aprovecho su ausencia para aclararlo, Mimbi. Lo último que deseo es que nos detesten. Simplemente, es así, pero quiero que sepan que cuentan conmigo de una forma muy distinta. Por eso, les pido disculpas por esta conducta y las que vendrán.

La esposa de Karai sonrió y, como muestra afecto, tomó sus manos, presionándolas suavemente.

—Por favor, señorita...

—Sólo Victoria —agregó alegre.

—Bien, Victoria. No tiene por qué disculparse, es claro que usted es una persona de gran alma y corazón. Gracias por estar aquí. —Se acercó a la escalera y, antes de subir, añadió—: En unos segundos, le prepararé su cuarto. Sólo espéreme aquí.

Victoria estaba realmente feliz de conocer personas tan distintas a las del mundo que habitualmente la rodeaba. Siguió mirando cada una de las ventanas y un poco el lugar que tanto había deslumbrado a su madre. Al contrario de Ana, aquella decoración la incomodaba al punto de erizarle la piel, pues la sentía fría y soberbia. Si no hubiera sido por los comentarios de Arami, hubiera jurado que la persona que vivía allí no era más que un ermitaño, orgulloso y malhumorado ser.

De pronto, la curiosidad de Victoria volvió a encenderse. Un arrugado papel yacía sobre una de las distinguidas sillas. Se acercó y, percatándose de que nadie la viera, se dispuso a tomarlo, pero, a último momento, su consciencia la frenó. Sintió que lo que estaba a punto de hacer no era más que una chiquilinada que no podía permitirse a su edad. Sin embargo, un fuerte y claro golpe en la puerta la obligó a recogerlo impulsivamente. Se sonrojó por lo que había hecho, pero se justificó al imaginar lo terrible que hubiera sido que la vieran instantes atrás arrepintiéndose. Lo escondió como pudo en el cuello de su vestido y, al ver que ninguno de sus nuevos amigos bajaba, se dirigió a abrir la enorme puerta de la entrada.

—¡Oh! ¡Vaya, vaya! Pero miren quién, nada más y nada menos, me ha recibido.

¡Definitivamente es la bienvenida más seductora que hasta ahora he tenido! — exclamó sonriente y divertido al ver la sonrisa cómplice de su prometida.

—¡Oh, por todos los santos, Francisco! ¡No seas payaso! —dijo, dándole una pequeña palmada al fuerte pecho de su novio—. Entra, todo el mundo está arriba ayudando a que mi madre se termine de acomodar.

—Ajám... —dijo con el rostro pensativo y burlón a la vez—. Pues, eso me hace pensar algunas cosas, mi querida —agregó con picardía.

—Sí —aseveró con los brazos cruzados—. Seguramente que mi madre es una pesada que no deja de fastidiar mi vida con absurdas normas de comportamiento que ella misma quebranta más de una vez con sus arrogantes y desagradables formas —respondió Victoria ingenua y con cierto aire de enojo.

—Sí, tal vez. Pero no me refería precisamente a ese tipo de cosas — respondió risueño, tomando delicadamente a Victoria por la cintura.

—¡Francisco! —exclamó sorprendida con la voz baja, mirando de un lado a otro.

—Digamos que tenemos un elegante espacio aquí dentro que podríamos aprovechar quizá con... un ardiente beso. —No dio espacio a que la joven reaccionara. La tomó suavemente de su delicado mentón y la besó con una abrasadora pasión.

Los cálidos y finos labios de Victoria se fundieron en los fogosos de Francisco, haciéndolo chispear de locura. Él deseaba más. Acarició su frágil nuca y presionó su cuerpo contra el suyo al punto de hacer temblar a la inexperta joven quien, abrumada, sólo trataba de descifrar aquello que sentía.

De pronto, el crujido de la escalera alertó a los dos novios, haciendo saltar a Victoria. El hombre sólo rio entre dientes mientras la joven, desconcertada, acomodaba sus cabellos y vestido. Francisco tan sólo la contemplaba con una sonrisa propia de la fascinación. Amaba ver aquel fino y pequeño rostro sonrojado; y le divertía en sobremanera ponerla en situaciones como esa, pues dejaba a flor de piel la inocencia y dulzura que tenía detrás de ese fuerte

carácter indomable que también le apasionaba. Victoria le sabía a una mezcla perfecta entre lo salvaje y lo inocente. Amaba la fortaleza con que se mostraba, la osadía con la que procedía y la ternura de sus ingenuos sentimientos que, hasta ese entonces, él sólo conocía.

Victoria no podía emitir palabra alguna. En sus adentros luchaban los deseos de reprenderlo contra las ganas de reír. Es que, en el fondo, sabía cómo era su novio y cuánto él la conocía. Sin duda alguna, el haber compartido sus vidas desde pequeños, atravesando tantas tristezas como alegrías, había logrado en ellos una fuerte conexión. Francisco siempre había estado a su lado como el hermano mayor que nunca tuvo. Así, cada vez que caprichosamente llegaban las incertidumbres sobre lo que el joven médico producía en ella, Victoria llegaba siempre a la misma conclusión que la tranquilizaba hasta que los interrogantes volvían a surgir. No había nadie en el mundo que pudiera conocerla tanto: sólo Francisco podía ser su compañero por siempre.

Los pasos sobre la escalera se dejaron de escuchar, dando lugar a la agraciada imagen de Mimbi.

—Victoria, su... —expresó sorprendida la muchacha de sonrisa

blanquísima al ver la robusta figura de Francisco frente a sus narices.

—¡Oh! Sepa perdonar la intromisión, pero aseguro que no es mi culpa, señorita. Esta imprudente mujer abrió la puerta —dijo divertido, señalando con el pulgar a Victoria quien, con una sonrisa, le pisó el pie.

—Perdóname, Mimbi. La puerta sonó y, antes de molestarte, preferí directamente atender. De todas formas, no debes preocuparte. Es de la familia, de hecho, es el payaso que siempre viene junto a nuestro equipaje —finalizó con los brazos cruzados y con ganas de reír.

Mimbi, desconcertada, acercó lentamente su mano al hombre para darle la bienvenida mientras miraba a Victoria extrañada.

—Francisco Elizalde —agregó el joven que, conteniendo los deseos de reír, le dio un fuerte y cálido apretón de manos a la joven confundida.

—¡Oh, por Dios! ¡Señorita Victoria! ¡Cómo no me ha avisado que era él! ¡Qué horror! —exclamó sorprendida, llevando sus manos a la boca. Luego se repuso y siguió—. Disculpe, caballero. Realmente no sabía que...

—No pierda tiempo en excusarse, señorita Mimbi. Lo que mi prometida dice es tan cierto como el hecho de que los tres estamos aquí parados en esta imponente casa —agregó alegre, regalando una tierna y divertida mirada a Victoria—. Bien, ¿qué les parece ir a dar una vuelta por esta inmensidad? Tal vez, pueda indicarme cómo llegar al cuarto de la señorita Victoria, ¿qué me dice?

—dijo Francisco, guiñando un ojo de forma cómplice a la aún confundida Mimbi.

—No le hagas caso. Recuerda lo que te dije, Mimbi. Payaso. Bueno, pero payaso —agregó Victoria mientras se acercaban a subir las escaleras.

Francisco no hizo más que reír nuevamente y Mimbi se sonrojó con una sonrisa que no pudo reprimir.

La planta alta de aquella enorme y fina casa era más deslumbrante que el recibidor. El pasillo parecía prácticamente infinito y el piso brillaba dando marco a las puertas que, oscuras, se imponían de forma significativa. Mimbi señaló el segundo cuarto para Francisco que, con el rostro cansado, se despidió de ambas mujeres. Más allá de la elegancia, nada salía de lo habitual. Sin embargo, Victoria empezó a sentir que el aire desaparecía lentamente. De hecho, si aquel lugar había sorprendido a la sencilla Victoria, no fue por la belleza, sino más bien por las extrañas sensaciones que invadieron repentinas a su corazón. Su respiración se agitó y el sudor bañó nuevamente su delicada piel. Perturbada, no

pudo escuchar claramente a Mimbi quien, extrañada, la esperaba en la puerta de la habitación. Victoria caminaba inconsciente y hundida en un profundo malestar en el que una sola cosa deseaba misteriosamente: la puerta del fondo. Casi no había luz; apenas la discernía de la oscuridad, pero antes de que pudiera llegar a ella, Mimbi la tomó suavemente del brazo para que se detuviera.

—Joven Victoria. ¿Está usted bien? —Al tomarle las manos sintió cómo la piel de la muchacha ardía sin explicación—. ¡Oh! ¡Arde en fiebre, Victoria!

Por favor, déjeme acercarla a su cuarto. Tómese de mi brazo —expresó Mimbi preocupada.

La joven ingresó débil al iluminado cuarto y, apenas dio el tercer paso, cayó irremediadamente rendida al suelo.

* * * * *

La noche se abría paso, una vez más, oscureciendo el bello paisaje del ventanal que adornaba su habitación. La luz de las velas era tenue, pero suficiente para alumbrar su rostro agotado por la fiebre. Abrió los ojos y, enjugándose el sudor de la frente, vio a Mimbi sentada a su lado con el rostro preocupado.

—¡Señorita Victoria! —exclamó, acercándose rápidamente a la joven.

—Cuántas veces debo decir que no me llam... —observó en un débil susurro.

—No, no se esfuerce, por favor —interrumpió mientras colocaba un paño con agua fría en su frente—. En unos segundos, su madre estará aquí nuevamente. Estuvo muy preocupada por su salud, pero me insistió que no avisara al Dr. Elizalde. —Hizo un silencio y luego continuó—. Pero bien sabe usted que basta con que simplemente me lo pida y, en seguida, doy aviso a su prometido, jovencita. No entiendo la conducta de la señora Bedoya...

—¡No! Te lo ruego, Mimbi. Por primera vez debo decir que concuerdo con mi madre —dijo con dificultad y esbozando una sonrisa con gran esfuerzo

—. Entiéndela, no lo hace por mal. De hecho, no hizo más que cumplir un pedido mío.

—Pe... pero entonces, ¿usted ya se ha sentido así con anterioridad? —
cuestionó alertada y confundida.

—Sí, Mimbi, y no es más que un malestar pasajero. El hacerlo público haría

preocupar innecesariamente a Francisco. No tiene sentido avisarle, incluso por una tontería como esta sería capaz de rechazar el trabajo para volver a Buenos Aires. No vale la pena. Créeme —dijo Victoria, tomándola de la mano.

La joven de piel morena tragó saliva y dudó de lo que aquella muchacha testaruda le había dicho. Sin embargo, sabía por su mirada que era un ser sincero, y si ella decía que podía provocar la partida de Francisco, sin duda alguna que así era. Así, Mimbi prefirió ignorar lo sucedido, al menos por aquella vez. De hecho, ya no parecía tan grave; la vida parecía regresar rápidamente a Victoria y su ánimo volvía a ser tan enérgico como el de la mañana. La ayudó a que se recompusiera y, segura de que así fuera, le recordó una última cosa antes de bajar.

—Victoria, cuando se acerque a la mesa no se asuste. Han venido...

Cómo decirlo... invitados —resolvió con un desgano suspiro.

—¡Oh! ¡Maravilloso, Mimbi! ¿Por qué no te alegras? Si es por el trabajo en la cocina, yo te ayudo. Cuenta conmigo —dijo entusiasmada y sonriente.

—No, quédese tranquila. No es por eso... Sólo que... no me agradan esas personas —se aventuró a decir. El semblante de Mimbi demostraba una mezcla de disgusto con rechazo.

Victoria se sintió sorprendida por la aclaración de la muchacha, pero decidió no hacer caso creyendo que, tal vez, se trataba de personas chistosas a las que Mimbi consideraba inmaduras. Sonrió y, con suma tranquilidad, se acercó de nuevo a la joven.

—¡Ay, Mimbi! Quizá seas muy desconfiada o estricta. Relájate y verás cómo disfrutaremos de la noche. ¿Sabes sus nombres?

—Sí, señorita —respondió vencida y sin ganas—. Son la señora Mercedes Devoto y su hija, Adela Iriarte —preocupada y apoyando su mano en la de Victoria, agregó—. No quiero mal influenciarla, pero, en su lugar, siendo la persona que es, tendría cierta precaución con estas dos damas. Ahora apresúrese, pues seguro ya están todos esperando por usted y su madre.

Al instante, se abrió la puerta del cuarto. Era Ana quien, silenciosamente y ágil, se acercó a Victoria, tocó su frente y, sin decir palabra alguna, la guio hasta el pasillo para ir lo antes posible a la cena.

* * * * *

—Disculpen la tardanza —dijo Ana, haciendo un ademán como saludo.

Victoria sólo elevó las cejas y sonrió tímidamente.

—No hay de que preocuparse, estimada Ana. Aún no se ha servido la cena, así que aprovechamos para conversar y saber un poco más sobre nuestras vidas —aseveró Francisco mientras devoraba con su mirada verde esmeralda a la distraída Victoria.

—Claro que ahora será mucho más ameno con su presencia —agregó la joven de imponentes ojos azules. Su cabellera dorada como el sol llamaba tanto la atención que hasta a Victoria le costaba despegar sus ojos de ella. Cualquiera hubiera dicho que hacía perfecto juego con los brillantes candelabros de oro que había sobre la mesa.

—Gracias. Es usted muy... cortés —resolvió Victoria aturdida por la sensualidad de aquella voz. Luego de presentarse cada una de las damas, Francisco se levantó en un acto de caballerosidad y corrió la silla para que su prometida pudiera sentarse.

Durante unos segundos, la mesa se mantuvo prácticamente en silencio.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que Francisco volvió a ser atacado por las preguntas de Mercedes Devoto. Ana, perspicaz y con fuerte experiencia en el campo de las conversaciones, notó que aquella mujer demostraba demasiado interés en su futuro yerno. Mientras tanto, Victoria sólo seguía perdida en sus pensamientos; las imágenes de la pesadilla volvían a su mente cada vez más seguido.

—¡Qué interesante lo que nos cuenta, Dr. Elizalde! Mi difunto esposo, que Dios lo guarde en la gloria, también ha sido un maravilloso médico —

exclamó Mercedes, dejando a flor de piel su tendencia a la sobreactuación. Su constante sonrisa era tan exagerada que apenas dejaba ver sus diminutos ojos y su regordete rostro resaltaba por el rubio pelo, elegantemente recogido—.

Siempre le digo a mi hija Adela que la medicina es una de las más maravillosas profesiones que pueden existir. Salvar de la muerte tantas almas y en lugares

recónditos como éste, no es tarea sencilla. Además de un vasto conocimiento se requiere de un enorme corazón. Y eso, no cualquier hombre lo posee, Dr.

Elizalde, no cualquiera —finalizó con una enorme sonrisa que terminó de fastidiar a la preocupada Ana.

—Sin lugar a dudas, querida Mercedes. Francisco es un hombre sin igual y por eso estamos aquí junto a él —agregó, tomando delicadamente la mano de la distraída Victoria—. De hecho, mi adorable hija sabe más de esto que yo misma. Es su prometida y dentro de poco tiempo se casarán —finalizó sonriente y regaló una dulce mirada a Francisco que, ingenuo, aún no percibía la batalla fría entre las señoras de primera clase. Luego, al ver la falta de reacción de Victoria, presionó con intensidad la mano que antes había tomado suavemente.

—¡Oh, claro! —expresó Victoria sorprendida sin entender de lo que se había conversado. Miró a Adela y, para evitar problemas con su madre, decidió hablar—. Y bien, Adela, ¿qué las ha traído por aquí?

—Hum, pues, hum —acomodó la voz mientras pensaba detenidamente la respuesta. La pregunta de Victoria la había tomado por sorpresa. Disimulada, había estado tratando inútilmente de captar la atención del inocente Francisco, quien sólo miraba atento y perdido cada movimiento de su novia.

Adela sintió un fuerte fastidio; aquella dama que estaba frente a sus narices había interrumpido su juego de seducción. Pero además la había sorprendido, pues esperaba otra pregunta menos directa y más fácil de responder, tal vez acerca de sus quehaceres o sus vestidos. Sin duda alguna, Victoria había sido demasiado ruda. Ana, con los ojos abiertos de par en par, se percató de la falta de delicadeza de su hija y, rápidamente, reformuló la pregunta, aunque

dirigida a la madre de la llamativa joven.

—Querida Mercedes, ¿he oído mal o es verdad que también provienen de nuestra Buenos Aires? —cuestionó, parpadeando más de la cuenta.

—Sí, Ana, también somos de allí, pero sinceramente tengo que reconocer que este hermoso pueblo nos ha hechizado —respondió mientras dirigía miradas fugaces a Francisco. Deseaba su aprobación—. Verá, mi amado esposo viajaba tanto como el Dr. Elizalde y, por supuesto, nosotras lo acompañábamos cada vez que podíamos, pues la vida social de mujeres como nosotras ocupa gran parte de nuestro tiempo. Ustedes también lo sabrán, ¿verdad? —apeló mirando a Ana y a Victoria quien acomodó su voz para evitar caer en una carcajada de la que ni su madre la podría salvar con sus buenos modales y aclaraciones de clase—. Pues

bien. En uno de esos viajes conocimos a la señora Aguirre... ¿Qué puedo decirles de ella? Simplemente, ¡es grandiosa! ¡Magnífica! —exclamó, levantando levemente sus manos mientras miraba, entusiasta, a cada uno de los oyentes—. Su vida es una caja de sorpresas y, como era de esperarse, nos contó acerca de este maravilloso lugar lleno de aventuras que ella tanto ama. Mi esposo no pudo evitarlo y, enseguida, nos trajo para conocerlo. No puedo negarlo, la aventura de atravesar aquella selva fue impresionante, pero, sin lugar a dudas, conocer las salvajes aguas ha sido la mejor e inolvidable parte de esta aventura. Sin embargo, y para nuestro infortunio —agregó, bajando la mirada y con una notoria falsa pena—, mi esposo falleció en una segunda travesía. Nadie sabe muy bien cómo, pero lo último que nos han dicho es que el río lo tragó...

Lamentablemente, los peligros allí son tan reales como su belleza.

—Oh, seguramente ha sufrido mucho su pérdida, señora Mercedes. Sus ojos se ven tan apenados... —comentó Victoria con un aire irónico que, dichosamente, la mujer no detectó, aunque sí su hija quien, hábil, aprovechó a contestar.

—Sin lugar a dudas que hemos sufrido mucho, Victoria. No ha sido fácil, créeme. Pero afortunadamente el haber conocido al señor Del Pozo ha sido de gran ayuda. Mi madre —apoyó su mano en el hombro de la mujer que aparentaba estar dolida— y yo estuvimos a punto de partir con el corazón

destruido, pero gracias al destino conocimos al señor Lisandro quien, muy sabiamente, nos recomendó dejar pasar un tiempo prudente hasta estar nuevamente listas para seguir con nuestra agitada vida social. Así, aún estamos aquí esperando a estar preparadas. Y es por eso que sólo compartimos parte de nuestro tiempo con el señor Del Pozo. Él, más que nadie, entiende nuestro dolor

—finalizó satisfecha.

Victoria levantó sus cejas mientras analizaba la respuesta de Adela. Otra persona más se sumaba a lista de “Individuos que idolatran al señor Del Pozo”.

Su curiosidad había despertado nuevamente. ¿Podía alguien ser tan perfecto?

Victoria sabía que no. Y así, su desconfianza creció a la par de sus deseos por conocerlo.

De pronto, Mimbi se acercó con la cena dispuesta a servirla. Sin embargo, el semblante de Victoria se mostró enfurecido.

—Aquí faltan dos platos.

—Pero ¿qué dices hija? ¿Acaso te has olvidado de cómo contar? —

comentó Ana nerviosa, simulando no entender la observación.

—Faltan un plato para ti y otro para Karai. Y si no los traes tú, Mimbi, lo haré yo.

Las otras tres mujeres se miraron horrorizadas por la decisión que acababa de tomar Victoria. Sin embargo, Mercedes cambió rotundamente su expresión por una falsa y forzada sonrisa al ver que Francisco aprobaba, orgulloso, la conducta de su amada.

—Ni hablar, querida —dijo Francisco a Victoria. Y, mirando a la sorprendida Mimbi, continuó—: Discúlpennos la descortesía. Por favor, siéntense así empezamos. Estoy hambriento y ¡la comida se enfría! —finalizó alegre.

* * * * *

Ya en su cuarto, Victoria era libre de hacer lo que tanto había ansiado hasta ese momento. Esperó a que todos fueran a sus alcobas, encendió una vela y, finalmente, tomó la carta que celosamente había escondido en su vestido. La letra era confusa, pero lo suficientemente clara como para entender lo que allí se describía. La piel de sus brazos se erizó y sus ojos, que apenas parpadeaban, leían ansiosos y atentos aquel siniestro mensaje. De pronto, la luz de la vela le advirtió que a sus espaldas había alguien más. Una sombra se dibujaba lentamente sobre el papel que tanto pavor le había causado. Su cuerpo comenzó a temblar de terror; pensó que era el fin. Se quiso acomodar y esperar lo peor, pero el ruido de los pasos de aquel ser le dieron permiso para, repentinamente, darse la vuelta y descubrir, aunque sea, su identidad.

—¡Oh! ¡Adela! ¡Sólo eres tú! ¡Casi me matas del susto! —exclamó Victoria agitada, apoyando una mano sobre su frente.

La joven sonrió tranquila y, sin dejar su aire sagaz, se acercó un poco más hasta desplomarse en la cama de Victoria.

—¡Vaya! Veo que te he aturdido más de lo que hubiera esperado —

comentó con una gran sonrisa—. ¿Acaso te he pescado con una indecente carta de amor, querida? —dijo con picardía.

Victoria tragó saliva, la miró directo a los ojos durante unos segundos y, decidida, corrió a cerrar la puerta de su cuarto. Se apoyó agotada sobre la misma y, mirando hacia arriba, suspiró. Aquella carta no podía ser más un secreto.

Adela era demasiado despierta y sabía que mentirle podía ser un grave error.

Sólo le quedaba una opción: confiar en ella. Se sentó a su lado y, resignada, la miró fijo a los ojos.

La luz de la vela se volvía más tenue mientras la intrigada muchacha escuchaba perpleja el mensaje de aquella sombría carta.

Así, el misterio y el terror también se adueñaron de Adela. Sin embargo, una extraña sensación de gozo la inundó al saber que, de alguna manera, el haber descubierto aquel secreto la hacía tener a Victoria entre sus manos.

Capítulo 4

El cielo lucía más celeste que nunca y el sol resplandecía más fuerte de lo habitual. Eso fascinaba a Victoria que, ansiosa, respiraba profundo el aire húmedo de la mañana. Estaba lista para empezar la aventura que, de alguna forma, la liberaría momentáneamente de la preocupación que tenía a raíz de la escena nocturna vivida en su dormitorio con Adela. Por un lado, la joven se había mostrado amigable y comprensiva con ella, pues hasta le había jurado guardar silencio y ayudarla a averiguar más sobre el trágico y misterioso mensaje. Pero por otra parte, las palabras de advertencia de Mimbi resonaban una y otra vez en su mente. Sin duda, era realmente difícil optar por confiar en una u otra. Sin embargo, tampoco se trataba de una decisión rotunda o que debiera ser tomada en ese momento. Así, despejó su mente y, alegre, se acercó a la carreta en la que ya estaba Francisco.

—¡Buen día, pequeña princesa! —saludó Francisco también contento, pues no veía las horas de conocer a la gente que debía ayudar.

—¿Pequeña? ¡Tú sí que estás loco! Ya casi llego a las dos décadas y para ti sigo siendo una niña —respondió animada, tratando de subir. Su sombrero se cayó dos veces en los intentos, lo que la hizo bufar del enojo y luego reír a su novio.

—Para mí siempre serás una dulce chiquilla, Victoria —agregó, mirándola con una profunda ternura y, al ver que Victoria intentaba torpemente subir sola, dio un salto al suelo, quedando a centímetros de la espalda de la joven.

—Francisc... —intentó responder Victoria sin éxito. El joven se le había acercado más de lo que esperaba; podía sentir su cálida respiración sobre la nuca y el calor de su fornido cuerpo. Cerró los ojos, pues la sensación le había producido un intenso agrado y, sin poder evitarlo, sintió como las enormes manos de su prometido tomaron delicadamente su pequeña cintura. Aquello la abrumó en sobremanera haciéndola largar un fuerte suspiro. Francisco se sonrió, le dio un beso en su suave mejilla y, sin esfuerzo alguno, la elevó para

que pudiera finalmente subir a la carreta.

El joven, desde abajo, la contemplaba buscando su mirada. Victoria,

sonrojada, apenas le regaló un fugaz y tímido vistazo que Francisco aprovechó para sellar sus sentimientos.

—Para siempre serás mi pequeña, Victoria. —Y mirándola pasionalmente por última vez, corrió al llamado de Mimbi quien le recordó que estaba olvidando su valija y maletín.

Victoria sintió un intenso placer por las palabras y caricias de su prometido, pero algo en su interior le incomodaba. No sabía qué y eso la ponía de muy mal humor, pues sabía que era un problema suyo y no de Francisco. Se enojaba consigo misma al punto de creer que todo lo que decía su madre sobre ella, era cierto: una joven inmadura, desagradecida y caprichosa. Mordió sus labios de la furia y presionó con sus manos los guantes que sostenía sobre su regazo. Quería dejar de pensar, deseaba despejar nuevamente su mente.

Necesitaba, al menos por un día, escapar de su realidad a la que aún no sabía cómo manejar.

De pronto, notó que a desgano se acercaba su madre tomada del brazo del risueño Francisco. Karai también se aproximaba, pero con una especie de guadaña y, finalmente, Don Alejandro y Arami, aunque ella con el semblante preocupado y la mirada gacha.

—Pues bien —dijo Don Alejandro, tomando las riendas tiradas por seis robustos caballos—, tómense fuerte de cualquier parte. Desde ahora, señoras y señores, comienza la aventura —aseveró animado.

La carreta comenzó a andar y Mimbi junto a las otras dos elegantes mujeres saludaron deseando suerte a los nuevos viajeros en su primera travesía.

Adela miró sagaz haciendo un guiño a Victoria que, confundida, pero agradecida, le esbozó una sonrisa.

El camino era demasiado natural. Victoria disfrutaba de cada salto que daba la

carreta, haciéndola reír junto a Francisco que la protegía cuanto podía.

Ana se aferraba a Arami con una mano y sostenía su enorme sombrero rosa con la otra. Su expresión de horror y miedo le causaba gracia a su hija quien, al segundo salto de la carreta, ya había perdido su fino sombrero. Pero eso no le preocupaba a la joven muchacha. Sentía que, de alguna manera, cada uno de esos zarandeos la liberaba. La llenaban de alegría y excitación tanto como la extraña vegetación que los rodeaba y las coloridas aves que revoloteaban de un lado a otro. Karai se alegraba de escuchar aquellas risas, aunque estuviera plenamente concentrado en despejar el camino; y Don Alejandro daba media vuelta cada vez que podía para disfrutar de la escena, especialmente para ver a

Ana desesperada por su vestimenta y tomada del brazo de Arami. Sin duda, no era algo que fuera a ver todos los días...

Finalmente, llegaron. El rostro de Victoria fue de fascinación. Quería conocer todo cuanto antes mientras que Ana, espantada, no veía las horas de volver a la residencia del señor Del Pozo. De pronto, un pequeño niño de ojos almendrados y enorme sonrisa se acercó a la muchacha embelesada.

—Hola, esta es nuestra aldea. ¿Son ustedes quienes nos van a ayudar?

—preguntó ansioso y tomándola de la mano. Victoria sonrió.

—¡Jára! ¡Qué atrevido eres! Pide disculpas a la señorita Victoria —

exclamó Arami preocupada por la reacción que pudiera tener Ana.

El niño bajó la mirada y, arrepentido, volvió a hablar a la joven.

—Perdone, señorita. Me llamo Jára —dijo más tranquilo y con un dejo de tristeza—. ¿Usted?

—¡Hola Jára! ¡Pero qué bonito nombre tienes! —expresó Victoria, acariciando el pelo del niño—. Yo me llamo Victoria, como dijo Arami, pero no tienes por qué disculparte. Tienes razón, somos quienes venimos a ayudar. Más bien, el señor de allí —dijo señalando a Francisco—, es quien va a estar

con ustedes. Y, ¿sabes una cosa? Me han dicho que no sólo cura, sino que también hace reír —agregó divertida en voz baja como si estuviera contando un secreto al niño. Jára abrió los ojos como dos platos y sonriente corrió hacia Francisco hasta abrazarlo fuertemente.

—¡Viva! ¡Además de curarnos nos hará reír! ¡Viva! —exclamaba Jára, saltando alrededor de Francisco quien reía junto a él.

—¡Victoria! ¡Por todos los santos! ¿Qué le has dicho a esa criatura? —

increpó Ana enfurecida, tratando de limpiar sus zapatos. Victoria ni la miró, sólo gozaba al ver el pequeño festejar.

—Pues sí. Parece que alguien te ha adelantado lo que haré —dijo Francisco contento, elevando al niño en sus brazos para hacerlo reír más fuerte.

Luego, y sin vueltas, el chiquillo ansioso los hizo seguir hasta la entrada de una de las pequeñas casitas.

—Espérenme aquí, ya vengo. —Corrió rápidamente al interior de la humilde morada.

A los minutos, un hombre de tez morena y notoriamente arrugada salió

a saludarlos. Sus ojos, que apenas se veían, su cabello repleto de canas y una tranquila sonrisa anunciaban que se trataba de una persona calma y sabia, que conocía el lugar y la gente más de lo imaginado.

—Bienvenidos a nuestras tierras. Mi nombre es Arandu y soy, como ustedes suelen decir, el guía espiritual de esta aldea —finalizó, acercándose a Francisco.

—¡Nuestro Payé! —agregó Jára orgulloso.

—Qué nombres tan raros, por favor... Como si fuera a acordármelos —

dijo Ana entre dientes y con gran rechazo mientras intentaba, a sacudidas, eliminar la tierra de su sombrero.

Victoria la miró fulminante, pero Ana sólo hizo un gesto con su hombro para demostrar que no le importaba lo que ella pensara.

Afortunadamente, Arami se percató de la situación y prefirió llevar a Ana a un lugar donde pudiera sentirse un poco más cómoda; así, también se evitó la conocida pelea entre las dos mujeres. Victoria, por su parte, simplemente se unió a Francisco y Arandu.

—Verá, buen hombre —dijo Arandu a Francisco mientras los guiaba por un sendero de la aldea—. Hace ya un largo tiempo, nuestro pueblo padece innumerables sufrimientos: destierros, guerras, invasiones. Pero siempre, de una u otra forma, nuestra unión, nuestro amor y comprensión nos han mantenido firmes. Sólo así, hemos sabido combatir cualquier tipo de amenaza. Sin embargo, la vida nos ha puesto nuevamente a prueba —comentó antes de abrir la puerta de otra casa de adobe, aunque más grande.

La imagen impactó tanto a Victoria como a Francisco. El espacio estaba repleto de humildes camillas ocupadas por niños afebrados y decaídos. Sus pequeñísimos rostros redondeados reflejaban una profunda tristeza y dolor. La fiebre parecía tenerlos fuera de la realidad y sus almohadas, manchadas de intensas aureolas de sangre, daban la más certera pauta de que sus pulmones estaban enfermos.

—He intentado todo, lo aseguro. Sin embargo, nada ha cambiado en ellos. Sus cuerpos siguen dolidos y abrumados por la enfermedad que, poco a poco, consume sus frágiles e inocentes almas —dijo apenado y, luego de un silencio, agregó—: Por favor, Dr. Elizalde, sálvelos. Yo ya he hecho todo lo que estuvo a mi alcance.

Francisco, conmovido por la escena y las palabras de aquel sabio preocupado por su gente, simplemente le dio un apretón de manos.

—Haré todo lo que pueda, señor Arandu. Lo juro —aseveró con la mirada sincera.

Victoria, con los ojos llorosos de la emoción, sonrió y, disimulada, trató de secar una lágrima que, caprichosa, rodó por su mejilla.

* * * * *

—Oh, madre, ¿cuándo cambiará esta situación? Ya no la soporto más —

dijo Adela, dejándose caer sobre uno de los sillones, cansada de su constante postura.

Mercedes, perspicaz y seria, miró de reojo y notó que detrás de ellas estaba Mimbi doblando unas ropas de Karai. Ya no era la señora simpática, sensible, de sonrisa imborrable; su semblante mostraba una mujer completamente distinta, quizá, hasta antagónica a la que había aparentado ser frente a los demás. Sus ojos se veían mejor y sus pómulos se notaban más caídos, pues sus labios permanecían quietos, duros y serios.

—Querida, ¿qué piensas si tomamos un té las tres juntas? —invitó a Mimbi, sobreactuando la amabilidad. Adela frunció el ceño extrañada—. Ya sabes, no hay nadie como tú para hacerlo. Realmente le aportas ese toque de...

exquisitez, ¿te parece? —finalizó con una sonrisa forzada.

Mimbi la miró con desprecio, aunque la mujer no lo percibió. Sabía cómo eran aquellas mujeres; algo tramaban. Tal y como las sirenas, endulzaban los oídos de las personas con bellas palabras, atrayéndolas hacia ellas para arrastrarlas a las profundidades de su océano de mentiras y luego devorarlas.

Pero con ella no podrían hacerlo, estaba más allá de la seducción de esas dos mujeres. Jugaba al mismo juego. Haría el papel que ellas esperaban: el de ingenua.

—Claro, señora Mercedes, ¿cómo no? —respondió, sonriendo cortésmente. Dejó lo que estaba haciendo y se dirigió a la cocina.

—Ahora, sí —aseveró Mercedes en voz baja mientras observaba si Mimbi ya se había alejado lo suficiente.

—¿Ahora sí? ¿De qué hablas madre? —cuestionó enfurecida—. Acabas de invitar a tomar el té a esa... esa mujer insoportable —dijo con desprecio, agitando una mano en el aire.

—¿Es que no te das cuenta? Hay veces que no sé cuál de las dos es más necia, si ella o tú —mencionó enfurecida mientras también dejaba caer su cuerpo sobre una de las sillas.

Adela seguía con la expresión de aún no entender lo que su madre había hecho. Mercedes la miró y, vencida, bufó.

—Déjalo así. Ahora hablemos de lo más importante —dijo determinante mientras se acomodaba el cabello.

—Ah, claro... Lo más importante... —respondió Adela desganada mientras jugueteaba con uno de sus dorados bucles.

Mercedes, enfurecida, tensó su pie y dio un golpe seco al piso, haciendo retumbar el sonido de su taco. Adela se sobresaltó y la miró sorprendida.

—Pero ¿en qué demonios estás pensado, Adela? —increpó irritada y con los labios fruncidos—. ¿Acaso te has olvidado por qué estamos en este infernal lugar? Si tú estás harta, no te puedes imaginar cómo me siento yo. Sin embargo, sabes bien que el seguir aquí o no, depende sólo de ti.

—Pero madre, hace ya casi un año que estamos en este pueblucho y aún no pude lograr nada. Sabes que hago todo lo posible, pero parece de piedra, no sé, o de hielo quizá —dijo frustrada.

—Ya te he dicho lo que tienes que hacer. Es un hombre de carne y hueso. Y tú tienes suficiente como para atraparlo —agregó orgullosa.

—Claro, meterme en su cama. ¡Qué fácil lo haces, madre! —dijo mientras reía indignada.

—¡Shhhh! ¡Habla más bajo! —exclamó Mercedes tensionada mientras miraba si Mimbi se acercaba.

—Por favor, ¿qué sentido tiene hacer eso? Además dudo que me deje hacerlo. En sus venas puede correr cualquier cosa menos sangre —agregó despectiva, mirando cómo una de las cortinas era movida por la tibia brisa.

Desde su llegada a Puerto Aguirre, Adela no había intentado otra cosa que no

fuera conquistar a Lisandro Del Pozo. Era un hombre más rico que cualquier otro de Buenos Aires y eso le aseguraba no sólo un buen nombre, sino

también un excelente nivel de vida. Sin embargo, a los ojos de Adela, él no parecía dar respuesta a sus juegos de seducción. Los meses transcurridos y sus constantes ausencias sin contacto alguno confirmaban su sospecha. Por supuesto que tal conducta era inaceptable para la orgullosa joven y, de no ser porque su padre había fallecido y su fortuna no era eterna, hubiera dejado atrás la idea de conquistarlo. Pero la desesperación por mantener su forma de vida había llevado a que Adela y Mercedes pasaran de un caprichoso deseo de conquista a una oscura obsesión.

—Puedes darle un hijo. Y así, no habrá obstáculo alguno para que se casen —dijo sonriente y sin tapujos—. ¡Qué lindo! ¡Un nieto! ¿Te imaginas?

—¡Santo cielo! ¡Has perdido la cabeza, madre! —exclamó Adela horrorizada—. ¿Qué dirán en Buenos Aires? ¿Te imaginas lo que pueden llegar a decir? ¡Nuestro nombre se mancharía de por vida!

—Oh, por favor, Adela. Esas cosas se resuelven rápido. Lo tienes aquí y listo. No tienen por qué saber sobre tiempos exactos —dijo resuelta y segura de lo que hablaba—. Además, podemos agregar un aire romántico y pasional diciendo que los dos se enamoraron a primera vista y desearon casarse lo antes posible. Así, nos evitaremos los cuestionamientos sobre por qué no se hizo la fiesta en Buenos Aires o por qué no los invitamos —finalizó con una sonrisa pícaro y maquiavélica.

—Es un enredo pesado, ¿por qué mejor no intento casarme con alguno de los jóvenes de allí? —preguntó insegura mientras, con un dedo apoyado en sus labios, pensaba un nombre. Luego de unos segundos, continuó animada—: Por ejemplo, Sebastián Allende. Es abogado, su familia es de buen nombre y lo principal es que también puede mantener nuestro estilo de vida.

Mercedes dejó de jugar con los guantes que había dejado sobre la mesa y miró a su hija resignada y decepcionada por su falta de análisis.

—Adela, ¿realmente crees que su madre, despierta como una víbora, dejará que se case contigo, una jovencita cuya fortuna se evapora día a día por las

innumerables deudas que ha dejado su padre?

Adela abrió los ojos sorprendida por lo que Mercedes acaba de revelar. Jamás hubiera pensado aquello. Sabía que su padre adoraba las carreras de caballos, pero no tanto como para dejarlas en una inminente banca rota.

Se acomodó como pudo y, en silencio, se replanteó todo lo que habían hablado. De pronto, Mercedes, con suma tranquilidad y astucia, volvió a hablar.

—De todas formas, no desesperemos, hija. La vida lo que quita luego lo devuelve. Afortunadamente, no sólo hay una única salida —aseveró sagaz.

—Explícate, madre. Por favor —agregó Adela ansiosa, moviendo los dedos de su mano sobre el regazo.

—Es muy simple, querida. Si Lisandro no cae en las garras de tu cama, este joven médico, Francisco, puede hacerlo —y, antes de que Adela interrumpiera, la frenó con un gesto y siguió—: Pero quédate tranquila. Que en un día no hayas logrado captar su atención no quiere decir que hayas perdido la batalla. Hay algo más que claro: esa jovencita, Victoria, no lo desea, al menos como hombre. Y ese es el punto que tú debes aprovechar.

Las dos mujeres sonrieron satisfechas por la estrategia que permitiría, de una u otra forma, cumplir sus ambiciosos deseos. Sin embargo, nunca imaginaron que un oído sabio y sincero de corazón había escuchado cada detalle de su cruel plan. Mimbi estaba detrás de la enorme puerta.

* * * * *

Apenas eran las seis de la tarde y Ana deseaba partir lo antes posible. Ni siquiera se había acercado a compartir el almuerzo y tampoco había querido probar un solo bocado de lo que le había acercado Arami. Simplemente, quería estar sola en aquella humilde casa, aislada del mundo natural de la selva y de la gente que tan bien la había recibido. No veía las horas de que el tiempo se esfumara para, finalmente, estar en un lugar como los que ella adoraba. Sin embargo, sabía a la perfección que el haber ido era parte de

cumplir con Francisco. De pronto, la puerta de la habitación se abrió.

—Madre, ¿estás disfrutando tu estadía? —ironizó Victoria divertida al ver a su madre recostada en una de las dos sencillas camas.

Los ojos de Ana estaban graciosamente tapados por un fino par de guantes y su sombrero apoyado sobre el vientre. No movió el cuerpo por nada en el mundo; sólo hizo una mueca con su boca demostrando disgusto.

—¡Vamos! No seas tan exagerada. Algo de todo esto tiene que agradarte

—insistió Victoria—. Piensa en toda la naturaleza que hay allí fuera, sin ir más

lejos, hasta a la señora Mercedes, que es de tu mismo estilo, adora este lugar

Ana, inamovible, seguía sin emitir sonido alguno—, y su hija Adela, que parece conocer a la perfección los modales que siempre tratas de enseñarme, también no se pudo resistir a semejante belleza —hizo un silencio esperando inútilmente alguna reacción de su madre y, luego continuó—. Tal vez, sea cuestión de estar algo más que unos pocos días y segur...

—Victoria, calla —se limitó Ana a responder, levantando una de sus manos para que la joven no prosiguiera con su intento de persuasión.

Por unos segundos, la muchacha miró silenciosa la figura de su madre; luego, desolada, abandonó la casa. Quizá era una tontería lo que había sucedido, pero para Victoria significaba mucho más. Aunque a la vista pareciera que le importaba poco su madre, en su corazón yacía una profunda herida desde pequeña. Nunca había podido hablar de mujer a mujer, sin trabas ni reglas.

Sentía que Ana jamás había deseado compartir sus sentimientos y que para ello creó aquella enorme pared de modales que las separó desde siempre. Sólo su padre conocía el funcionamiento de su joven corazón, pero él ya no estaba allí para abrazarla y expresarle cuánto lo sentía. Sólo una persona más podía entenderla: Francisco.

Así, con los ojos bañados en lágrimas, corrió desesperadamente en busca de su prometido. Entró bruscamente a la pequeña choza donde él debía estar para abrazarlo y expresarle el profundo dolor que acaba de salir de su alma.

Sin embargo, él no estaba allí. Quizá, aún permanecía en el cuarto de los niños o fuera hablando con Arandu. Resignada y dispuesta a irse, enjugó sus ojos adornados de espesas pestañas color cobre para que nadie se percatara de que había llorado como pocas veces. Pero, misteriosamente, la vista se le iluminó.

Una foto, que resaltaba de la rústica mesa de luz, llamó su atención. Por un instante, dudó en acercarse, pues sabía que no era correcto husmear en cosas ajenas, pero en cuanto logró discernir que ella estaba en la imagen, no lo pudo evitar.

La había olvidado. Era un bello recuerdo del último viaje a París en el que Francisco había insistido tomar una fotografía con la inmensa Torre Eiffel de fondo. Era indudable la hermosura del joven y Victoria sabía que cualquier dama hubiera pensado lo mismo. Cuerpo fornido, mentón cuadrado, bigote fino y vestido con la última ropa masculina francesa. Pero, sin duda alguna, la sonrisa y mirada noble eran lo que más se destacaba en Francisco. Realmente, se veía feliz. Ella, con la más perfecta postura como su madre le había enseñado, lucía también uno de los mejores vestidos. Sin embargo, y a pesar de mostrar una

cálida sonrisa, sus ojos parecían perdidos en un mundo tan desconocido como lejano a la realidad que la rodeaba. Dejó caer la foto y tapó su rostro inundado de tristeza, pues las lágrimas bañaban, incesantes, su delicada piel. Sentía que, a pesar de tenerlo todo, estaba en un vacío en el que sólo escuchaba a su corazón gritar, desesperadamente, en un lenguaje que no comprendía. De pronto, al entornar sus ojos, vio lo último que terminó de hundirla en la más profunda angustia. Aquella imagen había caído al suelo dejando su revés a la vista. La levantó con las manos temblorosas y leyó aquellas elegantes letras dibujadas en tinta negra. Era una frase que, desde niña, jamás olvidaría: *“La felicidad es el obsequio a los que siempre dieron, dan y darán todo por amor”*. Una pena la inundó nuevamente, causándole un punzante dolor en el pecho. Y no era para menos. Eran las palabras de su amado padre.

Sin poder librarse de aquel desconsuelo, un repentino llanto la agobió

haciéndole creer que su corazón colapsaría en cualquier momento. Lo imaginaba estrujándose de la pena hasta quedar completamente seco, sin una sola gota de la sangre que lo mantenía vivo. Pero ¿por qué? ¿Acaso no debía sentir una enorme alegría al ver selladas aquellas palabras de su padre? ¿No era un regalo de la vida que un hombre le recordara, románticamente, lo que ella más preciaba en el mundo? En pocas palabras, ¿no era la felicidad ser amada por un hombre como Francisco?

La rabia atacó su cuerpo y presionó sus dientes con gran fuerza hasta que chirriaron. Se sentía una niña caprichosa y egoísta, como decía su madre.

Francisco daba todo sin esperar nada a cambio mientras que ella, simplemente, se dedicaba no sólo a disfrutar de sus halagos y sus demostraciones de amor, sino también, descaradamente, a pedir más. Sin ir más lejos, estaba allí, en su habitación, para pedirle consuelo y comprensión.

Secó sus lágrimas y llevó la foto a su pecho. Lo había decidido. Era su turno.

De pronto, y afortunadamente, la puerta se abrió. Era Francisco que, sorprendido por la visita a solas, la miró preocupado. Y, sin dar vueltas, se acercó rápido a su lado.

—¡Victoria! ¡Por favor! ¡Dime qué te sucede! —exclamó con los ojos alarmados mientras secaba con su mano las lágrimas de la joven.

—Nada, Francisco. Sólo que... —Y rompió en llanto nuevamente, apoyando su rostro en el pecho del hombre.

Francisco la abrazó con marcada dulzura y, al instante, notó que un papel había caído de las manos de Victoria. Lo tomó, sin dejar de consolar a su novia, y lo reconoció inmediatamente. Era el pequeño regalo que tenía para ella.

—¡Oh! ¡Querida! ¿Esto es lo que te ha emocionado? —inquirió tierno a la vez que la alejaba suavemente de su cuerpo en busca su mirada.

Victoria movió los ojos nerviosamente de un lado hacia el otro sin saber qué decir. Sin embargo, decidida, lo miró y respondió.

—Sí, Francisco. —Y tomó su mentón para besarlo apasionadamente. Él, simplemente, respondió a su llamado.

No podía creer lo que estaba iniciando, pero no daría marcha atrás. Los dulces labios de Victoria se fundieron, irremediablemente, con el calor de los de Francisco.

El joven de robusta contextura acarició su rostro y luego extendió su mano hasta el frágil cuello de la muchacha. La miró una vez más y volvió a disfrutar de aquel exquisito sabor. Victoria no lo pudo evitar y posó sus manos en la nuca de su prometido, aumentando el calor del hombre. Él, con el corazón ardiente, abandonó sus labios para dar un pasional recorrido por su delgado cuello que erizó la piel de Victoria, agitando su respiración. Su aliento le hizo perder la razón, acercándose más y más al virginal cuerpo de su novia. La tomó por la cintura y, lentamente, elevó sus dedos hasta alcanzar el immaculado seno de la joven. Victoria dio un pequeño salto, pues nunca había vivido aquello.

Francisco se percató de la inocencia de la joven y volvió a mirarla para transmitirle, dulcemente, tranquilidad.

—No temas, amor. Confía en mí. —Y la besó nuevamente.

Victoria sintió como su corazón latía cada vez más rápido, pero al ver la mirada de Francisco no pudo evitar que la angustia volviera a florecer. Sin embargo, no dejaría que aquello que hacía feliz a su prometido y que, de alguna forma, ella también disfrutaba, se perdiera por un simple capricho sin razón.

Cerró los ojos y, sin dar vueltas, acarició temblorosa el pecho del joven.

Francisco sentía que la locura se apoderaba de su ser. Su pasión desbordaba. Deseaba más. Aquella jovencita, a la que tanto amaba, lo desesperaba. Así, la tomó suavemente y con extrema dulzura la recostó sobre la cama. Desprendió sus ropas masculinas, apoyó su peso sobre el cuerpo de la inexperta mujer y la volvió a besar. Victoria podía sentir el ardor de la piel y la pasión en su máxima expresión. Luego, las hábiles manos del hombre

acariciaron tiernamente su busto, dejándolo a la intemperie. La imagen lo fascinó e, impulsivo, acercó sus labios para disfrutar de aquel dulce sabor.

Victoria se ruborizó al notar su torso semidesnudo, pero al sentir los fogosos labios de su novio emitió un suave gemido que no pudo reprimir. Francisco, sin dejar de hacer aquello que tanto disfrutaba, no lo pudo soportar. El sonido de aquella tierna voz era demasiado. Así, rápido, aunque suave, levantó la incómoda falda de Victoria y acarició sus muslos intensamente. Ella disfrutó aquella caricia tanto o más que las anteriores. Su cuerpo se abría a un mundo de sensaciones nuevas que jamás hubiera imaginado. El joven retiró, por un momento, los labios de su pecho y, dispuesto a iniciar el más puro acto de amor, se acercó al rostro de Victoria para sellar sus sentimientos.

—Te amo, Victoria —dijo con la voz perdida en el calor de sus cuerpos.

Victoria se sobresaltó por las palabras de su novio y abrió los ojos rápidamente. Aquello había resonado en su mente más fuerte de lo que hubiera esperado. Su mirada, temerosa y sorprendida, se hundió en los ojos de Francisco quien, abrumado, comprendió que la joven pedía a gritos ayuda. No sabía bien por qué, pero prefirió pensar lo menos doloroso: su novia, Victoria, aún no estaba preparada.

Como pudo, reprimió su propio placer para encontrarse con aquella muchachita que tanto lo necesitaba. Acarició su rostro, le dio un dulce beso y retiró su cuerpo para acomodarse simplemente a su lado. Luego, vio cómo la timidez atacó el sonrojado rostro de Victoria al contemplar el nerviosismo con el que trataba de acomodarse su vestido. Le tomó la barbilla para regalarle una última tierna mirada y él mismo, luchando contra sus deseos, la ayudó con suma tranquilidad a vestir nuevamente su delicada figura.

—Francisco, yo... —comentó Victoria con cierto aire de culpa y la voz aún perdida en la timidez.

—No digas nada, querida. Fue, simplemente, hermoso. Nada más que aún no es el momento —agregó con dulzura. Se acercó y, tierno, besó su mejilla.

Victoria esbozó una sonrisa en agradecimiento por la extrema comprensión.

—Ahora ve con tu madre. Seguramente, debe estar en tu búsqueda. Y no sería bueno que te encuentre aquí. Digo, para que no peleen —resolvió irónico y divertido.

Victoria sonrió y, simplemente, asintió con un movimiento de cabeza.

Realmente admiraba cómo aquel joven manejaba y contenía todo tipo de situación para que ella jamás sufriera, aunque eso implicara su propio sacrificio.

Salió de la pequeña casa y caminó despacio, sin prisa alguna de volver al lugar donde estaba su madre. Una vez más, deseaba despejar su mente que, luego de lo que acababa de vivir, se había hundido en aguas más profundas, densas, oscuras y rebeldes, repletas de viejas y nuevas preocupaciones. Sin embargo, su corazón comenzó a latir más fuerte que nunca; nuevamente estaba diciendo algo que ella no comprendía. Quiso ignorarlo, pues no se permitiría dejar caer una lágrima más. Aceleró el paso y trató de pensar en cualquier cosa que la alejase de aquello que estaba sintiendo. Hasta canturreó una canción, aunque con la voz temblorosa, creyendo que así escaparía de las sensaciones que la agobiaban. Pero fue inútil. En cuanto se percató de que la letra incluía la palabra “amor”, se detuvo en medio del camino, enmudecida, con un enorme nudo en la garganta. Se negó a pronunciarla o más bien, no podía. Posó las manos en su cuello y, con los ojos llenos de lágrimas, echó a correr sin destino.

De pronto, una robusta raíz que sobresalía de la tierra colorada la hizo caer al suelo, torciendo su frágil tobillo. No le importó el dolor. Tomó sus zapatos, los revoleó y siguió su carrera sin rumbo. Sus cabellos se desprendieron de las horquillas que lo sostenían, quedando libres y salvajes al compás del viento mientras su llanto se perdía, junto a la agitación de su respiración, en la desesperada huida. Ya nada le importaba; no deseaba pensar más. Luego, repentinamente, se detuvo. Un salvaje río estaba frente a sus narices y el ruido era tan caótico como el de su corazón. Así, sintió que era el único lugar donde podía ahogar sus penas, al menos por unos minutos hasta que aquella desesperación se esfumara. Lo contempló maravillada por sus rebeldes movimientos y, sin dudar, se lanzó eufórica.

Por un instante, notó cómo aquella refrescante agua relajaba todo su cuerpo,

eliminando la caprichosa angustia de su realidad. Sin embargo, la fuerza de aquel imponente río era mayor a la de su voluntad por volver a la superficie.

La desesperación volvía, aunque esta vez por algo muy distinto: deseaba vivir.

Agitó sus piernas y brazos con toda la fuerza que le quedaba, pero, aun así, nada podía hacer. En cuanto lograba tomar algunas bocanadas de aire, era nuevamente empujada hacia las profundidades. Su fuerza se perdía en la ferocidad de las aguas y su esperanza por volver a tierra se extinguía tan rápido como su oxígeno. Sus ojos comenzaron a cerrarse y su cuerpo se disponía a entregarse, mansamente, a las salvajes aguas; después de todo y por más deseos que tuviera de vivir, la realidad en tierra firme no era tan alentadora, al menos

para su corazón. Así, dejó de pelear con el río que, definitivamente, se declaraba vencedor y permitió que hiciera de su cuerpo lo que quisiera. Los segundos pasaban y, muy lentamente, el silencio comenzó a ahogar a Victoria en la tranquilidad fría de la inconsciencia. No había nada más que hacer, pensar ni sentir. Todo, absolutamente todo, se desvanecía.

Sin embargo, nada es tan fácil; ni siquiera morir. Una nueva amenaza se acercaba a su figura. Sus ojos, confusos y vencidos, trataban de ver aquello que se acercaba temiblemente veloz. La fuerza con la que se desplazaba era, sin dudas, descomunal; el río parecía simplemente un juego para aquel ente cuya figura se tornaba un poco más nítida a medida que se acercaba a Victoria. Su presencia era intensa, su energía infernal y su negrura, sencillamente, imponente.

Movió sus débiles manos como pudo con la intención de alejar aquello que venía, pero fue inútil. Sus llameantes ojos pardos se clavaron en los de ella, dejándola nuevamente inmóvil y estupefacta: el fuego que salía de aquella mirada era propio del infierno, aunque seductor.

Así, lo supo enseguida. Ya era tarde. Había caído en su trampa, pues la fiera estaba frente a ella mostrando sus enormes y filosos colmillos. Victoria deseó gritar como nunca, pero sólo cerró los ojos a la espera de lo peor. No obstante, el dolor parecía hacerse esperar. Su cuerpo sólo sentía la velocidad con la que la bestia la arrastraba por las indomables aguas. Tal vez, la

devoraría luego, en tierra. Como sea, el salvaje felino continuó y no la soltó por un sólo instante. Sus temibles dientes permanecieron clavados en el vestido de la débil joven hasta que, finalmente, la dejó recostada boca abajo sobre la fangosa tierra.

Victoria, exhausta, expulsó el agua que había en sus pulmones y, aún confusa, entornó sus ojos en busca del animal. No sabía si había sido cierto o si se había tratado de un extraño sueño. Lo seguro era que alguien le había salvado la vida, al menos del feroz río. Giró su cuerpo como pudo y, acomodándose, lo vio allí, frente a sus ojos a tan sólo unos metros de distancia. Su cuerpo era robusto y marcado, su color noche era tan elegante como su andar y sus ojos brillaban y resaltaban irreales, muy distintos a los de un simple animal. Pero más allá de la hermosura, Victoria sabía que se enfrentaba a un ser salvaje. Parecía estar nervioso, sin saber qué hacer, pues no hacía más que girar en forma de ocho con la mirada fija en ella. Tal vez, pensaba en cómo desmembrarla o, quizá, estaba esperando a que la joven huyera para salir tras su búsqueda y hacer la caza menos fácil y aburrida. De cualquier forma, el nervioso felino seguía allí, sin hacer nada, confundido y con los ojos hundidos en su presa a la que, para ese entonces, ya hubiera devorado. Victoria permanecía igual de atónita. Pudo haber

intentado huir, pero no lo hizo. No quiso. Su corazón, que debía estallar del terror, simplemente había dejado de gritar. Su respiración ya no era agitada y sus ojos sólo miraban a aquella salvaje belleza. Estaba tranquila. Estaba fascinada.

Sin pensarlo, osó mover su cuerpo hasta quedar de rodillas. La fiera detuvo su paso y rugió exaltada con los ojos centelleantes. Aquello era fatal, era la incitación perfecta para que el animal acabara con su vida. Sin embargo, no hizo más que quedarse inmóvil frente a Victoria. Las miradas se fundieron tan misteriosas como las reacciones que, hasta entonces, habían tenido. Ambos estaban inmersos en un extraño encuentro en el que sólo ellos se comprendían.

La muchacha, como si estuviese segura de lo que hacía, extendió lentamente su mano. Él, aunque dudoso e incómodo en un principio, se acercó despacio. Nadie lo hubiera creído, ni siquiera ellos mismos. A medida que Victoria se acercaba, sentía la feroz respiración del animal en la que, seguramente, contenía los más instintivos deseos. Ya estaban cerca, a centímetros de tocar la

piel del otro, pero, inesperadamente, un ensordecedor disparo acabó con la magia que había encantado a ambos seres.

Así, la ferocidad del jaguar estalló en un rugido repleto de furia, hambre, muerte y dolor. Su mirada dejó de ser la de un salvaje domado para volverse a la abrazadora rebeldía del infierno. Brilló como nunca de cólera y la pobre Victoria al fin reaccionó con el temor que debió haber tenido desde un principio. Sus ojos se llenaron de lágrimas de miedo, pensando que finalmente el felino la devoraría.

Sin embargo, y a pesar de rugir sin cesar, no hizo más que alejarse de la joven.

Victoria, sorprendida por su reacción, intentó acercarse, pero el animal no la dejó. Su lomo estaba herido; una densa sangre rojo oscuro brotaba manchando su brillante pelaje y el húmedo suelo misionero. La miró intensamente una vez más y, dejando rastros de su dolor, huyó para volver a esconderse en la pronta noche selvática.

Lo quiso seguir, pero su cuerpo no lo permitió. Agobiada, sintió que aquel mundo verde que la rodeaba giraba sin parar. Su cuerpo tembló débil y, sin remedio alguno, cayó sobre el piso manchado de la sangre del jaguar. Sus sentidos parecían abandonarla lentamente, aunque de fondo aún podía escuchar unas conocidas voces que, desesperadas, gritaban su nombre.

Capítulo 5

—¡Maldición, Mimbi! —gritó del dolor y, a la vez, golpeó con su puño la mesa en la que la muchacha había dejado los elementos de primeros auxilios.

—Lo siento, señor. La herida no es tan superficial y es necesario desinfectarla cuanto antes —dijo Mimbi mientras le limpiaba cuidadosamente la sangre de la espalda.

—Deberías dejarme desangrar. Así todo sería más fácil —dijo con la voz vencida.

—¡Basta de decir locuras, señor! Agradezco la mala puntería de quien haya disparado. Usted no merece éste ni ningún otro dolor más —y conmovida

agregó—: Y que en paz descanse el alma del ser que trató de llevarlo consigo.

El hombre rio tranquilo para sus adentros, se levantó de la silla y, aunque dolido por la profunda herida en su espalda, miró a Mimbi quien se preocupó enseguida al notar aquella mansa mirada, algo poco habitual en él.

—Puedes quedarte tranquila, Mimbi. Nadie ha muerto. Nadie —finalizó cansado, aunque sonriente. Tomó su manchada camisa blanca y, sin decir nada más, marchó a su alcoba.

La sorprendida mujer le hubiera preguntado mucho más sobre aquello, pero, por el contrario y feliz por lo que había escuchado, sólo prefirió contemplar la figura de aquel hombre, pues ya no sabía cuándo sería la última vez que lo vería.

* * * * *

Ya era la mañana y el fulminante sol despertó a la joven Victoria del pesado sueño. Aún podía sentir restos del fuerte mareo previo al desmayo en la selva. La piel le hervía y los sentidos apenas le indicaban que, en el cuarto, había más de una persona.

—¡Victoria! —exclamó Jára al ver que la muchacha abría lentamente sus ojos. Ana, sentada en una silla, se levantó de un salto y, nerviosa, se acercó a su hija. Arami y Arandu dejaron de hablar entre sí y se detuvieron a mirar preocupados.

—¡Hija! ¡Responde por el amor de Dios! ¡Te lo suplico! —rogó Ana mientras posaba sus manos sobre las mejillas de Victoria.

La joven movía la cabeza de un lado hacia el otro, tratando de comprender dónde estaba. Arandu, al darse cuenta de lo que Victoria sentía, se acercó y, dispuesto a posar su mano sobre la de ella, Ana reaccionó.

—¡Ni se le ocurra tocarla! —exclamó enfurecida. Sus ojos ardían en llamas de la cólera y sus dientes ejercieron una fuerte presión que casi los hizo chirriar—. ¡Todo esto es culpa de ustedes! ¡Y de nadie más! —gritó, mirando

también a Arami que junto a Arandu no hicieron más que mirarse otra vez.

El sabio, con el semblante tranquilo, simplemente asintió y se sentó al lado de Victoria, verificando que ello no molestase a Ana. Sin embargo, y a pesar de su estado, Victoria tomó, como pudo, la mano a Arandu. Ana bufó y, nerviosa, se levantó posando una mano en la cintura y la otra en la frente. No podía creer que aquella jovencita, aún casi inconsciente, la desobedeciera. Y

antes de que Ana reaccionara frente a esa falta, la paciente Arami se acercó.

—Señora, por favor, no la reprenda ahora. No es lo mejor para su salud.

Mírela —aconsejó cordial mientras con la mirada señalaba el débil rostro que lucía Victoria.

Ana sintió que aquella actitud no había sido más que propia del descaro.

Nadie le decía qué hacer con su hija. Y, sin poder contenerse, se retiró efusiva de aquella habitación.

Victoria seguía perdida. Entre confusas imágenes, había visto el rostro de su madre, el de Jára y luego el de Arandu, pero nada parecía estabilizarse. Cerró los ojos de nuevo, pues el dolor de cabeza y el silbido en sus oídos eran demasiado fuertes, y vencida, se hundió en aquel sueño que había vuelto insistente a su memoria.

Estaba de nuevo en medio de la oscuridad y frente a la única puerta iluminada. Entró y contempló la enorme ventana de la que ingresaba la tenue luz de las estrellas de aquella noche de luna nueva. De pronto, aquel sonido repugnante hizo que su corazón se agitara pidiendo saber más. Se acercó a la oscuridad de donde provenía el sonido y, sólo así, se pudo dar cuenta que allí, en

esa habitación, no estaba sola. Alguien la acompañaba. Y, sin dudas, era el culpable de ese ruido infernal. Se acercó un poco más, pero, sin esperarlo, tropezó. El repulsivo sonido cesó abruptamente y el corazón de Victoria se paralizó aterrorizado cuando vio lo que tenía delante de sí: dos llameantes ojos pardos que la miraban hambrientos.

Nerviosa, abrió los ojos lo más que pudo y, con sus débiles manos, estrujó las sábanas que la tapaban. Su cuerpo estaba bañado en sudor y apenas tenía un hilo de voz. Sentía la garganta seca y su pecho se movía agitado del temor. Arandu y Arami se acercaron alarmados, llamándola una y otra vez hasta que reaccionara. Victoria vio los rostros y, al observar la habitación en la que estaba, comenzó a tranquilizarse. Lentamente, sus sentidos, que empezaban a volver a la normalidad, le permitieron escuchar lo que Arandu y Arami debatían sin que éstos se dieran cuenta.

—Señor, se lo aseguro. Esta jovencita ha hecho algo —aseveraba con el rostro preocupado—. Ella misma me lo ha dicho. Ha soñado con una noche sin luna y desde entonces ha estado así, de mal en peor.

—¿Noche sin luna? ¿Estás segura de lo que dices, Arami? —cuestionó Arandu sorprendido por lo que había escuchado.

—Sí, señor. Más que segura. Por eso creo que debemos protegerla, por su bien y el del Dr. Elizalde. La bestia se ha empeinado y no parará hasta lograr su cometido.

Arandu bajó la mirada y, pensativo, posó su mano sobre el mentón. Sabía que la situación era más grave de lo que parecía.

—Pues, como sea, las ganas se le irán —afirmó Francisco quien, serio, acababa de ingresar al cuarto para ver a su novia. Arandu y Arami se miraron y, callados, lo saludaron con un gesto amable—. Mi disparo lo ha herido y espero que de gravedad. Estoy seguro y lo vi con mis propios ojos. No volverá a acercarse, por lo menos a Victoria —finalizó firme mientras se sentaba al lado de su prometida.

Arandu hizo un gesto a Jára y junto a Arami decidieron retirarse.

—Seguramente así será, Dr. Francisco. Los dejamos tranquilos para que puedan conversar. Hasta luego —dijo Arandu, guiando al caprichoso Jára que no deseaba irse.

Francisco no podía creer el estado de Victoria. No soportaba verla tan decaída y, menos, débil. Se sentía fuertemente culpable de aquello y, mientras

le acariciaba el rostro, le suplicaba, entre susurros, perdón. Victoria estaba, desde hacía unos minutos, mucho mejor y, habiendo escuchado sus súplicas, abrió sus ojos y habló.

—Hum... ya que pides perdón, ¿por qué no me preguntas si te disculpo por haberme escondido la soga de saltar cuando tenía siete años? —preguntó divertida, aunque frágil.

Francisco se sorprendió y, feliz de escuchar su voz, le siguió la corriente.

—Pues no. ¡Ni en tus sueños! Estabas a mi cargo y debía cuidarte. De haberte lastimado, no hubiera podido hacer nada... Digamos que, para ese entonces, aún me faltaban algunos años para ser médico. Es más, creo que tú me debes pedir perdón por no obedecer —rió y luego le dio un beso en su frente.

—¡Sinvergüenza! ¡No eras más que un crío de quince años! —expresó risueña.

—¡Oh! Lo siento, pequeña Victoria, pero, como sea, era y aún soy mayor que tú —respondió tocando, con la yema de su índice, la nariz de la joven.

Ambos rieron recordando aquella vez y luego se miraron con fuerte cariño. Francisco siguió acariciando su rostro y cabello mientras Victoria sólo lo miraba preocupada.

—Victoria, en serio, perdóname. Sé que todo esto que te ha sucedido no es más que mi culpa. —La joven bufó dispuesta a interrumpirlo, pero Francisco posó dulcemente su dedo sobre los labios resecaos para que lo dejara continuar —.

Lo que sucedió ayer entre nosotros fue lo más hermoso que he vivido en mi vida.

Quiero que lo sepas. Pero el solo hecho de pensar que... —dijo furioso consigo mismo, mordiéndose los labios—... te hizo sentir desesperada, al punto de poner en riesgo tu vida, me destruye por dentro. Y es algo que jamás me podré perdonar.

Victoria pestañeó tranquila, apoyó su mano sobre el rostro y lo miró directo a

sus comprensivos ojos verdes.

—No digas tonterías, Francisco. Te has imaginado cualquier cosa —rio para disimular y, persuasiva, continuó—. Sabes lo impulsiva que soy y, la verdad, es que ni por asomo deseaba terminar de compartir la tarde con mi aburrida madre. El verde del lugar me encandiló y, cuando quise darme cuenta,

vi el río. Sinceramente, deseaba refrescarme y sentir más de todo ese paisaje, pero jamás medí las consecuencias. Me eché al agua y, de pronto... —Las imágenes del elegante felino y su mirada de fuego se hicieron presentes, haciéndola tardar unos segundos hasta que pudo continuar—. Ese enorme gato me tomó del vestido y me sacó. Nada más.

Francisco se quedó petrificado esperando que le dijera alguna cosa más.

Pestañeó, se rascó la cabeza y con las cejas arqueadas le preguntó.

—¿Nada más? —cuestionó alarmado. Victoria infantil asintió con la cabeza—. ¿Has escuchado lo que acabas de decir? No era un gato lo que te sacó del agua, sino un jaguar, uno de los más temibles depredadores de esta zona, mi querida Victoria.

—Ajam —se limitó a responder.

—¿Ajam? ¡Pero sí que eres inconsciente, Victoria! ¡Te pudo suceder cualquier cosa!

—Pero no me sucedió. Además ese gato, jaguar o lo que sea, me salvó la vida. De lo contrario, me hubiera ahogado —dijo segura mientras se acomodaba en la cama.

—¡Victoria! Eres demasiado inocente. ¡Te sacó del agua para convertirte en su presa! ¡Dudo que pudiera comerte en el salvaje río! ¡Santo cielo! —

exclamó Francisco preocupado y con aire de culpa mientras se tapaba el rostro de sólo imaginarlo.

Pero Victoria recordaba muy bien aquella escena. De haber sido así, aquel felino la hubiera devorado en cuanto la dejó tirada en el piso. Sin embargo, no

sólo no le hizo daño, sino que, además, le había permitido acercarse para acariciar su suave y brillante pelaje. Algo poco común que de habérselo contado a su prometido, no hubiera hecho más que aumentar las preocupaciones.

—Sí, en eso tienes razón, Francisco. Es que todo fue tan confuso que ya ni recuerdo con claridad lo sucedido —dijo disimulada. El joven la miró con pena y le tomó la mano.

—Por suerte, Jára me avisó que te habías desviado del camino y que podía ser peligroso que estuvieras sola por allí. Enseguida salimos en tu búsqueda y así fue como te encontramos. Estabas empapada e indefensa frente a esa fiera negra que estaba a punto de atacarte. ¡Dios Santo! —exclamó angustiada—. Y, sin dudarle, di un disparo para que te dejara en paz. Creí

haberlo matado, pero, desafortunadamente, no fue suficiente y huyó.

Victoria sabía lo que en realidad ella había vivido, pero no podía dejar de sentir pena por la angustia que sentía su novio. Después de todo, había salido a salvar su vida.

—Gracias —dijo dulce y suave, tomando las manos de su novio. Se enderezó como pudo y, despacio, lo abrazó con ternura.

—Victoria... —alcanzó a decir en voz baja mientras, tranquilo de que estuviera viva, la abrazó más fuerte.

* * * * *

—¡Ey! ¡Tú! —exclamó Adela despectiva—. ¿Sabes si ya regresó el señor Del Pozo?

Mimbi contuvo los deseos de contestarle como merecía aquella soberbia muchachita, pues no quería levantar sospechas ni tampoco avivarla. De alguna manera, haría que la verdad de aquellas dos mujeres quedara expuesta a la luz de todos, pero para eso aún faltaba.

—Claro, señorita Adela. El señor ya ha regresado, pero aún descansa en sus

aposentos.

—¡Perfecto! —exclamó, olvidándose de Mimbi, aunque ésta disimuló haberse percatado de su ansiedad—. Pero qué raro... no le he escuchado entrar,

¿cuándo dices que llegó?

—Oh, seguramente no lo ha oído porque llegó por la madrugada, señorita. Pero no se preocupe, en cuanto el señor despierte le haré saber que usted está aquí con su madre.

—En absoluto. No pierdas el tiempo porque yo misma le haré saber que estoy aquí, querida. Tú, sólo sigue con tus...quehaceres, o lo que sea que estuvieras haciendo y nada más —dijo determinante y, con una sonrisa maquiavélica, se marchó con su típico elegante andar gatuno.

Adela era realmente bella y sensual. Sabía que ningún hombre podía resistirse a sus encantos y, menos aún si usaba sus armas de seducción. Sin embargo, siempre hay una excepción a la regla: Lisandro Del Pozo. Aquel

hombre era inalcanzable, extremadamente frío y racional; parecía una roca a la que nada, absolutamente nada, le hacía efecto, ni siquiera una mujer ardiente y seductora como era ella. Pero como ya se lo había dicho su madre, no tenía nada que perder. Después de todo, si ella no generaba nada en Lisandro, tampoco otra mujer de este mundo.

Así, pidió a Mercedes que ajustara su corsé, desprendió dos botones del escote del vestido y, sugerente, dejó entrever sus dos enormes y apretados pechos. Se miró al espejo y, antes de marchar, dejó caer naturales dos bucles dorados sobre su limpio rostro.

* * * * *

—¡Hasta luego querido Arandu! —exclamó Victoria, abrazando al buen hombre.

Todo el mundo ayudaba a la joven y a Francisco a subir las cosas a la carreta. Por supuesto, Francisco se quedaría allí, pero prefirió enviar a Victoria a la

casa del señor Del Pozo para que estuviera lo más lejos posible de aquel felino salvaje. De todas formas, iría acompañada de su madre, Arami, Karai y Don Alejandro quien ya estaba listo para partir.

—Cuídate, querida. Igual, pronto iré a verte —respondió el sabio con una cálida sonrisa.

—Quédese tranquilo, Arandu. Estoy de maravillas —manifestó alegre, aunque sabía perfectamente que aún no estaba del todo recuperada.

Al instante, se acercó Francisco y, tranquilo, la abrazó.

—Por favor, Victoria, cuídate. No salgas de la casa hasta que yo llegue; sabes que no es un lugar para andar dando vueltas como si nada. Calculo que en unos tres días estaré allí para verte. Ten cuidado, ¿lo prometes? —preguntó, mirándola a los ojos con deseos de robarle un ardiente beso.

Victoria, adivinando el deseo de su novio, lo miró risueña y contestó.

—¡Claro que sí! Es lo menos que puedo hacer con todo lo que tú has hecho por mí, Francisco. —Y lo abrazó fuerte, como solía hacer de pequeña.

La joven tomó sus manos, pero, a punto de soltarlo para darse la media

vuelta, él la volvió rápidamente, aunque suave y hacia su pecho. Tomó su delicada barbilla y, sin darle tiempo a reacción, apoyó dulcemente sus cálidos labios sobre los de ella. La llenó de su calor, retiró suavemente su boca y, enternecido por el aroma de su prometida, apoyó su frente en la de ella.

—No veo las horas de finalmente estar por siempre junto a ti, mi Victoria

—aseveró con la voz casi imperceptible. Le regaló un último dulce beso y la dejó marchar a la carreta.

Ana y los demás, a excepción de Don Alejandro que ya estaba preparado, recién salían para subir y finalmente partir. Victoria agradeció para sus adentros aquella tardanza por parte de su madre, puesto que, de haber llegado unos segundos atrás, hubiera presenciado el acto culpable de su rostro sonrojado. Y, por supuesto, hubiera tenido que aguantar una semana entera de

reproches sobre su inaceptable comportamiento.

De pronto, a punto de subirse, se percató de que unos ofendidos y pequeños ojos oscuros la miraban desde abajo. Era Jára, cuyo pequeño y redondeado rostro se mostraba furioso por su partida. Victoria se acercó al niño que tanto cariño le tenía y, de cuclillas, le tomó sus pequeñas manos.

—¿No estarás enojado conmigo, verdad? —dijo sonriente y dulce—. Nos hemos hecho grandes amigos y sabes que siempre estaré aquí contigo —aseguró, tocándole tiernamente su pecho.

—No estoy enfadado contigo, Victoria, sino con los demás —contestó, desviando su mirada hacia el costado.

—¿Y por qué te has enojado con el resto si la que se va soy yo porque no estoy bien? Ellos me ayudan a que esté mejor, así como Francisco cuida de tus pequeños amigos que pronto se recuperarán.

—No es lo mismo. Yo te vi, Victoria —repuso, mirándola directo a los ojos.

El semblante de la joven se tornó rápidamente serio, borrándose la sonrisa de segundos atrás. Miró hacia abajo y suspiró con todas sus fuerzas.

—Jára, simplemente quise darme un chapuzón y no medí las consecuencias. Tú sabes, no conozco tanto la naturaleza como tú —contestó con una sonrisa forzada, aunque con la mirada esquiva.

—Eso es mentira. Yo te vi, estabas llorando, pero por suerte el jaguar te salvó. Y todo el mundo dice que te vas porque él te quiere comer. ¡Eso sí que es una gran mentira! ¡Yo lo vi, yo lo vi! ¡Él sólo te quiso salvar! ¡No es justo! ¡No es malo!—exclamaba el niño a punto de llorar.

Victoria lo abrazó y trató de calmar para que el resto no se percatara de lo que estaban hablando. No soportaba ver triste al niño, pero por dentro no pudo evitar sentirse llena de esperanza. Aquella criatura le confirmaba lo que ella misma había vivido con la fiera.

Lo tomó por los hombros y, buscando su mirada, le habló.

—Pues bien, me has descubierto, Jára. Yo pienso lo mismo que tú; ese gato no es tan malo. Si me hubiera querido comer, lo hubiera hecho de un solo bocado, ¿no crees? —El niño rio, fregándose un ojo—. Pero el resto no vio lo que tú y yo sí vimos, ¿entiendes? Y es muy difícil para ellos poder comprenderlo

—y, analizando la situación, añadió—: Por eso, será nuestro secreto. ¿Te parece?

Pero no se lo cuentes a nadie, ¿sí?

—¿Ni siquiera a nuestro Arandu? —preguntó sorprendido y con los ojos abiertos de par en par.

—A nadie, Jára. Si no, pasaremos por locos y nos tirarán al río. Y ahí ni el jaguar podrá salvarnos —agregó graciosa.

El niño sonrió, se secó las lágrimas y la abrazó con gran ternura, prometiéndole guardar aquel secreto. Y así, con todos a bordo, la travesía comenzaba nuevamente, aunque para volver.

El viaje fue más de lo mismo; los vaivenes de un lado hacia el otro y con algún salto de por medio. No obstante, esta vez, los semblantes de los pasajeros habían cambiado. Ana ignoraba la incomodidad del viaje y lucía cómicamente feliz, pues, de alguna manera, se despedía de todo aquello para pasar el resto de los días en la casa del estilo que ella adoraba. No así Victoria. Su rostro no mostraba tristeza, pero tampoco felicidad; simplemente, parecía perdida, fuera de sí. Aquel paisaje, que en otra ocasión la hubiera vuelto a embelesar, pasaba desapercibido frente a los ojos de la apagada joven. Su mente se había quedado en otro lugar mucho más lejano, desconocido y sin tiempo; en un espacio en el que no logró diferenciar lo que estaba bien y lo que estaba mal. Su mente y su alma habían quedado presos en el único lugar que no debía: los ojos del jaguar. Por un lado, su razón le pedía a gritos que tomara consciencia y escuchara las palabras de su novio y el resto. Sin duda alguna, la apariencia de aquel felino era imponentemente aterradora y era lógico pensar cuáles eran los únicos deseos que podía tener una bestia como tal. Pero, por otra parte, su corazón, y al que de a

poco comprendía, insistía en que las intenciones del jaguar no habían sido más que puras y bondadosas. Y, como si fuera poco, Jára había percibido lo mismo que ella, aunque desde lejos.

Así, supo desde aquel viaje de retorno que una nueva lucha se disputaba en su interior: la razón contra el corazón.

* * * * *

La puerta de la alcoba estaba entreabierta. Era su oportunidad. Miró hacia ambos lados del pasillo, se acomodó el busto y, segura de que nadie más estaba allí, ingresó sigilosamente al cuarto de Lisandro.

El espacio era bellissimo, tan elegante como el resto de las habitaciones, aunque ésta era más amplia y se mantenía siempre en penumbras; una pesada cortina rojo oscuro tapaba la ventana que estaba cerca de Lisandro. Despacio, y tratando de contener su nerviosa respiración, se sentó sobre la cama. El hombre, que estaba de espaldas a la seductora figura de Adela, se mostraba profundamente dormido. Por un momento dudó, pero ya estaba allí y las palabras de su madre retumbaban una y otra vez en su cabeza. Estiró su fino brazo y, delicadamente, acarició la espalda de Lisandro.

—¡Ay! ¡Pero quién demonios... —exclamó furioso, dándose media vuelta con gran rapidez.

Adela tembló del susto y llevó su mano a la boca sin saber qué decir. No entendía el motivo de su reacción. Lisandro, al percatarse de que era ella, espiró serio y la miró con el ceño fruncido, aunque más tranquilo para no volver a asustarla.

—¿Qué haces aquí, Adela? —le preguntó de mala gana, captando con sus ojos la intención de su exagerada y llamativa presencia.

Adela, aún nerviosa, había perdido su pose sensual, pero enseguida reaccionó y contestó.

—Buenos días, querido Lisandro. ¿No te alegras de verme? —dijo con una dulce voz y pestañeando más de una vez—. Parece que no estás de humor,

pero eso es algo que puede cambiar, ¿verdad? —preguntó, acercándose más.

Lisandro se acomodó para quedar con la espalda pegada a la cabecera de

la cama y, así, crear un poco más de distancia entre él y la imponente mujer. Al hacerlo, no pudo evitar hacer una mueca por el dolor de su herida.

Adela, al ver que no recibiría respuesta, disimuló toser para apoyar su mano en el pecho y así lograr desabrochar un botón más del vestido. Luego, suspiró profundo y, al hacerlo, aprovechó estirar sus brazos hacia adelante para que éstos presionaran desde los costados, haciendo que sus pechos se abultaran un poco más.

Lisandro, al notar aquella seductora maniobra de Adela, desvió la mirada y tosió disimulado para evitar reír. Al instante, no lo pudo controlar y volvió a ella.

—Estimada Adela... Siempre digo que esa inútil cosa que ustedes usan debajo de sus vestidos hará que en cualquier momento muchas de ustedes —

dijo, señalando con la mirada a sus pechos— estallen.

Adela se sonrojó. La vergüenza que la atacó fue tan fuerte como la rabia que le había generado aquel hombre de hielo. Simulando sorpresa, observó su pecho y abotonó lo más rápido que pudo.

—¡Oh! ¡Qué horror! Sinceramente, tienes tanta razón, querido Lisandro.

Qué suerte tienes tú de ser hombre y no tener que preocuparte por usar estas incómodas ropas —respondió, sobreactuando.

—Pues, no tienes por qué usarlas —respondió serio, despreocupado y con las cejas arqueadas—. Nadie las obliga, ¿o sí?

Adela rio superficialmente y movió los ojos de un lado hacia el otro, dejando a la vista la incomodidad que le producía aquella conversación. Por un momento, odió a su madre por haberla convencido de intentar seducirlo, pero por otro, detestó más que nunca a ese hombre que tenía frente a sus narices. No comprendía su naturaleza; simplemente, le parecía el hombre más estúpido

sobre la faz de la Tierra, pues era el único que la rechazaba y de la peor manera. Pero no se daría por vencida. Algo, en algún momento, lograría y, si no era su cometido principal, al menos se vengaría por toda la vergüenza y humillación que le había hecho sentir.

De pronto, la puerta se volvió a abrir. Era Mimbi que, excusándose de llevar el desayuno, había tramado aquella repentina aparición para arruinar cual fuere el propósito de aquella astuta jovencita.

—Señor, buenos días. Aquí le traje su desayuno —dijo con suma tranquilidad.

—Sólo Lisandro, Mimbi —corrigió—. Agradezco tu gesto, pero no hacía falta. Bajaré en unos minutos para compartir el desayuno con ustedes.

—Perfecto, ambas aguardaremos abajo —remarcó Mimbi, mirando a la enfurecida Adela—. Hasta quizá tengamos el agrado de que lleguen a tiempo la señora Ana y Victoria Bedoya. Así, podrá conocerlas.

—Seguro. Vayan ustedes que luego las alcanzo. Antes debo ver algunas cosas —finalizó determinante y frío.

—Sí, señor. Lo esperaremos —y, antes de marchar, le recordó—. ¡Oh!

Casi lo olvido. Hace unos días llegó la carta que esperaba. La dejé en su otro cuarto, sobre el escritorio.

Lisandro, con la mirada fría y vencida, respondió.

—Perfecto.

* * * * *

—¡Buenos días! —exclamó Karai al entrar a la casa. Mimbi corrió a abrazarlo, pues pensó que llegarían más tarde.

—¡Mi amor! ¡Llegaron! ¡Qué dicha! —expresó feliz luego de besarlo.

Ana, horrorizada por la conducta, se limitó a pasar ignorando la presencia de la hermosa morena. Cortés, saludó a la señora Mercedes y a su hija, quienes aún no habían comenzado a desayunar, y se sentó junto a ellas. Victoria saludó cálidamente a Mimbi, aunque ésta notó el estado decaído que tenía.

Arami, quien no se había despegado un solo momento de la joven, tomó a Mimbi del brazo y la llevó para hablar a solas. Rápidamente, Victoria se percató de aquello y, disimulada, luego de haber saludado a las otras dos mujeres, se acercó a la puerta de la cocina lo más rápido que pudo para escuchar.

—No puedo creer lo que me cuentas, Arami. ¡Es terrible! Con razón esta jovencita sufría cosas extrañas ya desde antes. ¡Qué Dios la proteja! — exclamó angustiada.

—Exacto. De alguna forma, su corazón le estuvo advirtiéndole el peligro que la acecha. Pero la joven es muy testaruda y arriesgada, Mimbi. Hay que estar siempre cerca para que nada malo le suceda.

—Eso será muy difícil. La bestia está cada vez peor y más salvaje. Ya no mata como antes... Disfruta del sufrimiento de su presa. Espera y los acecha pacientemente para crear un cruel juego que torne su caza más difícil. Goza del temor que los demás sienten. Y eso sólo significa que pronto... se convertirá en el peor de los asesinos para siempre.

—Lo sé, Mimbi. ¡Imagínate el deseo que debe tener por esta muchacha al no haberla podido cazar! Estoy segura que se ha empeñado hasta acabar con su vida de la peor forma —aseveró angustiada a la vez que Mimbi la abrazó—. No es justo, ni para esta jovencita ni para el señor.

—Tranquila, Arami. No digas nada, pero el señor Lisandro ha regresado y debe estar a punto de leer la carta que llegó hace una semana... y sé muy bien de quién es. —Arami elevó la vista y, esperanzada, la escuchó—. Es la última oportunidad que tenemos de que aquella bestia no lastime más a nadie, aunque, muy a pesar nuestro, implique que desaparezca. Se llama Roberto Araoz y es de Buenos Aires. Dicen que es un hombre de lo peor, que ha estado en millares de cazas y se vanagloria de haber participado en la Expedición del

Desierto. Sé que no es la mejor solución, pero así lo ha decidido el señor Del Pozo. Y lo hace por nuestro bien. Tú lo sabes. —Luego, tomó las manos de Arami y agregó—.

Ahora vuelve al caserón con Don Alejandro. Es probable que pronto lo reciban allí.

Victoria ardió de furia al escuchar aquello. Agradeció que Jára no estuviera allí, pues se hubiera puesto rojo de la cólera. No sabía quién era ese señor Del Pozo, pero de lo que sí estaba segura era que no podía tratarse más que de un viejo sin alma, orgulloso, que solucionaba las cosas de la peor forma sin inquietarse en pensar si existía otra solución. Ya no le importaba si decidía echarla de esa casa que, por cierto, sentía horrorosamente triste y fría. La escucharía como fuera.

Rápida, se acercó a la mesa para despedirse alegando no sentirse bien.

Adela, perspicaz, la miró a los ojos y supo que algo ocultaba.

—Pero querida ¿no vas a quedarte a conocer al señor Del Pozo? Él ya está aquí en la casa —dijo con tal de que Victoria dijera algo de lo que tenía pensado hacer.

—¡Oh! ¿En serio? Pues entonces es probable que lo cruce por las escaleras y así lo saludaré. De lo contrario, el señor Del Pozo podrá conocerme

luego. Ahora no me siento lo suficientemente bien como para compartir la mañana. Y estoy segura que, como persona mayor, comprenderá mi situación

—

finalizó orgullosa y encolerizada, dirigiéndose firme hacia la escalera.

Ana se paralizó frente a la extraña conducta de su hija y Adela se echó a reír por lo que acababa de escuchar.

—¡Pues comparto tu idea, Victoria! ¡Seguramente con su carácter de persona mayor te comprenderá! —gritó graciosa. Mercedes golpeó espantada la mano de Adela para que se controlara y, Victoria, ya de espaldas y subiendo la

escalera, sólo elevó su mano como expresión de que la había escuchado.

Ahora, al saber que aquel hombre estaba definitivamente allí, no había escapatoria. Escucharía todo lo que tenía para decir, aunque la tratara por loca.

Contaría con lujo de detalle lo que había vivido y lo que tanto ella como Jára creían.

Aquella elegante fiera negra no merecía morir, por lo menos para ella y el niño, pues tenían suficientes pruebas para pensar así.

De pronto, dispuesta a abrir cada una de las puertas, notó que la del pasillo al fondo estaba entreabierta. Le llamó la atención, pues le recordaba aquel horrible y fatídico sueño, pero con la diferencia de que la luz del día bañaba cálidamente toda la casa. Como sea, no pudo con su curiosidad. Caminó unos pasos y, a centímetros de la puerta, no lo pensó más. Abrió de un solo golpe, haciendo que el cuarto quedara abierto de par en par. Estaba bastante oscuro, aunque ingresaba suficiente luz que le permitió ver lo que había delante.

Su rostro se sonrojó inmediatamente al notar que, frente a sus ojos, había un hombre sentado de espaldas y que no tardó un segundo en darse la vuelta con el ceño fruncido a causa del enojo que le había producido aquella actitud impertinente.

Victoria no podía hablar ni moverse. Sólo quedó suspendida en la sorpresa de lo que veía. Los ojos de aquel muchacho, a pesar de la furia que expresaban, eran sencillamente cautivadores. Tal vez, una mirada un poco fría, pero que expresaba una extraña y bella melancolía. Su color de un verde amarronado la tornaba salvaje, pero sólo en apariencia. Sus tupidas cejas negras le daban un marco fuerte y duro a aquella mirada, combinando a la perfección con su oscuro cabello. No podía pensar con claridad. Sólo se detuvo a analizar que, quizá, tenía algunos años más que Francisco.

El hombre, en un principio enfurecido, ablandó repentinamente su dura expresión. Su mirada se hundió sorprendida en la de Victoria. La miró intenso y extrañado unos cuantos segundos hasta que permitió que sus labios se movieran.

—Tú... eres la joven que... —empezó a decir cautivado y sin medir lo peligrosas que podían ser aquellas simples palabras. Pero, afortunadamente, Victoria interrumpió ansiosa para salir de aquel estado ensoñador.

—Sí, soy Victoria Bedoya, la prometida del Dr. Elizalde —aseveró, desviando la mirada de un punto a otro de la habitación con tal de no volver a mirarlo.

Lisandro pestañeó varias veces luego de haber escuchado la respuesta de aquella impertinente jovencita. Tosió para darse tiempo de volver en sí y frunció el ceño nuevamente.

—Así que eres Victoria Bedoya, la prometida del Dr. Elizalde —dijo mientras guardaba la carta en un cajón bajo llave—. Qué interesante..., aunque bastante impertinente para pertenecer a la clase de la que provienes, ¿no crees?

—preguntó con un aire soberbio y humillante.

Victoria, enfurecida y con los ojos chispeantes, no dudó en contestar.

—Más impertinente es usted que ni siquiera ha dicho su nombre, señor

—dijo seca y segura—. Pero tampoco me interesa saberlo, aunque quizá pueda ser útil en algo y decirme dónde puedo encontrar al señor Del Pozo —agregó ofensiva.

Lisandro esbozó una sonrisa decidido a seguir el juego de aquella impulsiva chiquilla. Hacía tiempo que no se divertía así.

—¡Oh! Claro, el señor Del Pozo. Pues verá, él está ocupado en este momento, pero yo soy su asistente, así que puede decirme lo que usted desee que, sin duda alguna, se lo transmitiré. Confíe en mí, señorita —agregó lo más serio que pudo.

Victoria bufó enojada y, posando sus manos en la cintura, caminó unos pasos más hasta quedar frente al escritorio. Lisandro no pudo evitar sentirse extraño teniéndola tan cerca.

—¿Puede ser alguien tan soberbio y cobarde como su señor? —preguntó

enfurecida—. ¿Acaso alguna vez mostrará la cara? ¡Qué horror de persona debe ser! —exclamó, acomodando sus rizados cabellos—. Pues dígame de mi parte que jamás había conocido, sin aún conocer, a alguien tan arrogante y frío como él.

Nunca en mi vida imaginé hospedarme en la casa de un ser tan desalmado y, que de haber sabido, ¡jamás, jamás, hubiera pisado el suelo de esta espantosa casa!

—finalizó con el índice en el aire y los labios apretados de la ira.

De pronto, se hizo un pequeño silencio. Victoria bajó la mirada al escritorio y frunció sus cejas.

—¿Qué haces? —preguntó curiosa y enojada.

—Pues nada, sólo acabo de anotar cada una de las palabras que debo transmitirle al señor —expresó Lisandro con la mirada mansa, tratando de ocultar lo divertido que se sentía.

Victoria bajó el dedo que tenía suspendido en el aire y, nerviosa e insegura, empezó a caminar de un lado a otro hasta que volvió a frenar delante de Lisandro. Él la miró unos segundos mientras ella analizaba lo que estaba por decir.

—Hum... Eh... Pensándolo bien, no creo que sea necesario que lo anotes, muchacho —dijo, ocultando sus manos atrás y moviendo sus ojos de un lado a otro—. Con que recuerdes algo de lo que dije, será suficiente —expresó y, luego, sonrió nerviosa.

—Por favor, señorita. Quédese tranquila que he anotado cada una de las palabras que ha pronunciado. Su mensaje debe ser transmitido con la mayor fidelidad posible para que luego el señor Del Pozo le responda. —Guardó el papel en su bolsillo, se levantó de la silla y, acercándose con suma seguridad, continuó—: ¿Tiene algo más para decir, señorita Bedoya?

Victoria, nerviosa, se sorprendió por la altura y cuerpo del joven al que miró una vez más con gran rapidez y disimulo.

—Está bien, déselo así. Calculo que es lo mismo —aseveró insegura y con las manos temblorosas por lo que había hecho impulsivamente—. Hasta luego.

La mujer se dio la vuelta dispuesta a marcharse, pero Lisandro la llamó una vez más, haciéndola frenar de golpe.

—Disculpe, señorita. No anoté el motivo de su disgusto. ¿Podría decírmelo?
—preguntó serio, aunque divertido por dentro.

Victoria, sin darse la vuelta, contestó a secas.

—Dígale que el motivo es porque no me agradan los asesinos. —Y, con la mirada fulminante, se marchó dejándolo solo en aquel oscuro cuarto.

El rostro de Lisandro perdió la alegría que, hasta entonces, había sentido.

Aquellas palabras lo habían derrumbado. Y así, la pena y la angustia retornaron

fieles a su corazón.

Capítulo 6

Francisco no podía dejar de pensar en Victoria y, aunque aún seguía angustiado por lo que había vivido en la selva, su mayor preocupación era lo que sentía aquella muchachita. De alguna manera, la notaba distinta, perdida en un lugar al que no lo dejaba entrar bajo ningún concepto. En pocas palabras, Victoria le estaba cerrando el paso a su corazón. Y el sólo hecho de pensarlo le hacía rechazar la idea en cuanto aparecía en su mente, centrándose en aquellos niños que tanto lo necesitaban.

Allí estaban, uno al lado del otro con la piel ardiendo en fiebre. La enfermedad parecía ser clara, pues la expulsión de sangre y la tos convulsa eran síntomas propios de la tuberculosis. Sin embargo, los ojos de los pequeños mostraban características independientes a la de la enfermedad diagnosticada por Francisco. Sólo en algunos casos, y por un escaso tiempo, los niños permanecían conscientes mientras que, en los casos más avanzados, las pobres criaturas se hundían en un agresivo y constante delirio, en un estado

de completa inconsciencia en el que sus pupilas dilatadas hacían ver sus ojos de un negro absoluto. Sin dudas, no era un síntoma común y corriente.

Arandu acompañaba a Francisco la mayor parte del día para auxiliarlo en lo que pudiera, pero sabía que, en cualquier momento y a falta de una respuesta clara, aquel perspicaz médico haría preguntas cuyas respuestas serían difíciles de hacerle entender.

—Arandu —llamó Francisco mientras observaba dubitativo y detenidamente a uno de los jovencitos—, ¿sabe usted qué hacían estos niños antes de enfermarse?

El sabio se acercó confuso. No sabía qué contestar, pues temía que Francisco renunciara a su labor en cuanto él expusiera las razones. De pronto, la imagen de aquel niño, atado y sedado, lo conmovió.

—No entiendo, Dr. Elizalde. ¿A qué se refiere? —cuestionó para hacer tiempo mientras analizaba qué responder.

—Pues verá. En términos generales y con distintos grados, todas estas criaturas presentan los síntomas típicos de la tuberculosis. Por el momento, eso es un problema grave, aunque lo podemos tratar. Sin embargo, todos presentan en común otras particularidades realmente llamativas e independientes de esta

enfermedad —señaló y, luego, lo invitó con un gesto a que observara de más cerca los ojos del niño—. ¿Puede ver? Éste es uno de los casos más avanzados.

Sus pupilas están dilatadas a tal punto que la apariencia de los ojos es de color negro. Pero no sólo eso —dijo, tomando una de las muñecas del pequeño—, a medida que sus pupilas se expanden, aumenta su nivel de agresión. Por ello tuvimos que atarlos.

El sabio permanecía mudo e inmóvil con la mirada presa en el rostro irreconocible del jovencito enfermo. Pero como si eso fuera poco, su memoria lo torturaba una vez más al recordar las imágenes del día en el que esas criaturas se habían condenado para siempre.

Francisco notó la ausencia del anciano y, con el ceño fruncido, apoyó su mano en el brazo del hombre.

—¿Está usted bien, Arandu? —cuestionó preocupado, aunque con cierto aire de desconfianza. Intuía que algo ocultaba.

—Oh, sí, sí. Disculpe, joven —contestó, volviendo en sí—. ¿Me decía?

Francisco ignoró, por aquella vez, la extraña actitud, pues no quería ser precipitado; quizá, aquel pobre anciano se encontraba simplemente horrorizado y entristecido de ver a sus niños en ese estado. Y, sin profundizar en ello, prosiguió.

—Pues bien. Continúo —dijo, apoyando su mano en el mentón mientras miraba al joven recostado—. Otro punto interesante es que el grupo de niños afectados es uno en especial. Todos los que padecen estos síntomas son de, aproximadamente, diez años. Como habrá notado, los jovencitos más pequeños como Jára no han enfermado. Hasta aquí podríamos decir que la enfermedad tiene que ver con este rango de edad. Sin embargo, hay dos niños que aun teniendo diez años tampoco han enfermado. Así, y prácticamente sin lugar a dudas, podría deducir que estas anomalías han sido contraídas sólo por este grupo de jovencitos en una situación particular. ¿Cree usted que esto sea posible? —preguntó con la mirada fija y determinante.

Arandu nuevamente enmudeció. No había palabras que pudieran remplazar a aquellas que no quería pronunciar. El silencio duró unos segundos hasta que, finalmente y antes de que Francisco insistiera un poco más, habló.

—Perdone, doctor. Mi corazón aún no comprende cómo llegaron estos niños a este estado de horror. Pero le aseguro que en cuanto recuerde con exactitud y halle las palabras justas, le avisaré. Buenos días —finalizó,

despidiéndose sin mirar los ojos de Francisco.

Detestaba ocultar, pero su razón le había avisado que aún no era el momento de explicar aquello. Lo importante era que Francisco evitara el progreso de la enfermedad, puesto que así daría más tiempo de vida a los pequeños infectados hasta que todo, finalmente, se resolviera.

* * * * *

Jamás pensó que la ira de aquel encuentro la obligaría a bajar nuevamente con los demás. Necesitaba distraerse y, sin lugar a dudas, estar sola en su cuarto no era la mejor opción. Así, pensó que, tal vez, escuchar un poco a Adela o a Mercedes la tranquilizaría y le haría olvidar, por un momento, la vergüenza que también sentía, pues si bien estaba satisfecha con su queja, temía por las consecuencias de tan duro mensaje. Aquel hombre había sido muy astuto al anotar cada una de sus severas palabras y ella, a pesar de su leve arrepentimiento, por orgullo las ratificó.

—¡Oh! Veo que has cambiado de parecer, querida Victoria —dijo Adela divertida al notar que la joven, extremadamente seria, bajaba por las escaleras.

—Pues era claro que Victoria bajaría, querida —declaró Ana a la rubia

—. Descansar unos minutos para reponerse, no está mal —agregó orgullosa.

Victoria puso los ojos en blanco y, con disgusto, se sentó enfrentada a Adela.

—¡Seguro! Y me parece perfecto que lo hayas hecho, pues en minutos conocerás al tan buen hombre, dueño de esta casa. Ya verás, querida. Cuando lo conozcas, sabrás de qué te hablo —expresó Mercedes con su exagerada y superficial amabilidad.

—¡Oh! ¡Sí! Conocerás lo maravilloso, extraordinario, caballero y cálido que es el señor Del Pozo —agregó Adela irónica y efusiva, elevando las manos.

Mercedes rio incómoda.

Victoria frunció el ceño extrañada por la conducta de la hermosa muchacha, aunque no sintió curiosidad por saber más. Por su lado, Adela notó que Victoria no había dicho palabra alguna y, aprovechando que las otras dos mujeres ya se habían sumergido en otra conversación, la miró cómplice y la llamó con un suave chistido.

—¡Ey! ¡Victoria! Dime la verdad, ¿dónde has estado? —expresó en voz baja

mientras se percataba de que las madres siguieran distraídas.

—Pues... —Dubitativa acariciaba su frente hasta que decidió decir la verdad —... bien. Fui a quejarme al señor Del Pozo, pero afortunadamente me atendió su asistente —explicó tranquila y sin intenciones de continuar.

—¿Eh? ¿De qué hablas? —Victoria se disponía a decirle que luego le contaría sobre la queja, pero la reacción de la joven la dejó perpleja—. ¿A qué asistente te refieres, Victoria? —cuestionó intrigada.

—Lo que faltaba. ¿Acaso tiene más de uno? Qué soberbio... —respondió con desprecio y furia.

Adela, sorprendida, estiró lo más que pudo su cuello hacia delante y habló.

—Estás loca, Victoria. Es que el señor Lisandro no tiene ningún asistente. ¡Vaya que te sentías mal! —rió y, levantando la vista hacia las escaleras, cuchicheó—. ¡Mira! ¡Ahí viene!

Victoria, sin aún entender, se dio media vuelta y, pasmada, miró al hombre que estaba a punto de bajar. No lo podía creer. Deseó que la tierra se la tragara en ese mismo instante. La vergüenza y la humillación se convirtieron en un denso sudor frío que brotó en todo su cuerpo en cuestión de segundos. Aquel hombre al que, momentos atrás, había insultado, maltratado y humillado era el mismísimo Lisandro Del Pozo. Y como si fuera poco, él con sus propias manos, había anotado el peor de los insultos que alguien le hubiera podido expresar. Sin lugar a dudas, se sintió en la peor de las pesadillas.

—Buenos días, señoras —expresó serio con un cordial movimiento de cabeza. Y, mientras lo hacía, lanzó una fugaz mirada a la nerviosa Victoria, conteniendo los deseos de reírse.

Mientras el hombre saludaba a cada una de las presentes, Victoria no podía dejar de imaginar cómo la condenaría delante de aquéllas y de su estricta madre. Y lo peor era que la había dejado para lo último, por lo que experimentó una gran furia interior. Sin embargo, jamás pensó que sentiría más rabia por lo que en realidad hizo.

Lisandro, con su habitual semblante serio, se acercó a la joven. Victoria, nerviosa, acomodó la voz. Aquellos ojos la fulminaban.

—Buenos días, señorita Bedoya. —Dio un paso al frente y, delicado, le tomó la mano, apoyando sus labios sobre la misma. Victoria tomó aire de golpe.

El contacto le desordenó los sentidos—. Es un placer conocerla —finalizó, mirándola profundamente una vez más.

Adela se percató del estado de Victoria y, a pesar de que Lisandro lo disimulaba muy bien, también había descubierto algo distinto en su actitud.

Lisandro, sentado enfrente de Victoria, la miraba cuanto podía. Por dentro moría de ganas por reír, pues sabía que su intensa mirada la hacía sentir nerviosa. Sin embargo, tampoco podía negar que había algo más en esos enormes ojos marrones que lo llevaba a no despegar su vista de ellos.

Victoria, en cambio, trataba de esconderse. En cuanto lo observaba no sólo sufría una enorme vergüenza por lo que había hecho y que él, por el momento, había dejado pasar, sino también se sentía profundamente intimidada al ver la pareja perfecta que hacía con la sensual Adela quien, tranquila, se había sentado al lado del hombre.

* * * * *

El coche acababa de llegar y el lluvioso mediodía no ayudaba al humor de los caballos. Sin embargo, no era eso lo que los ponía nerviosos al punto de hacerlos relinchar, sino su terrible presencia. Sus botas, repletas de barro, abandonaron el carro para apoyarse sobre la tierra colorada desde la que contemplaba la entrada de aquel caserón que tenía a metros de sí. Su soberbia postura era tan chocante como su barba oscura y sus diminutos ojos celestes, fríos como su demoníaca sonrisa. Pero nada se comparaba a su vanidoso andar que, pronto, lo llevó a la puerta frente a la que arrojó su viejo bolso protector de su única compañera: la escopeta.

Y como si eso fuera poco, lo más horrendo de aquel hombre no era todo esto,

sino su escalofriante voz. Golpeó la puerta y Arami, espantada, fue la primera en conocer a este ser propio del infierno.

—¿Quién es usted? —cuestionó asustada, asomando sólo un ojo.

El temible hombre escupió a un lado lo que estaba masticando y, de mala gana, contestó.

—Roberto Araoz. Ese es mi nombre —e, impetuoso, ingresó.

* * * * *

—¡Ey! ¡Jára! ¡Ven aquí! —exclamó Francisco apurado al ver al niño pasar corriendo delante de la puerta.

Pasaron unos cuantos segundos hasta que la pequeña figura de Jára apareció seria y desconfiada. Y allí se había detenido. No quería cruzar el umbral; sus pies firmes lo mantenían a centímetros de ingresar a aquella humilde morada en la que estaban todos los jovencitos moribundos. Sus ojos no hacían más que mirar el piso en absoluto silencio y quietud. Francisco, nuevamente extrañado, frunció sus cejas, pues no comprendía la conducta del pequeño.

—¡Jára! Ven, entra. No tengas vergüenza —expresó animado para convencer al jovencito que, a pesar de estimar al médico, se negó con un lento movimiento de cabeza.

—Pero ¿qué sucede, pequeño? ¿Acaso te ha picado un bicho que ya ni hablas? —cuestionó divertido, aunque preocupado mientras se acercaba a la puerta.

Jára elevó lentamente su mirada llena de pena y observó cómo aquel hombre se agachaba frente a él para hablar.

—Vamos, dime qué sucede —insistió cálidamente mientras le apoyaba una mano sobre el diminuto hombro. Y, al notar que no contestaría, continuó—.

¿Acaso no quieres ver a tus amigos? Hasta hace unos días, desesperabas para que los cure y ahora ni siquiera entras a verlos.

Jára lo miró a los ojos con cierto aire de enojo, aunque de tristeza. Sentía que

no era justo de lo que lo estaba acusando, pero, aun así, se contuvo.

Francisco, al darse cuenta que algo más ocultaba, siguió insistiendo.

—Míralos, Jára. —Señaló con la mano, dando media vuelta—. Ellos te necesitan más que nunca. Podrías ayudarme. ¿Qué dices?

El niño observó aquel aterrador paisaje en el que sus amigos eran, desafortunadamente, los protagonistas. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pues no soportaba lo que veía. Así, el silencio duró unos segundos, pero, sin poder evitarlo, reaccionó.

—Ya no son mis amigos. —Desvió la mirada hacia un costado, mordiendo sus labios. Odió lo que acababa de decir.

—¿Has escuchado lo que dijiste, Jára? —preguntó sorprendido por la respuesta—. ¡Son tus amigos! ¿Cómo puedes abandonarlos en una situación como ésta? Ellos, seguramente, no se han olvidado de ti. ¿Puedes explicarme este repentino cambio? —reprochó.

El niño no lo pudo contener más. Poco a poco, las lágrimas cayeron sobre sus mejillas, haciendo que Francisco lo abrazara automáticamente. Su repentino llanto no le permitió pronunciar palabra alguna, aunque, luego de unos minutos, la contención de aquel hombre lo tranquilizó.

—Es que ya no son ellos mismos —dijo mientras se secaba el rostro.

Francisco, confuso, lo tomó suavemente por los hombros y lo miró.

—¿Qué dices? ¿De dónde has sacado esas cosas? Estos jovencitos siguen siendo ellos mismos, nada más que ahora están muy enfermos. Es por eso que te necesitan más que nunca —afirmó serio.

Jára, aún conmovido, negó despacio con la cabeza y prosiguió.

—No, doctor. Ellos ya no son los mismos de antes. El miedo... se los comió —respondió con la voz temblorosa a punto de volver a llorar.

—¡Pero de qué estás hablando, Jára! ¡Explícate por el amor del cielo! —

exclamó Francisco perplejo, enfurecido y asustado.

Jára quebró en un terrible llanto de dolor y, antes de salir corriendo, pronunció enfurecido unas últimas palabras que descolocaron al confundido médico.

—¡Arandu me lo ha dicho y por eso no puedo entrar! ¡Él no miente!

¡Siempre dice la verdad! —exclamó dolido, dejando solo a Francisco.

El caso de a poco se esclarecía. Era seguro que había algo más que, por algún motivo que aún desconocía, aquel anciano había decidido ocultar. Sin embargo, ya no quedaban muchas opciones; en cuanto lo viera no lo dejaría escapar.

Y así fue. A los segundos de la escena con Jára, la imagen de Arandu se hizo presente. Su semblante serio anunciaba que había escuchado algo de aquella conversación. Francisco se incorporó y, con el rostro severo, le habló.

—Usted, tiene mucho que explicar.

* * * * *

El desayuno ya había terminado y las mujeres mayores se disponían a salir a dar un paseo. Tomada del brazo de Ana, Mercedes miró sonriente al resto y los invitó.

—¡Vamos! ¡No sean tan aburridos! Es simplemente un paseo alrededor de la casa. Miren lo bello que está el día. —Risueña, señaló la ventana y, para convencerlos, siguió—. Les aseguro que no llevará mucho tiempo. Hasta he logrado que la mismísima Ana acepte. No pueden decirme que no.

La madre de Victoria sonreía forzada y a desgano. Luego de tanta insistencia, no pudo rechazar el pedido de aquella señora de cara regordeta que tan simpática parecía ser. Victoria hizo caso omiso, actitud que la astuta Mercedes detectó. Sin embargo, Adela fue más rápida y, antes de que la muchachita rebelde se excusara para hundirse en una misteriosa soledad, intervino.

—Pues... Verás, madre. Victoria y yo... tenemos algunos asuntos de los que hablar —dijo con cierto aire misterioso para llamar la atención de Lisandro.

Victoria levantó la mirada sorprendida por lo que había dicho la joven.

—¿Y qué asunto puede ser tan importante y urgente como para negarse a disfrutar del día? —inquirió Lisandro a Adela, aunque con una breve mirada a la otra muchacha.

Victoria iba a hablar para escapar de aquella situación que poco entendía, pero, nuevamente, la hermosa rubia se impuso.

—Oh, Lisandro... No sé si deba decirlo —expresó a propósito y dubitativa. Y, simulando una resolución exageradamente rápida, continuó—, pero... bien, no me dejas opción.

Victoria, aún sorprendida, era atacada por las curiosas miradas de cada uno de los presentes. Quería hablar, pero, nerviosa, sólo balbuceaba sin sentido.

—Es simple. Victoria prometió contarme detalles de su pronta boda y por nada en el mundo me lo perderé. Tú sabes, no sabemos el tiempo que nos puede llevar y, además, debemos apresurarnos porque su prometido puede llegar en cualquier momento. —Lanzó una fugaz mirada cómplice a su madre —. La

verdad es que no sería nada bueno que se entere de los detalles que Victoria le tiene preparado. ¡Imagínate! ¡Será una gran sorpresa!

Victoria, con los ojos abiertos de par en par, miró a su madre que, complacida, asintió con la cabeza. Mercedes sonrió a su hija orgullosa de la estrategia que acababa de usar y Lisandro simplemente arqueó sus cejas, mirando directo a los ojos de la muchacha perpleja.

—Pues bien, entonces las dejamos en paz —resolvió Mercedes, marchándose junto a Ana.

El hombre aún seguía con la misma expresión, esperando alguna intervención de Victoria. Sin embargo, al notar que no hablaría, se expresó.

—Oh, qué interesante, señorita Bedoya. Sabía que estaba comprometida, pero no que se casaría tan pronto. Mis más profundas felicitaciones a ambos —

dijo frío y formal. Luego, se levantó, dio la media vuelta y, ya de espaldas a la joven, se disponía a marcharse.

—No es tan así —respondió rápida e impulsiva.

Adela se sorprendió por esa reacción, aunque por dentro se llenó de gozo.

Lo que su madre le había dicho parecía ser real: Victoria dudaba de Francisco.

No sabía por qué, pero aquel comentario inventado por su nueva amiga la había fastidiado en sobremanera. Si bien era verdad que pronto contraería matrimonio, el resto era una exagerada mentira que, en otra ocasión hubiera funcionado como puente ideal para escapar de su madre y sus aburridas salidas.

Sin embargo, esta vez sintió que la había puesto en un vergonzoso aprieto que aún no comprendía. Quizá era un asunto que no deseaba que aquel frío y orgulloso hombre supiera. Después de todo, no tenía por qué, ni merecía conocer su vida privada y sentimental.

Lisandro detuvo el paso. Giró y, soberbio, se acercó a Victoria.

—Señorita, no sé por qué dice eso y, tal vez, no debería decirle nada, pues no es de mi incumbencia. De hecho, hasta poco me importa —agregó con un tono orgulloso que fastidió aún más a la joven—. Sin embargo, no puedo dejar de verme en la obligación de ayudarla a pensar. El asunto es más que simple: ¿se casa o no? —preguntó seco y con los ojos clavados en los de ella.

Victoria, con los labios apretados y los pómulos sonrojados de la ira, lo miró fulminante y contestó agregando palabras que, en realidad, no sentía.

—Sí, con orgullo y para siempre, señor Lisandro —dijo al levantarse.

Pasó altiva por su costado, rosando su fornido brazo y, de espaldas, agregó sugerente—: Usted lo sabe mejor que nadie... La soledad no se lleva bien con

el amor. —Luego, desvió la mirada hacia la joven rubia—. Y cuando dije que “no es tan así”, es porque no se trata de simples detalles, querida Adela. Como has dicho antes, será una gran sorpresa. —Y, satisfecha, subió las escaleras.

Adela sonrió. Y no era para menos, pues había logrado su cometido: si había existido alguna conexión entre aquellos dos, como sospechó durante todo el desayuno, después de tal enfrentamiento, ya nada quedaría.

Y tal como esperaba, el rostro de Lisandro se había sumergido en cólera.

Aquella arrogante muchacha había sobrepasado los límites de su paciencia.

Silencioso, cerró los ojos con gran presión y se juró a sí mismo que aquella nueva humillación no quedaría en la nada. Como fuera, Victoria pagaría, aunque esta vez a un precio muy alto.

* * * * *

—¿Me puedes explicar qué demonios fue todo eso de allí abajo? —

preguntó furiosa mientras cerraba la puerta de su cuarto.

Adela, con su sensual caminar, se arrojó a la cama de la muchacha y, risueña, la miró.

—¿Y qué tiene de malo? Deberías estarme agradecida. Después de todo, te salvé de aquel aburrido paseo, ¿o no? —dijo mientras se enroscaba un bucle en su dedo índice.

Victoria dudó en un principio, pero luego se convenció de las supuestas buenas intenciones de Adela.

—Pues sí. Gracias..., aunque no hacía falta tanto teatro —agregó confusa y, curiosa, preguntó—. ¿Y puedo saber el honor de tu salvación, querida amiga?

—Claro, ¿acaso no me habías pedido ayuda con esa carta que encontraste? —preguntó tentadora.

Victoria ya casi lo había olvidado. Aún tenía pendiente saber más sobre aquel espeluznante mensaje. Animada, se sentó junto a Adela, le tomó las manos y, ansiosa, esperó a que la joven hablara.

—Pues bien. Mimbi suele recibir con gran frecuencia ese tipo de extrañas cartas. Me he dado cuenta porque, a pesar de que no he podido tomar ninguna hasta ahora, todas tienen el mismo papel y le generan la misma expresión de horror cada vez que las lee —aseveró, mirándose las uñas—. Sin embargo, noté que desde hace algún tiempo Karai las guarda a escondidas para que ella no las vea. Supongo que para evitarle la angustia... No sé —resolvió con indiferencia.

—Oh... Eso sí que es extraño, pues significa que, esto que hemos leído, ha ocurrido más de una vez. La pregunta es, ¿a qué se deben tantas muertes y por qué los avisos llegan aquí? —concluyó sumergida en misterio.

La mente de Adela se había vuelto a iluminar. Esa era otra gran oportunidad para hundir a aquella ingenua e impulsiva joven.

—Pues, te contaré algo, pero, por favor, no le digas a nadie que yo te lo dije... Podría correr peligro. —Victoria asintió ansiosa—. Dicen que aquellos hombres brutalmente asesinados no son ni más ni menos que los médicos enviados a curar a esos niños de la aldea —comentó en voz baja y con pena.

—¡No puede ser, Adela! ¡Eso es imposible! —exclamó Victoria horrorizada.

La astuta joven aprovechó el estado de espanto, se acercó y la tomó de la muñeca para hablarle de más cerca.

—Tienes que creerme. Lo he visto con mis propios ojos. Luego de llegada la carta, traen en una carreta el cuerpo destrozado para darle una santa sepultura. Sé que es espantoso lo que te digo, pero es tan cierto como el mensaje que tú misma has leído.

—¡No, Adela! ¡No! —gritó con pánico de sólo pensar que Francisco podía acabar como aquellos pobres hombres. De pronto, su respiración frenó de golpe y la miró intensa—. Y, ¿cómo es que...

—Dicen que es tan grave la enfermedad de esos pequeños que los médicos mueren enseguida y, para no tener que dar explicaciones, los arrojan a la selva en donde una bestia, que siempre está hambrienta, los devora dejando algunos restos. Así, la muerte de aquellos bondadosos médicos se hace pasar por una tragedia circunstancial ocurrida en alguna travesía selvática realizada en el tiempo libre... Y todo para no tener que rendir cuentas a la familia...

—¡Oh! ¡Por Dios! ¡Es la peor de las crueldades que he escuchado en mi vida! ¿Cómo puede alguien ser tan vil? ¡Con razón Arami temía por nuestras vidas!

Adela, contenta con lo que estaba logrando, la abrazó y siguió alimentando con terror.

—Si pudiera hacer algo por ti, querida Victoria, sería aconsejarte que hagas volver a tu prometido Francisco. Debes velar por su vida, ¿no crees?

Victoria secó sus lágrimas, tomó la carta, la escondió en su vestido y, enfurecida, corrió a la puerta de su alcoba para salir.

—¡Victoria! ¡Qué haces! ¡No cometas una locura! —exclamó Adela para enardecerla un poco más.

—Discúlpame, Adela, pero tú estás ciega. Esto es sólo culpa de un hombre desalmado, egoísta que abusa del amor de los demás y se hace adorar gracias al trabajo ajeno, como el que hace Francisco. Tu señor Del Pozo no es más que una bestia sin alma que disfruta ver sufrir a los que son felices, algo que él nunca podrá ser. —Y dispuesta a irse, se frenó una vez más al oír el desesperado pedido de Adela.

—¡No, Victoria! Él lo hace por el amor que siente por esos niños.

¡Estoy segura que él, de todo esto, no sabe nada y es tan inocente como tú o yo!

—exclamó insegura para que Victoria creyera que su reacción era propia del respeto que tenía hacia Lisandro—. Los desalmados que traman todo este horror no son más que esos rencorosos seres de la aldea. No soportan ver

gente buena como nosotros, sólo desean vengarse y echarnos a todos de aquí.
¡Por favor!

¡Comprende al señor Lisandro! ¡Sólo ofrece su ayuda y ellos abusan de ella para hacerlo ver como un ser cruel!

—Lo dudo, querida Adela. Y, a punto de irse, la voz de su amiga volvió sonar.

—¡Espera! ¿Qué harás con Francisco?

—Ve tú por él. No puedo perder tiempo. Debo aclarar esto ya mismo —

resolvió efusiva.

La puerta se cerró de un solo golpe. Su plan salía mejor de lo que esperaba. Y, con su típica sonrisa maliciosa, contestó en voz baja.

—Con gusto.

* * * * *

Se acercó a la enorme ventana y, luego de mucho tiempo, se animó a correr la pesada cortina. Su rostro era una mezcla de rabia con dolor. Estaba enfadado con aquella arrogante jovencita, puesto que, hasta ahora, no había hecho más que ofenderlo una y otra vez como jamás nadie en su vida. Su impertinencia había llegado a tal punto que, de alguna forma, se había enterado de algo que no debía. Sin embargo, la mayor furia la tenía contra sí mismo.

Muchas cosas que había dicho Victoria eran ciertas. De algún modo, era un asesino que estaba condenado a vivir en la soledad y el desamor. Pero, como si eso fuera poco, la infantil actitud de Adela también le había molestado. Tampoco entendía por qué, aunque antes de seguir cuestionádoselo prefería cerrar el asunto allí. No quería saber más nada sobre esa impulsiva jovencita y menos sobre sus sentimientos o lo que fuera a hacer con ellos. Después de todo, desde el día que salvó su vida, lo único que consiguió fueron más y más problemas.

Tomó la llave y, con cuidado, abrió el cajón de su escritorio. Se sentó y, cómodo, abrió el sobre que le había alcanzado Mimbi. Aquella carta era,

desafortunadamente, alentadora.

De pronto, la puerta se abrió tan fuerte que golpeó contra la pared. Era Victoria que, a pesar de la cólera que mostraba, turbó por unos segundos los sentidos de Lisandro.

Entró y, apoyando las manos sobre el escritorio, se dispuso a exigir explicaciones. Lisandro, aunque serio, la contempló por un instante más. Algo de aquella mujer le fascinaba.

—Exijo me dé una explicación —dijo con los ojos ardientes del enojo.

Lisandro bajó la mirada con suma soberbia para seguir leyendo la carta; recién al cabo de unos segundos, le contestó.

—No le debo explicaciones a nadie, menos a una chiquilla impertinente como usted. Es más —agregó, mirándola a los ojos lo que la hizo sentir insegura

—, le debo recordar que quien está en condiciones de exigir soy yo y no usted, señorita Bedoya.

—¿Cómo? Sería perder tiempo en algo que es claro, señor. No creo que haga falta que le explique lo de “asesino”, ¿o sí, señor Del Pozo? —repuso irónica.

Aquella actitud lo había desbordado. Sin dudas, aquella joven tenía una lengua demasiado filosa. Se levantó de su escritorio y la miró fulminante.

—¿Es usted consciente de lo que acaba de decir, señorita? ¿O, nuevamente, tengo que pensar que su mente es la de una niña de cinco años y dejar pasar otra vez esta injuria? —expresó ofensivo.

Aquello la había hecho estallar de la ira. Jamás en su vida había sido tratada así. No daría más vueltas. Mordió sus labios y, sin más, contestó.

—Más consciente que yo, debe ser usted, ¿no cree? ¿O debo recordarle todos aquellos pobres médicos que envía para que mueran?

Lisandro, horrorizado por lo que escuchó, frunció el ceño y miró confundido a la joven.

—¿Pero qué atrocidades dice? Si pedí ayuda médica, ¿es para salvar las vidas de aquellas pobres personas! ¿Por qué querría que un médico muera?

¡Usted es una incoherente! —exclamó nervioso y aún sin comprender.

—No juegue a hacerse el héroe, señor Del Pozo. Conmigo no funcionará

—afirmó orgullosa de su postura.

—Señorita Bedoya, si no se explica ya, tendré que pensar que usted no es más que una pobre mujer que está perdiendo el juicio —dijo serio y con el dedo índice amenazante.

—Quien ha perdido la cordura es usted, señor —contestó indignada—. Y

la única razón que encuentro a toda esta gran locura que comete es la miseria en la que vive. ¿Qué es lo que piensa que puede hacer? ¿Acaso cree que por ser infeliz tiene el derecho de hacer que los demás también lo sean? ¿O simplemente no soporta la idea de que alguien pueda tener lo que usted jamás tendrá? Pues le aseguro, señor Del Pozo, que la felicidad no la conseguirá quitándosela u obstruyéndosela a otros. Sin embargo, eso no es lo peor. Usted no sólo es una persona infeliz. Definitivamente, ha llegado a los extremos del odio. Y puedo asegurarle que hasta que lo conocí a usted, jamás pensé de lo que es capaz un hombre lleno de avaricia e infelicidad.

—¿Pero qué es lo que quiere decir con todo esto! ¡Maldita sea! —gritó enfurecido.

Victoria no lo soportó un segundo más.

—¿Maldita sea? ¡Maldito usted que, en cuanto uno de los médicos muere haciendo su trabajo, exige que su cuerpo sea arrojado a la selva para que aquel pobre animal lo devore! ¡Y sólo para no responder a las familias de aquellos hombres que dan su vida para salvar la de otros! —exclamó Victoria agitada y cansada de las expresiones de confusión de Lisandro.

El hombre, abrumado por la barbaridad que había dicho aquella muchacha, se acercó impulsivo y la tomó fuerte de los hombros.

—¡Pero qué locuras dices, mujer! ¡Quién te ha dicho semejante crueldad!

—exclamó, acercando su rostro al de Victoria.

—¡Suélteme! ¿O acaso también me arrojará a mí a la selva, aunque con sus propias manos? ¡Jamás he conocido a un hombre tan vil como usted, Del Pozo!

—gritó desesperada mientras las lágrimas le caían una tras otra.

—¡Calle! ¡No sabe lo que dice! —Y la soltó espantado. De espaldas a la joven y vencido, apoyó una mano en el escritorio y con la otra presionó sus ojos.

—¿Me va a decir que son pura patrañas esos cuerpos que llegan destrozados de la aldea? —preguntó furiosa, acercándose un paso más al agobiado hombre.

Lisandro abrió sus ojos de nuevo y, recuperando el aliento, se dirigió a Victoria.

—¡Usted no tiene juicio, señorita Bedoya! ¡No tiene idea de la aberración de la que me acusa!

—¡Claro que estoy segura! Si hay algo que no suelo hacer, es mentir, señor. ¡Las cartas mismas lo dicen! —exclamó impulsiva. Luego, un sudor frío le corrió por la piel. Se había puesto al descubierto.

—¿Las cartas? —preguntó curioso y sorprendido a medida que se acercaba más a la joven— ¿Ha leído cartas ajenas? ¡Por todos los santos! ¡No será una mentirosa, pero sí una ladrona!

Victoria no sabía qué decir y, aunque ya estaba definitivamente hundida, no se daría por vencida.

—¡Pues sí! He tomado una y no me siento orgullosa de ello. Sin embargo, le aseguro que, sabiendo lo que ahora sé, ¡no me arrepiento por nada en el mundo!

—¡Encima se vuelve más arrogante! ¡Dios me libre, señorita Bedoya!

Usted sí que está en graves y serios problemas. No sólo me ha injuriado, sino que también ha robado.

—¡Pero usted no puede negar que es un asesino!

—¿Asesino? Asesinos son esos hombres que libremente aceptan mi dinero para matar aquella bestia negra —replicó exasperado y con la mirada fija en el rostro de la joven.

Victoria, confundida y desesperada, negó varias veces con la cabeza.

—No puede ser...

—Esos hombres, y que no sé por qué usted los transformó en médicos, son los más despreciables seres que puedan existir sobre la Tierra. Yo mismo me encargo de contratarlos para que, de una vez por todas, maten a ese bicho infernal que, si no desaparece pronto, terminará por devorar a todos y cada uno de los pobres aldeanos. Sin embargo, ninguno de ellos ha tenido éxito y lo único que han conseguido en los intentos es el fin de sus propias vidas... — resolvió indignado, presionando los dientes y sin dejar de mirar a la sorprendida jovencita.

—No es posible... —y recordando las palabras de Lisandro, continuó—:

¡Pero usted no deja de ser un asesino! ¡Desea matar a alguien tan inocente como los niños de aquella aldea!

El hombre gruñó al darse cuenta de quién hablaba.

—¡Pero de qué habla! ¿No le bastan las locuras que ya ha dicho? —gritó agitado.

—¡No! ¡Hay algo de lo que sí estoy segura y nadie me podrá negar! —

exclamó angustiada y con los ojos bañados en lágrimas.

—Calle —dijo en voz baja y con los ojos cerrados. No quería oír. Lo que aquella muchacha estaba por decir hacía que su corazón latiera tan fuerte como el galope de un caballo cimarrón.

—¡Ese felino no merece morir! ¡Lo sé! ¡Mi corazón lo vio en sus ojos!

—Calle... —dijo imperceptible mientras respiraba cada vez más rápido.

—¡No! ¡Volvería mil veces a su lado para sentir lo que viví con él! —

exclamó, acercándose más a Lisandro.

—¡Calle, por Dios! ¡No es más que un asesino! ¡La pudo matar! —gritó con una penetrante furia a la vez que abrió sus verdosos y amarronados ojos.

—¡Jamás! ¡Salvó mi vida! ¡Sus ojos me han demostrado que, simplemente, es un ser que ha sufrido y que lo único que desea es hacer el bien!

—¡¡Calle!! —vociferó atormentado por aquellas palabras. Y, sin pensarlo, la tomó de los brazos, la acercó furioso a su pecho y, pasional, la besó.

Victoria, sencillamente, no podía creerlo. Aquel hombre, al que creía cruel y sin alma, la estaba besando. Por un momento, pensó en hacerlo a un lado, pero no pudo. El sabor a miel de Lisandro la había embriagado y su ardiente lengua la tenía aprisionada en su fuego. Ya nada podía hacer. Cerró sus ojos y disfrutó un poco más.

Lisandro no podía pensar. Quizá, no había sido la manera más educada de callar a esa jovencita, pero sí la más efectiva. Sin embargo, jamás imaginó que perdería lo que hacía mucho tiempo no necesitaba usar: el control. A pesar de ser él quien la tenía apresada en sus macizos brazos, sentía una increíble vulnerabilidad. Los cálidos labios de Victoria y el dulce sabor de su boca lo transportaban a la locura extrema. Su fornido pecho latía incesante al sentir que su cuerpo parecía fundirse con el de ella. Sus manos no querían soltarla por nada en el mundo, pero la dulzura que aquella mujer le infundía hizo que su fuerza disminuyera. Así, posó delicadamente una de ellas en la suave piel de su rostro para acariciarla una y otra vez. Al mismo tiempo, su otra mano fue más allá, pues, intensa, descendió por la espalda hasta llegar un poco más abajo de su delgada cintura. Victoria se estremeció y, abatida por un fuerte deseo, relajó las tensas manos para simplemente posarlas sobre el abrazador torso del hombre.

Lisandro sintió aquéllas frágiles, haciendo que su corazón desesperara aún más.

Debía hacer algo rápido, antes de que su pasión lo consumiera. Así, abandonó su exquisita boca para permitirse contemplar la mirada de la mujer que le había devuelto la vida.

Los ojos de Victoria estaban cerrados, seguramente perdidos en un limbo que recién conocía. Luego, al sentir la ausencia de los jugosos labios de Lisandro, los abrió, aunque despacio y sin prisa. Aún aturdida del placer, lo miró directo a sus ojos que, ávidos, pedían por ella. Se hundió unos segundos en su intensa mirada y, en una repentina confusión, vio más allá. Sintió que aquella turbia mezcla de colores la sumergía en un revuelto y oscuro océano de emociones. Ellos le hablaban, le suplicaban, pero en un idioma que sólo

comprendió cuando su corazón, tranquilo, le recordó que sólo él podía traducir.

Así, la arrasadora tranquilidad que había acabado con sus incesantes latidos, le avisó que pronto sabría más. Sin embargo, la razón se dio espacio y, en un constante pestañeo, permitió a Victoria escapar de aquella turbulenta mirada que, seductora, parecía haber absorbido su alma. Sus mejillas se sonrojaron de la vergüenza, puesto que, sin duda alguna, había disfrutado. No obstante, su orgullo y consciencia jamás podrían admitirlo, por lo que su expresión cambió rápidamente a la de una joven ofendida. Y, como cualquier mujer hubiera hecho, endureció su mano lo más que pudo y la estampó contra la mejilla de Lisandro.

El hombre, desconcertado, acarició su rostro golpeado por la arrogancia de Victoria y, con los ojos entrecerrados de la furia, se dispuso a atormentarla con más palabras. Empero, el llamado de una aguda voz quebró aquel impetuoso e inesperado encuentro con Victoria.

—Señor, Arami ha enviado un aviso. El señor Roberto Araoz ha llegado

—comentó Mimbi quien, confundida, miraba las expresiones de ambos.

Lisandro, retiró su furiosa mirada de Victoria y, severamente frío, habló.

—Era hora. Gracias, Mimbi —y, dirigiéndose nuevamente a su escritorio, agregó—. Sólo una cosa más: asegúrate de que esta joven no te vuelva a robar.

La morena, turbada por lo que acababa de oír, miró a Victoria quién, sonrojada y nerviosa, no supo qué decir.

—Retírese, señorita Bedoya. Ya sabe lo que tiene que hacer —finalizó frío y seco con la mirada fija en la carta que había querido leer desde un principio.

Victoria, avergonzada por cómo la miraba Mimbi, salió del cuarto junto a la confundida mujer.

La puerta se cerró, aunque esta vez despacio y Lisandro, en un largo suspiro de ira, estrujó la maldita carta.

Capítulo 7

No veía las horas de viajar a la aldea que tanto aborrecía. Después de la magnífica actuación frente a Victoria, no podía perder un minuto más. Bajó las escaleras lo más rápido que pudo, y al llegar a la puerta, se topó con el par de elegantes señoras.

—Adela, ¿a dónde vas tan apurada? ¿Y Victoria? —preguntó Ana sorprendida por la prisa que tenía la joven.

—Pues... —Se dio unos segundos para reponerse y tomar aire—. Ella está arriba, quédese tranquila. Yo... simplemente, tengo que retirar una encomienda para el señor Lisandro. —Miró fugaz a su madre.

—Oh, hija. Lo hubieras dicho antes y te acompañaba. Ahora estoy con la señora Bedoya y no puedo dejarla sola, menos después de haberme acompañado en mi acalorado paseo —comentó adrede, pues sabía que la cabeza de Ana explotaba de haberla escuchado tanto.

—No sientas culpa, querida Mercedes —dijo aliviada—. Seguramente, Victoria me necesita. Tú ve con Adela que yo estaré bien aquí. —Y con una sonrisa se despidió de ambas.

Las dos mujeres se miraron serias, pero no querían mencionar palabra alguna hasta que estuvieran fuera de la casa. Al hacerlo, Adela resumió en pocas palabras lo que había hecho y, su orgullosa madre, le sonrió con gran satisfacción.

—Bien, hija. Ahora debemos partir urgente para que nos lleven hasta esa aldea llena de mugrientas pocilgas. Debemos ser rápidas y hacerlo antes de que Lisandro sospeche. Vamos.

Se acercaron a Karai quien, desconfiado, aceptó alcanzarlas en su humilde carreta hasta el lugar donde estaba el único reforzado coche: el caserón de Don Alejandro.

* * * * *

—¡Buenos días, Arami! —exclamaron ambas al mismo tiempo.

Arami arqueó las cejas al ver aquellas dos mujeres que, sonrientes, la habían saludado con extrema amabilidad.

—Buen día, señoras. ¿En qué puedo ayudarlas? —cuestionó, mirando a una y luego a la otra.

—Pues verás, querida Arami —dijo Mercedes mientras sutilmente entraban al caserón—. Tanto mi hija como yo debemos ir a la pequeña aldea.

—¿A la aldea? ¿Usted, mi señora? —preguntó asombrada.

—Sí, y mi hija también. Como sabrás, hace meses que estamos aquí y no precisamente vacacionando —agregó con un tono exagerado en pena—. La repentina desaparición de mi esposo nos ha conmocionado y más aún sin saber, con exactitud, cómo fue su muerte. Sin embargo, poco a poco y gracias a la ayuda del señor Lisandro, recobramos algo de fuerzas. Es por eso que necesitamos que nos alcancen hasta allí —mencionó con cierto aire de súplica.

—Oh, ya veo, señora. Creo que no habrá inconvenientes. Pero ¿por qué a la aldea? —inquirió curiosa.

—Claro, querida, disculpa, no me expresé del todo bien —respondió sin ganas; quería evitar la explicación—. Según dicen, mi esposo murió al caer en el río, pero su cuerpo aún no ha aparecido. Por ahora —dijo dramática, tapándose los ojos con una mano—, lo único que han encontrado son algunas de sus pertenencias. —Luego se acercó a la mujer y le tomó las manos—. Te lo suplico, Arami. Sé que puede sonar insignificante, pero si por lo menos pudiera tener un objeto suyo, sería como tener una parte de él cerca de mí. ¡No sabes cuánto lo echo de menos! —Y simulando un sollozo, se lanzó a los brazos de la tímida esposa de Don Alejandro.

—Tranquilícese, señora Mercedes, tranquilícese. No conocía tanto la historia. Realmente, disculpe si traje tristes recuerdos, no fue mi intención. —

Delicadamente, la alejó de su cuerpo, tomó sus manos y la miró directo a los ojos con suma compasión—. Haré que mi esposo las alcance, mientras tanto aguarden en una de las habitaciones. Les haré un té.

Tanto Mercedes como Adela se apresuraron a ingresar a uno de los cuartos que parecía estar vacío y entornaron la puerta, en lugar de cerrarla, para evitar sospechas. La mujer que había engañado a Arami se recostó sobre la cama y, con los ojos cerrados, bufó. La bella rubia se quedó contemplando a su madre que parecía estar más furiosa y molesta de lo habitual. La miró unos segundos más y, cruzando los brazos, preguntó desconfiada.

—Madre, ¿tanto fastidio te genera aquella mujer o te sucede algo más?

Son pocas las veces que te he visto así...

—Toda esta gente me fastidia, Adela. No veo las horas de regresar a Buenos Aires —respondió a secas.

—Sí. Lo mismo deseo yo, madre. Pero te noto extraña, no sé... —Y la volvió a mirar de reojo—. En cuanto le hablaste de mi padre, tu rostro cambió de inmediato. ¿Acaso tanto lo odias? —se aventuró a decir.

Mercedes se incorporó seria y con la mirada fría.

—¿Y qué puedes esperar que sienta por él, querida? ¡Nos ha dejado en la

nada! ¡No era más que un sinvergüenza egoísta! —exclamó furiosa.

—No seas tan dura con él. Después de todo, nos dio una vida más que cómoda mientras estuvo vivo. Y como hija, no puedo quejarme; siempre ha sido un padre excepcional.

—¡Oh! Ahora la cruel y malvada soy yo. ¿No te das cuenta, Adela? Si no fuera por culpa de ese inútil, no estaríamos aquí dependiendo de tu belleza para sobrevivir. ¡Por Dios! ¡Qué ciega estás! —vociferó con exasperación.

—¿Pero qué te sucede? No hables más así de mi padre. Relájate y déjalo descansar en paz —reprochó irritada y sorprendida por las fuertes reacciones de Mercedes.

—¿Qué descansa en paz? —Sus ojos, abiertos de par en par, mostraban unos sutiles derrames causados por la repentina ira—. ¡Ese hombre merecía morir! ¡Y no me arrepiento! —gritó descolocada.

—¡Ya basta madre! ¿Qué demonios te sucede? ¿De qué no te arrepientes? —cuestionó con el ceño fruncido y preocupada por el extraño semblante de su madre.

Mercedes no habló más. Simplemente, la miró con una profunda frialdad que erizó la piel de la joven. Adela se asustó. Sintió que su madre estaba esperando a que ella misma respondiera la pregunta que le había hecho. Y, en efecto, así fue.

La muchacha abrió los ojos del horror y tapó su boca con ambas manos para evitar gritar de pánico. Turbada por lo que acababa de descubrir, caminó unos pasos hacia atrás hasta chocar con un viejo mueble que, afortunadamente, evitó que cayera al piso.

—No... No puede ser... ¿Tú... lo mataste? —preguntó confundida y horrorizada a la vez.

Mercedes, con la misma expresión de antes, se sentó en la cama.

—No seas tan cruel —dijo tranquila mientras se acariciaba una ceja—.

Yo nada más lo empujé... El río lo ahogó —agregó con una indolencia escalofriante.

—¡Maldita enferma! ¡Estás mal de la cabeza! ¿Acaso así tranquilizas tu consciencia? ¡Por qué! ¡Era mi padre! —exclamó con los ojos llenos de lágrimas, posando una de sus manos en el pecho.

—¡Termina, por todos los santos! Ya me estás cansando con tanto drama.

¡Para qué te preocupas tanto si ni siquiera era tu padre! —dijo descontrolada y harta de lo que hablaban.

—¿¡Qué!?! —vociferó Adela desconcertada.

—Lo que has oído. —Hizo una pausa—. De todas formas, en algún momento te ibas a enterar. Ya te dije, era sólo un inmundo jugador... En cuanto me dijo que estábamos en banca rota, no pude hacer más que enviarlo al infierno.

—¡Al infierno irás tú con lo que has hecho!

—Oh, no. Eso sí que no —dijo cáustica, moviendo el dedo índice—. Al infierno nos iremos las dos y hambrientas, aunque tú también por bastarda — agregó sin reparo del dolor que sentía su hija.

De pronto, la puerta que estaba apenas apoyada se abrió de forma lenta y suave. Mercedes se estremeció asustada mientras que Adela, simplemente, miró.

Allí estaba, reclinado contra el marco de madera con los brazos cruzados y su sonrisa maquiavélica.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué buenas noticias! Es muy reconfortante saber que no seré el único en ir al infierno —dijo, desnudando a Adela con la mirada—. Y, por lo que veo, estaré muy bien acompañado —sonrió.

Las dos mujeres no podían reaccionar. Mercedes estaba paralizada; no podía creer lo poco precavida que había sido. Siempre meditaba todo a la perfección sin que se le pasara ningún detalle por alto, pero esta vez, por

culpa de su hija, se había abandonado en el descargo de sus oscuros secretos. Adela, por su parte, estaba conmocionada. Lo que su madre había confesado segundos

atrás la había hundido en una pesadilla de absoluto horror. Y el hecho de que aquel desconocido lo supiera todo, la hacía sentir en un interminable laberinto sin salida.

—Pero quédense tranquilas, bellas mujeres. Guardaré muy bien sus pecados —dijo a la vez que se incorporaba para entrar. Luego de unos segundos, mirando los asombrados rostros de ambas, continuó—: Claro, olvidé decirlo. No soy, precisamente, el buen samaritano de Dios. Más bien, soy de los que creen que todo lo bueno tiene un alto precio —comentó sagaz y con los pequeños ojos brillantes.

Mercedes, abrumada y enfurecida, se acercó al hombre que ya estaba dentro de la habitación.

—¡Pero quién diablos se cree que es! ¡Nadie controla mi vida ni me exige nada! —vociferó con los puños cerrados y tensos.

—¡Oh! ¡Vaya que tiene carácter! —agregó, riéndose y mirando a Adela.

Luego, se acercó al rostro de Mercedes y, seco, le habló—. Cómo se nota, mi señora, que nunca ha pagado por nada. Sin embargo, puedo asegurarle que siempre hay una primera vez.

—Pues vaya a estafar a otro porque conmigo jamás lo logrará, mequetrefe —anunció segura y firme.

—¡Genial! Además de gran carácter, una lengua más que filosa. Nos vamos a entender de maravillas, señora —resolvió confiado.

—Señor, por favor, no sé de qué habla... —comentó Adela nerviosa y con un superficial aire de inocencia.

El hombre se rió y, astuto, negó con la cabeza mientras se acercaba a Adela.

—Ay, señorita. Cuánto lo lamento por usted —ironizó, y tomando un bucle de

la muchacha, prosiguió—. Pero dudo que no quieran colaborar.

—¡Basta! ¡No le toque ni un solo cabello más! —gritó Mercedes encolerizada por las formas de aquel sujeto—. Ya le dije, nada le daré. Así que máchese o lo echaré yo con mis propias manos.

El repugnante individuo largó una carcajada que asustó a las mujeres.

Luego, se acercó a Mercedes quedando a sólo un paso de distancia. La mujer se mantenía firme en su lugar, intentando ocultar el miedo que le había generado su

presencia.

—¿Cree usted que pueda echarme siendo esta mi habitación, señora? No lo creo. Y, en cuanto a lo otro, sin lugar a dudas que obedecerá, a menos que desee pasar el resto de sus días tras las rejas. Le aseguro, por experiencia propia, que no es para nada agradable..., menos para una mujer como usted. —Y torció la boca hacia un costado, transformándola en una cínica sonrisa.

—Nadie le creerá —contestó Mercedes confusa y nerviosa.

—Oh, sí que lo harán —agregó y, sarcástico, se dirigió a Adela—. Y para usted señorita, si no colabora en lo mismo, haré que todo Buenos Aires jamás olvide su nombre. Por supuesto que... sólo porque su apellido no le pertenece y como bastarda la recordarán.

Las dos mujeres se miraron aterrorizadas de lo que había dicho aquel hombre. Su historia daba un giro total a los planes que, hasta ahora, se estaban cumpliendo a la perfección. Tampoco sabían de lo que era capaz de pedir ni de hacer, más allá de lo que había amenazado. Mercedes, aturdida y conteniendo la furia, se acercó nuevamente.

—¿Y quién es usted, señor? —preguntó a secas y a regañadientes.

El hombre estaba a punto de contestar, sin embargo, la presencia de Arami se hizo cargo de la presentación.

—Es el señor Roberto Araoz, mi señora. Vino a pedido del señor Lisandro

Del Pozo. Mandé un aviso, ¿le llegó a Mimbi? —preguntó amable, sosteniendo la bandeja con las tazas de té y sin percatarse de todo lo que allí había sucedido.

Roberto, satisfecho, confirmó.

—El mismo y en persona. —Y, petulante, tomó la mano de Adela y la besó—. Para servirles, mis señoras.

* * * * *

El rostro del anciano no se movía por nada en el mundo. Parecía haberse petrificado en cuanto Francisco le exigió explicaciones sobre lo que había dicho el pequeño Jára. Sin embargo, por dentro no hacía más que preguntarse una y

otra vez lo que debía hacer. Su corazón le decía que aquel hombre, que tenía frente a sus narices, era de alma pura y bondadosa; no merecía que se le ocultase la verdad. Pero su razón reprochaba insistente, pues si le contaba las verdaderas razones, corría el riesgo de que el médico no creyera una sola palabra, retirándose para siempre del lugar. Y eso sólo llevaría a la peor de las consecuencias: la muerte de los niños.

—Y bien, ¿no va a responderme, Arandu? —volvió a cuestionar severo.

La luz del sol resaltaba el verde claro de sus ojos y el brillo de su cabello.

El sabio se vio entre la espada y la pared. Ya no tenía escapatoria y lo único más sensato para hacer era lo que su corazón dictaba.

—Pues bien, Dr. Elizalde. Le seré lo más claro y franco posible, pero usted debe prometerme una sola cosa —comentó perspicaz.

—Lo que faltaba. ¿Debo prometer algo para saber lo que desde un principio debieron haberme dicho? ¿Qué es lo que está pasando, señor? —

inquirió indignado.

Arandu se acercó con suma tranquilidad y apoyó su mano en el hombro.

—Por favor, Dr. Francisco. Confíe en mí —respondió con la mirada sincera y profunda.

Francisco, dubitativo, desvió el rostro hacia un costado para pensar. A los segundos, volvió a mirar al anciano que seguía con la mirada fija en él, esperando su respuesta.

—Bien. Diga —comentó desganado e impaciente por saber.

—Más allá de lo que usted piense a partir de las palabras que va a escuchar, prometa y jure que por nada en el mundo abandonará a estas criaturas, señor. Prométalo.

—Pero ¿qué barbaridad es esta? ¿Por qué iría a dejar a los niños? Eso no hace falta, Arandu. Usted bien lo sabe —respondió serio y sorprendido por lo que le había pedido.

—No importa, Dr. Francisco. Prométalo —insistió amablemente.

Elizalde, sin aún comprender con claridad, afirmó con un gesto de cabeza y, al notar que eso no era suficiente para el anciano, habló.

—Está bien. Lo prometo. —Y ansioso por saber las razones, apoyó su

mano en el hombro del viejo sabio—. Ahora bien, dígame de una vez por todas qué es lo que ha sucedido aquí.

Arandu suspiró profundo y, antes de comenzar, lo miró a los ojos.

—Seguramente, usted no es un hombre de muchas creencias o, al menos eso me ha dicho la experiencia de haber intentado contar esto a otros médicos como usted. Pero de lo que sí estoy seguro es que su corazón es grande y, si ahora no lo comprende, no dentro de mucho tiempo lo hará —dijo, adelantándose a las posibles reacciones de Francisco—. Hace tiempo atrás, alrededor del año 1767, un buen hombre se enamoró de una bella mujer de esta aldea, pero dicho amor era prohibido. Y no por nada aquella unión era imposible.

La familia del joven había viajado desde España para instalarse aquí y

cumplir con el mandato de su reino: acabar con nuestro pueblo y con los únicos seres con los que compartimos y mantuvimos la paz: los jesuitas. Por eso, y más allá de la bondad de aquel muchacho, nuestra gente no podía aceptar como parte del pueblo al hijo de quien pretendía hacernos desaparecer. Sin embargo, eso no fue todo —dijo apenado—. La muchacha estaba a punto de enlazarse con otro joven, su prometido, a quien, por supuesto, no amaba. Así, los enamorados no tuvieron escapatoria y decidieron fugarse. Y todo hubiera salido bien de no ser por la inocencia de la muchacha que, ingenua, contó a su envidiosa amiga el plan que tenía con su amado. Ésta no pudo soportar verla feliz y, sin más, develó el secreto al prometido de la dulce jovencita. Aquel despiadado hombre, orgulloso y cruel, los esperó con otros en medio de la selva y, cuando los encontraron, hicieron lo peor que cualquier humano puede hacer. Ató de pies y manos al joven enamorado para que, impotente, viera como violaba y asesinaba a la pobre muchacha. Y luego, lo golpearon sin piedad hasta creer dejarlo sin vida. Sin embargo, y como usted debe saber, nuestros dioses siempre intervienen. La Luna convirtió al moribundo enamorado en un temible jaguar para que vengara la muerte de su amada y así, finalmente, descansara en paz. Pero tenía que cumplir con una difícil condición en demostración del amor que sentía por la joven: no debía matar a aquel aborrecible sujeto. Desafortunadamente, la furia del jaguar se impuso al corazón del joven y, con sus enormes colmillos, destrozó al despiadado hombre hasta la muerte. La Luna vio esto y, enfurecida, lo condenó a vivir en soledad, pues le avisó que todo ser que se le acercara moriría consumido por el odio o temor. Pero no sólo eso. Le advirtió que por cada persona que asesinase una mancha negra en forma de roseta se le pintaría en el cuerpo; así, llegaría el momento en que su piel se vería de un negro absoluto. Y ese sería el momento a partir del cual viviría, para siempre, encerrado en el cuerpo del jaguar contemplando, sin poder controlar su ira, las atrocidades que haría para el

resto de la eternidad —finalizó con la mirada perdida y triste.

Francisco, con las cejas arqueadas, lo miró unos segundos y luego le habló.

—Pues, increíble y terrible historia, señor —dijo, tratando de ser lo más respetuoso posible—. Sin embargo, aun no comprendo lo que con esto me quiere decir. Así que, si me disculpa, me retiraré a seguir con lo único que sí

importa: la salud de sus niños.

Pero antes de que el joven terminara de darse la vuelta, Arandu lo tomó fuerte del brazo. Francisco lo miró sorprendido y con el ceño fruncido.

—No he terminado, Dr. Elizalde —expresó con el semblante serio y los ojos fulminantes.

El muchacho, con la misma expresión de extrañeza y sorpresa, volvió.

—Ojalá se tratase de una simple triste historia. —Desvió la penosa mirada hacia un costado. Luego, volvió a mirarlo—. Pero, desafortunadamente, no es así. Aquel hombre convertido en jaguar sigue vivo, pues dicen que el Río Iguazú, conmovido por su sufrimiento, le dio una oportunidad. Cada vez que hay luna nueva, si el alma del joven lo desea, lo convierte nuevamente en hombre para que se vuelva a enamorar y, sólo así, conseguir el perdón de la Luna. Pero, hasta ahora, nada ha logrado y lo único de lo que ha sido capaz es de seguir matando. Su cuerpo es cada vez más negro y por ende su bestialidad. Cada día pierde más el control sobre el impulsivo corazón del jaguar y su odio crece sin igual.

—Arandu, no quiero faltarle el respeto, pero para mí no deja de ser una lamentable, aunque interesante historia que nos deja una gran enseñanza sobre el amor. Nada más —y señalando la choza donde estaban los jovencitos enfermos, continuó—: Ahora lo más importante está allí y nosotros estamos perdiendo el tiempo hablando de estas cosas que puede contármelas en cualquier otro momento. Si me disculpa, yo prefier...

Arandu, firme y serio, levantó una mano para que el joven médico no siguiera hablando. Se acercó un poco más a él y volvió a mover sus sensatos labios.

—Lo que le digo es verdad y es por eso que estos niños están a punto de morir —dijo severo. Por un momento, cerró sus ojos para tranquilizarse. Luego, siguió—. Como sabrá, los jovencitos de aquí conocen la historia mejor que usted

y la curiosidad, a su edad, puede más. Así fue, como a escondidas, cometieron lo más peligroso. Para probar su valentía, todos los muchachitos que ve allí

dentro, decidieron partir solos hacia la selva para encontrar a aquel hombre convertido en jaguar. No sé que es lo que creyeron, pero lo peor sucedió. Aquel salvaje animal los cruzó y, si bien no llegó a atacarlos gracias a la contención del buen hombre que aún yace en él, los jovencitos no pudieron evitar sentir el terrible pavor y odio que infunde aquella bestia. Así, sus pobres corazones latieron como nunca del terror haciendo que, a su regreso, los síntomas comenzaran a aparecer

—finalizó dolido.

Francisco sonrió y, escéptico, se dispuso a hablar.

—Perdone, Arandu, pero usted no puede adjudicar a una travesura peligrosa o a un terrible animal semejante estado de enfermedad. Eso se lo puedo asegurar —resolvió convencido.

—Es que usted no entiende, Dr. Elizalde. Esos niños no mueren por la travesura ni por el animal en sí. Aquellas pobres criaturas están muriendo consumidas por el odio y el temor que la bestia infundió, tal y como la leyenda dice —y, dándose la media vuelta para retirarse, agregó—: Como sea, usted manténgalos vivos cuanto pueda hasta que podamos deshacernos de aquel animal. Lo que crea o no, será cuestión de tiempo. Muy pronto me dará la razón

—finalizó de espaldas, alejándose del descreído médico.

Francisco suspiró desilusionado por lo que había oído y, sin más, se retiró a refrescar su mente. Necesitaba descansar.

* * * * *

Victoria no sabía qué decir. Jamás había sentido tanta vergüenza. Haber robado aquella carta no había sido una buena idea, pero la forma en que Lisandro la había puesto en descubierto fue lo peor. Seguramente, se hubiera acercado ella misma a confesarle a Mimbi sin tener que pasar por aquella humillante escena. Como sea, ya estaba allí, en la cocina frente a la desconcertada Mimbi que, ansiosa, esperaba a que la joven hablara.

—Verás, no quiero... —Se detuvo a pensar detenidamente las palabras que diría—. No quiero que cambie lo que piensas sobre mí. Es que...

—Eso es algo que decidiré yo, señorita —expresó la morena con el ceño fruncido—. Ahora, ¿puede decirme qué significa lo que dijo el señor Del Pozo?

Victoria cerró los ojos por un momento; se sentía completamente perdida y sin saber qué motivos exponer.

—Bien, tienes razón —dijo, acercándose a Mimbi—. Lo que he hecho no tiene perdón, pero aclaro que fue un impulso de niña caprichosa y no un acto que responde a un hábito. Discúlpame, en serio. Jamás he robado nada pe...

—Pero ahora sí lo ha hecho, lo que la vuelve ladrona —completó nerviosa—. No me sirven sus explicaciones, señorita Victoria. Lo hecho, hecho está. Dígame, simplemente, qué es lo que me ha sacado.

Victoria bajó la mirada. Aquella mujer, que tenía delante de sí, era muy clara y frontal.

—Una carta —respondió avergonzada.

—¿Una carta? ¿Cuál? ¿Qué decía? —inquirió ansiosa mientras se acercaba a Victoria.

La joven sacó el papel escondido en su vestido y, sin mirarla a los ojos, se lo entregó. Mimbi lo tomó apresurada y, al leerlo, sus ojos se tensaron del espanto. La recordaba y a la perfección. Se sentó rendida sobre una de las sillas, respiró hondo y dejó la carta sobre la mesa.

—¿Por qué tomó esto, señorita Bedoya? ¿Y para qué se lo quedó? No es más que una descripción horrorosa de una muerte. ¿Qué puede tener esto de interesante? —y bufó.

—Fue por curiosidad. La vi sobre una silla y la tomé. Respondí a un impulso. —Movía las manos de la desesperación—. Nada más... Pero cuando la leí me espanté sin saber qué hacer. Afortunadamente, Adela la leyó y me dio cierta

tranquilidad, aunque... —Se contuvo antes de seguir hablando.

—¿Adela? —preguntó asombrada y, con suma furia, añadió—: ¿Qué tiene que ver ella con todo esto?

—Mimbi, no te enojas, por favor —expresó Victoria asustada por la reacción de la muchacha—. Sólo intentó cooperar... De hecho, yo le pedí que me ayudara y no hizo más que decirme lo que sabía...

—¡Esa jovencita no sabe nada, señorita Bedoya! ¡Todo lo que le pudo haber dicho no son más que tonterías! —exclamó enfurecida.

—¡No, Mimbi! ¡No digas eso! Nada más dijo lo que pensaba por todo lo que veía. ¡A mí me hubiera sucedido lo mismo! ¡Simplemente mal interpretó!

¡No lo hizo por mal! —respondió asustada y en defensa de Adela.

La esposa de Karai se alarmó por la expresión de Victoria.

Inmediatamente, supo que aquella astuta mujer había tramado algo y bastante pesado.

—Por cómo se expresa, pareciera que ya descubrió su mentira, ¿o me equivoco? —inquirió.

—Pues... Como te digo, Mimbi, estoy segura que no fue una mentira, sino una suposición errónea que hizo Adela. —Pensó unos segundos, suspiró y luego se sentó dispuesta a contarle lo que su rubia amiga le había dicho—. Verás, cuando quise averiguar quién era aquel hombre asesinado que menciona la carta, Adela y yo nos pusimos a pensar. Y fue en ese momento que, muy preocupada, decidió decirme lo que muchos han deducido —dijo sin estar muy segura de continuar.

—Me imagino la más grande de las tonterías... —afirmó seria.

—Pues no, Mimbi. Pensó que aquellos hombres que morían eran los médicos que intentaron ayudar. Y que, para no tener que responder a las familias de los mismos, los arrojaban a la selva para que el felino los terminara de devorar, quedando él como culpable... —aseveró Victoria con el rostro lleno de

espanto.

Mimbi, horrorizada por lo que acababa de oír, se puso de pie.

—¡Es una sinvergüenza! ¡No merece el perdón! ¡Cómo pudo inventar algo tan cruel y sin sentido! —exclamaba mientras caminaba nerviosa de una punta a la otra. De pronto, se frenó y, con una profunda pena, miró a Victoria.

Enseguida, descubrió lo que aquella astuta y sensual mujer haría—. Señorita, ¿dónde está Adela?

—Ehh... ¡Oh! ¡Claro! De lo furiosa que yo estaba con el señor Lisandro, le pedí que fuera ella quien buscara lo antes posible a Francisco para que nada le sucediera —respondió inocente.

Mimbi rio indignada por lo que Adela estaba haciendo. Por un momento, pensó en decirle lo que aquélla tenía pensado hacer, pero no tenía pruebas y, por prudencia, tampoco podía decir ni hacer mucho más. Miró nuevamente a Victoria y, apenada, le tomó las manos.

—Señorita Victoria, tenga cuidado con esa mujer que se hace llamar amiga. Existen muchas personas que al no tener nada en sus vidas no soportan que otros sí las tengan.

—Claro, como el señor Lisandro. Es tal cuál como has descrito —y bufó al recordarlo.

Mimbi sonrió por la orgullosa actitud de la jovencita. Notaba la pura inocencia que había detrás de esos enfurecidos ojos.

—No sé lo que habrá pensado usted, pero le puedo jurar por mi alma que con la última persona que debería enojarse es con el señor Del Pozo. Es verdad que a veces se muestra frío y aislado del mundo, pero no por eso deja de ser un excelente hombre. Se lo aseguro, él jamás defraudaría a nadie —aseveró sonriente y con dulzura.

—Eso es lo que tú piensas, Mimbi. Sin embargo, yo no puedo verlo así.

Un ser que decide sin fundamentos ciertos asesinar a un pobre animal, no puede ser llamado hombre —expresó con los labios fruncidos de la ira.

—No, señorita. El señor Lisandro sí tiene motivos y lo hace para protegernos a todos nosotros de que ocurra lo peor...

—¡Pero no ha sucedido, Mimbi! Ese felino no es vil, como sí lo es Del Pozo por ser tan prejuicioso. Es inaceptable que un hombre, por soberbio, decida dar muerte a alguien sin siquiera conocerlo.

Mimbi volvió a sonreír, pero no podía decir nada.

—Victoria, confíe en mí, sé por qué se lo digo —insistió.

Victoria se acomodó y, con gran seriedad, miró a la mujer.

—Bien, entonces si sabes, ¿por qué no me lo dices? —preguntó sagaz.

La morena movió los ojos de un lado a otro, se puso de pie y, nerviosa, negó con la cabeza, pero a los segundos volvió a hablar.

—Señorita, es simple. Usted misma casi muere bajo las garras de ese bestial felino. Es un animal impredecible, salvaje y maligno. Nunca se sabe cuándo va a atacar —y mirando directo a sus ojos, preguntó—. ¿No le parece eso un motivo más que suficiente?

—Claro que no. Yo estuve allí. Ese animal, que ustedes tanto aborrecen, no sólo salvó mi vida; se acercó a mí con las más puras intenciones. Lo vi,

Mimbi. Sus ojos —decía con la mirada llena de ternura— fueron lo más puro que hasta ahora he visto. No eran los de una fiera ni tampoco me infundieron temor. Estoy segura, ¡y puedo jurarlo!, que tan sólo pedían comprensión —

finalizó embriagada de sólo recordar la dulce mirada que aquel feroz animal le había regalado.

La perpleja esposa de Karai no sabía qué decir. Era, prácticamente, imposible lo que contaba aquella jovencita. Su mente comenzó a mezclarse y a confundirse al punto de no saber qué responder a lo que Victoria había

contado.

Sin embargo, la muchacha no le dejó espacio, pues, insistente, volvió a exigir.

—Pues bien, ¿no me dirás aquellos fundamentos que tanto guardas en secreto?
—cuestionó la impulsiva joven con el semblante nuevamente serio.

Mimbi no estaba segura, pero también sabía que de una u otra forma Victoria intentaría averiguar. Así, precavida y sin dar más vueltas, se sentó en la silla dispuesta a hacer lo que su mente le decía. Y como Arandu a Francisco, aunque omitiendo ciertos detalles claves, comenzó a contar la trágica triste leyenda del hombre y el jaguar.

* * * * *

La carreta había llegado. Sin embargo, el viaje no fue como Mercedes y Adela hubieran esperado. Aquel despreciable hombre, que las tenía atrapadas en sus manos, las acompañó con la excusa de conocer el lugar donde debía cazar al jaguar. Sin embargo, las intenciones de Araoz iban más allá de la caza para la que había sido contratado. De hecho, después de lo vivido con aquellas dos mujeres poco le importaba el asunto de la fiera. Sabía que teniéndolas vigiladas, siguiendo cada uno de sus pasos, podía conseguir más dinero del que pensaba...

y mucho más también...

Adela bajó de inmediato, pues no quería sentir más la candente mirada de aquel abominable hombre. Mercedes trataba de evitar que se acercara a su hija, pero no sabía por cuánto tiempo más podría hacerlo. Sin embargo, y para su sorpresa, Arandu las recibió. Así, lo que en otra ocasión les hubiera generado rechazo, esta vez se convirtió en la salvación misma.

—Bienvenidas señoras. ¿En qué las puedo ayudar? —preguntó cálido el anciano.

Mercedes rápidamente se adelantó a la posible intervención de Araoz, acercándose al sabio.

—¡Oh! ¡Qué bueno volverlo a ver, señor Arandu! ¡No sabe la dicha que me despierta! —exclamó exagerada y, nerviosa, prosiguió—. Verá, este buen hombre que usted ve no es más ni menos que el señor Roberto Araoz, el caballero que Lisandro contrató para dar fin a la bestia que tanto daño hace.

—

Rio y apuró más la conversación—. Como era de esperarse, viene a conocer el lugar. ¿Podrá acompañarlo, señor Arandu?

El anciano arqueó las cejas por la prisa y los nervios que la mujer mostraba. Sin embargo, en cuanto vio al hombre entendió por qué, tanto ella como su hija, deseaban alejarse. La esencia de Araoz era horrorosamente perceptible. Así, Arandu no lo dudó más.

El temible hombre se dio cuenta enseguida. Tomó el borde de su sombrero y, con la mirada cínica, las saludó. No importaba cuanto faltara...

Pronto las volvería a ver. Mientras tanto, Mercedes y Adela habían conseguido un momento de paz. Y, definitivamente, era su oportunidad.

Perspicaz, Mercedes se aferró del brazo de Don Alejandro para ir en busca de las pertenencias de su esposo y que la gente de la aldea había encontrado. Adela, silenciosa, aunque rápida como un rayo, se fue en busca de Francisco.

* * * * *

El día estaba caluroso y la conversación con Arandu lo había agobiado por completo. Era respetuoso por las creencias ajenas, pero jamás permitía que alguna de ellas interfiriera en su labor profesional. Como sea, su mente parecía estallar.

Se acercó a la pequeña palangana que tenía y mojó su rostro, una y otra vez. No quería pensar en nada más, sin embargo, el recuerdo de aquel cabello cobrizo volvió caprichoso a su mente. Se miró en el humilde espejo que tenía delante de sí y volvió a refrescar su rostro con el agua. No podía, era inevitable.

Victoria y todo lo que se refiriera a ella vivían constantes en su mente. La

extrañaba como a nada y nadie en el mundo. Su voz, sus ojos que, a pesar de mostrarse duros, escondían una inocencia increíble, sus delicadas manos y su frágil cuello eran imposibles de olvidar. Todo lo anhelaba. La quería allí con él.

Y así, no pudo evitar recordar aquel momento en el que había probado el sabor dulce de su piel, el perfume de su calor y la miel de sus senos. No lo soportaba más. Se mojó una vez más, aunque esta vez empapó su pecho también y, luego, tapó su rostro con las manos para tratar de tranquilizarse. Sin embargo, nada de todo eso alcanzaría. Sin aviso alguno, una suave mano acarició su hombro.

Elevó la vista y, al mismo tiempo, gritó efusivo su nombre.

—¡Victoria!

El apasionado Francisco miró el espejo, pero para su sorpresa, Victoria no estaba allí. Quizá una belleza distinta, aunque para nada despreciable, lo miraba en una mezcla de dulzura con sensualidad.

—Lamento decepcionarte, querido Francisco —dijo Adela con un aire de tristeza. Sus ojos celestes lo invitaron a darse la vuelta.

El joven, abrumado por los recuerdos de Victoria, simplemente fregó sus ojos para volver en sí. Adela notó el estado agitado de Francisco y supo que debía aprovechar.

—¿Estás bien? Te ves un poco turbado —comentó la muchacha al mismo tiempo que apoyó su mano sobre la mejilla del hombre.

Francisco parpadeó varias veces sorprendido por la actitud impulsiva de Adela. La miró a los ojos con las cejas arqueadas y, delicadamente, retiró sus suaves dedos.

—Humm... Sí, sí, estoy bien, Adela. No te preocupes. Simplemente es el calor de... la zona que me ha descompensado, pero ya estoy bien —contestó mientras tomaba una toalla para secarse el rostro.

—No estoy tan segura de ello. Creo que hay algo más que te ha puesto así, querido Francisco. Puedo verlo en tu mirada —dijo mientras se sentaba en la cama—. Estás triste y desesperado, pero no temas, yo te comprendo, pues siento lo mismo que tú —agregó apenada y con la mirada gacha.

Francisco dejó la toalla y miró a la muchacha que, misteriosamente, había ido a verlo. Pero como si fuera poco, se comportaba de una forma extraña, o tal vez, demasiado sensual para su gusto.

—Seguro. Y dime, ¿qué te ha traído por aquí? ¿Pasó algo con Victoria?

—inquirió con sospecha.

La joven se percató enseguida de la distancia que Francisco trataba de imponer. Debía pensar algo diferente. Jugaría a ser Victoria.

—Oh, simplemente he venido a ver a esos pequeños. No veo las horas de que ya estén bien y así poder disfrutar de sus sonrisas. No es justo que estas buenas criaturas estén sufriendo así —expresó con una dulzura estremecedora.

—Eso es muy tierno de tu parte, Adela. No sabía que los querías tanto —

comentó el joven, ablandando su expresión y perdiendo la desconfianza de segundos atrás.

—Sí, Francisco, por eso vine a verte. Necesitaba saber si podía quedarme un rato con ellos. Tú sabes, no quiero ser un estorbo —agregó con una tímida e ingenua sonrisa.

El hombre sonrió conmovido por las cálidas expresiones de Adela. No podía evitar ver parte de Victoria en ella. Sin embargo, y repentinamente, los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas. Francisco asombrado, se acercó y se sentó a su lado. Ella, mientras tanto, festejaba en sus adentros.

—Adela, ¿qué sucede? ¿Por qué lloras? —preguntó desconcertado por la sensibilidad de la muchacha. Le tomó la mano y buscó su mirada—. Anda, dime, por favor.

—No sé si deba... —expresaba con los labios fruncidos de la angustia

mientras con su otra mano secaba sus ojos—. Es que ya no lo soporto más, Francisco.

—Por favor, dime qué es lo que te sucede. Tal vez pueda ayudarte —
agregó preocupado.

Adela se mantuvo en silencio unos cuantos segundos y, luego, dio lugar a lo mejor de su actuación.

—No entiendo por qué Lisandro... no acepta mi corazón. ¡Es que lo amo tanto! —expresó, simulando quebrar del dolor.

Y con un profuso llanto, se abalanzó al pecho de Francisco. Aquello había estremecido al médico que, sorprendido y sin saber qué hacer, la envolvió en sus brazos. Adela apoyó sus manos y sintió la agitación del joven. Debía apurarse, era el momento. Levantó su rostro y, con una expresión de tristeza, dulzura y sensualidad, posó su mano en el hombro para acercarse un poco más.

Francisco contuvo la respiración; el acercamiento de la mujer lo estaba agitando más de lo que hubiera esperado. De pronto, el dulce aliento de la joven lo

empalagó al punto de desear sus labios, sin embargo, se resistió. Por su parte, Adela no lo pensó más e, intensa, apresó su rostro entre sus manos y besó sus labios, succionándolos con ardiente pasión. El joven no pudo contenerse e, impulsivo, permitió que sus lenguas se fundieran en una cálida y húmeda caricia.

Él no podía pensar con claridad y el fuego de Adela actuaba más rápido que su razón, pues acariciaba cuanta parte de su cuerpo ardía sin poderla detener. Así, y sin dejar de disfrutar del sabor de Francisco, tomó las manos del joven y las apoyó en su abundante pechera. Sabía que aquello lo rendiría finalmente ante el poder del placer. Sin embargo, el recuerdo de Victoria lo obligó a abrir sus ojos para ver la realidad. Aquella hermosa jovencita no era su prometida. Adela no podría nunca ocupar el lugar de su amada mujer. Y antes de que la joven siguiera un poco más, la tomó de los hombros y, con delicadeza, la separó de su acalorado cuerpo.

El momento era realmente incómodo. Adela estaba a punto de estallar de ira, aunque su rostro expresaba pena y dolor. Pero para cuando Francisco tragó un poco de saliva para comenzar a hablar, un terrible grito de afuera los espantó.

* * * * *

Roberto Araoz estaba allí, con la escopeta firme, apuntando hacia delante. Su semblante se veía más diabólico de lo habitual; quizá, tan frío como el de un cuerpo sin alma. Sin embargo, su tranquilidad era lo más escalofriante, pues anunciaba un pronto y efectivo disparo.

La mujer no podía dejar de gritar y llorar. Arrodillada en el suelo, se tomaba la cabeza y tiraba de sus cabellos, suplicando que no lo hiciera.

—¡Ey! ¡Tú! ¡Detente! —vociferó Francisco desde lejos.

El hombre, sediento de muerte y firme en su posición, sólo miró de reojo al desesperado médico que se acercaba corriendo a su blanco.

—No se acerque, señor, o usted también morirá —dijo frío y a punto de disparar. Y al ver que Arandu se disponía a arrebatarse el arma, aclaró despectivo

—. Lo mismo para usted, viejo.

Francisco se frenó de golpe. A metros estaba el objetivo de Araoz, uno de aquellos niños enfermos a los que tanta atención y dedicación daba. Sin embargo, el aspecto de la pobre criatura apenas permitía confirmar que era uno

de ellos. Su cuerpo estaba consumido a tal punto que la resquebrajada piel se adhería solamente a los débiles huesos del jovencito. Su postura, encorvada y bestial, era señal de que su estado era de completa inconsciencia y sus salvajes gritos agudos desgarraban los oídos de quien estuviera cerca. Pero aquello no era lo peor. Los secos labios del niño estaban bañados de la sangre que brotaba, sin cesar, de sus pulmones; los ojos, completamente dilatados, eran de un negro absoluto que hasta se confundía con el de las pestañas; y sus expresiones eran propias del infierno. La imagen era, sencillamente,

aterradora. De no saberse que era un niño de la aldea, cualquiera hubiera pensado que, lo que allí había, era un demonio de carne y hueso.

Francisco no sabía qué hacer. La criatura estaba irreconocible y, desde ya, eso no lo podía adjudicar a una tuberculosis. Sintió que todo se le iba de las manos y que, de alguna forma, estaba viendo algo que no podía explicar. No obstante, lo único seguro era que aquella demoníaca figura infantil no dejaba de ser el pobre niño al que había estado atendiendo.

—¡No dispare! ¡Es sólo un niño! —exclamó desesperado.

Araoz sonrió por lo que había escuchado.

—Ya he matado varios de estos jovencitos en otras tierras. No me costará nada matar a éste que parece un animal —y, enfurecido, agregó—. ¡Apártese! A menos que quiera morir por la misma bala o atacado por él...

Francisco no lo dudó. En cuanto el hombre disparó, se abalanzó sobre la bestial criatura, cayendo ambos al piso. La bala se había perdido sin herir a ninguno de los dos. Sin embargo, los movimientos salvajes y rápidos de la criatura superaban en fuerza al mismísimo médico que trataba de contenerlo. Y

cuando menos lo esperó, el salvaje crío saltó sobre su cuerpo, propinándole la más feroz de las mordidas a su brazo que, afortunadamente, había protegido a su rostro del brutal ataque.

Capítulo 8

—¡Por todos los santos y el cielo, Mimbi! —exclamó Victoria fascinada y sorprendida por la leyenda que la morena le había contado.

—¡Shh! No grite señorita, su madre puede oírnos —advirtió la mujer, mirando hacia todos lados.

—¡Qué importa! ¡Lo que acabas de contarme es tan terrible como fascinante! —expresó, mordiéndose los labios de la emoción—. ¡No lo puedo creer! Y dime, ¿cómo luce el hombre? Después de tantos años, debe tener una apariencia horrible, ¿verdad? —inquirió.

Mimbi debía ser sumamente precavida tanto con sus expresiones como con sus palabras. Aquella jovencita era inocente en temas del amor, pero ninguna ingenua a la hora de averiguar sobre otros asuntos.

—Pues nadie lo sabe, señorita Victoria. Seguramente, luce terrible, pues, como dice usted, él tiempo ha pasado y no hay maldición que pueda con eso —

dijo divertida. Las dos mujeres rieron—. De todas formas, nadie lo ha visto ni se sabe nada de él. Imagine que el paso de los años le habrá dado una amplia experiencia para esconderse y evitar que lo descubran —y luego de unos segundos de silencio, continuó—. Como sea, no deja de ser un pobre hombre que ha sufrido la peor de las condenas por sólo desear amar.

—Sin dudas, Mimbi. Yo sabía que no me equivocaba cuando decía que ese felino no intentó matarme. Y esto que acabas de contarme sostiene perfectamente lo que dije —agregó contenta y entusiasmada—. Necesito contárselo a Francisco para que no tema y también al señor Lisandro para que se le quite de la cabeza esa espantosa idea de asesinarlo. Acompáñame —dijo, tomándola de mano.

—Espere señorita. —Se detuvo con un aire de tristeza en su mirada—.

No todo el mundo cree como usted y yo. Por eso, es algo que no contamos habitualmente y menos a los médicos, pues corremos el riesgo de que nos tomen por locos y terminen abandonando a los niños. Entienda, no podemos hacerlo. Y, en cuanto al señor Del Pozo, le recomiendo que no insista en ese asunto. Es un tema que lo saca de quicio. Hace muchos años que intenta mantener a la fiera alejada de nuestro pueblo, pero eso no evita que siga asesinando. Como le conté, por el momento no ha muerto nadie de la aldea, pero pronto sucederá si no

desaparece. Usted lo ha visto, señorita, su piel ya no es la de un simple jaguar...

es prácticamente negra... Eso significa que, dentro de poco, aquel hombre se convertirá para siempre en el jaguar y, por más que su corazón insista en no hacer daño, la fuerza de su parte animal lo controlará para siempre. Y como si

fuera poco, los pequeños cuerpos de los niños infestados de odio no soportarán mucho tiempo más. —Suspiró de la angustia y la volvió a mirar—.

¿Comprende? Puedo asegurarle que lo último que desea el señor Lisandro es matar a aquel animal, pero ya no hay escapatoria... Es la única solución.

—No lo sé, Mimbi, no lo sé. Tiene que haber una salida más... —dijo pensativa.

De pronto, alguien golpeó la puerta de la cocina. Era Ana que, al ver a su hija conversando con Mimbi, no pudo evitar la seriedad en su semblante.

—¿Me puedes explicar qué haces aquí, Victoria?

La joven miró cómplice a la esposa de Karai quien, con una mirada intensa, le dijo que no contara nada.

—Pues nada, madre. Simplemente hablábamos sobre... la historia de Puerto Aguirre y las culturas que están desde hace siglos —finalizó sonriente.

Ana miró a Mimbi, hizo mueca de disgusto y tomó a Victoria del brazo.

—Pues ya es suficiente. Basta de historias que poco importan. Debes mantener tu cabeza ocupada en cosas mucho más importantes y no en tonterías de pueblo. Vámonos.

Por esta vez, la muchacha decidió no reaccionar para evitar que su madre levantara sospechas sobre la importancia de lo que Mimbi le había develado.

Así, la tomó del brazo y la acompañó, tal y como se lo había pedido.

* * * * *

El desconocido cuerpo del niño pudo ser, finalmente, contenido por varios hombres de la aldea. Mientras tanto, Francisco aún permanecía atónito y dolorido por aquella salvaje mordida que había sufrido en su brazo. Arandu, preocupado por el estado del joven médico, se acercó enseguida mientras que Araoz se aproximaba, con su imborrable sonrisa, lento e indolente.

—¡Dr. Elizalde! ¿Está usted bien? —preguntó el anciano mientras trataba de levantar al fornido Francisco.

—¡Grrr! —grunió del dolor—. Deje, yo puedo levantarme solo —agregó mal humorado.

—Pues no es más que un imbécil —interrumpió el soberbio Araoz con los brazos cruzados—. Se lo advertí y lo único que hizo fue tratar de hacerse el héroe.

Francisco lo miró fulminante, aunque fugaz mientras se levantaba como podía.

—Es sólo un niño —comentó seco. No le agradaba la presencia de Araoz.

—No puede ser más necio. Eso no era un niño. —Y, despreciativo, señaló el brazo de Francisco—. Ahí tiene la prueba y si no le alcanza, vaya a verlo de nuevo... Verá como intenta arrancarle los ojos —y, dándose la vuelta, murmuró—: Maldito estúpido...

Francisco enardeció por la actitud de aquel repugnante hombre y se dispuso a tomarlo del hombro para darle su merecido. Sin embargo, Arandu apoyó su mano sobre el pecho del joven, evitando que ocurriera una pelea innecesaria. Lo miró profundo a sus ojos y, negando con un movimiento lento de cabeza, logró que Francisco se tranquilizara. Necesitaba relajarse.

—Dr. Elizalde, creo que lo mejor será que primero cure la herida y luego se tome uno o dos días para descansar. Seguramente, su prometida, la señorita Victoria, estará agradecida por ello. Recuerde que, después de lo sucedido, ella también lo necesita como médico. —Luego, se acercó un poco más—. Por lo niños no se preocupe, nosotros los mantendremos cuanto podamos y reforzaremos las camillas para que no vuelva a ocurrir lo de hoy. —Le dio una palmada y, tranquilo, se retiró.

La herida del ataque había sido profunda y feroz. Trataba de no pensar en el dolor y, firme, presionaba y limpiaba su brazo. Aquello había sido realmente extraño; jamás había visto una conducta como tal. Así, las palabras de Arandu se hicieron presentes en su mente. No quería permitirlo, pero no podía dejar de considerar que algo de todo lo que le había contado debía ser real. Deseó

pensar que, quizá, el animal había transmitido alguna nueva especie de rabia, o algo

parecido. No obstante, ninguno de los niños había sufrido mordida alguna. Y, como si eso fuera poco, la fuerza con la que lo había derrumbado tampoco tenía explicación racional. No encontraba razón lógica a todo lo que había visto y, furioso, revoleó el trapo con el que se estaba desinfectando.

De pronto, la puerta se abrió. Era Adela que, tranquila, se acercaba al encolerizado médico para poder hablar. Sin embargo, y antes de que la joven pudiera decir algo, Francisco la atajó.

—Adela, no me importa lo que tengas para decir. Lo que sucedió no fue más que una terrible confusión. Tú estabas mal y yo también, pero nada más.

Lamento que el señor Lisandro no pueda ver la hermosura de tu corazón, pero mi caso es muy distinto. Te pido, por favor, que aceptes mis disculpas. Nadie sabrá de esto y tu imagen se mantendrá como hasta ahora. Y, por supuesto, puedes venir a ver a los niños cuando desees. No hace falta que me veas para poder hacerlo —finalizó serio y sin intención de escuchar a la joven.

Adela, que por dentro sentía deseos de insultarlo, se mostró con el rostro lleno de pena y, simulando desesperación, se acercó.

—Pero Francisco, yo no lo creo así. Debes saberlo. Jamás en mi vida sentí los labios de un hombre tan llenos de amor y comprensión como los tuyos.

Puedo jurar que lo que he sentido no es más que amor. Y sé que, por más que lo niegues, viviste lo mismo que yo. —Veloz, le tomó las manos y siguió—.

Además, puedes engañar a cualquiera, pero no a mí que te he sentido. Sabes muy bien que Victoria no te ama y te comprendo porque lo mismo me sucede a mí.

No nos engañemos, querido Francisco. Tú y yo pod...

El joven retiró sus manos efusivamente y, fulminante, la miró para decirle unas últimas palabras.

—No me digas lo que siento. Eso sólo lo sé yo, querida —aseveró tajante

—. Y, como te he dicho, lamento que tu corazón no le corresponda a ese hombre, pero tampoco me pertenece a mí. Te agradezco la preocupación, pero ya soy un hombre adulto que no necesita que le digan lo que debe pensar y hacer. Victoria y lo demás, simplemente, no es asunto tuyo. Ahora, si me disculpas, necesito estar un momento a solas. Como has visto, tengo asuntos más importantes por resolver. Nos vemos en la carreta —concluyó, dándole la espalda a la joven.

Adela, de no ser por la situación, le hubiera revoleado algo por aquella humillación. Sin embargo, se contuvo y, enfurecida, se marchó.

* * * * *

Estrujó la carta y, con toda su furia, la arrojó al piso. Los nervios y la ansiedad lo hundieron en innumerables pensamientos al punto de perder la noción del tiempo... Y no era para menos, pues sabía que luego de tantos años, finalmente, había llegado el momento: su fin. Estaba seguro que aquel hombre, Roberto Araoz, era perfecto para lograrlo. Luego de innumerables intentos fallidos, este sujeto no podría fallar, pues era el peor de todos los que, hasta ese momento, había contratado: bestial, solitario, amante de la muerte, sin corazón y, por sobre todo, jamás había sentido temor por nada. Y no lo pensaba sólo él. Los comentarios sobre su participación en la expedición al sur corrían por todo Buenos Aires y eran claras pruebas de lo que era capaz. Sin embargo, Lisandro sentía un nudo en el estómago que no lo dejaba estar en paz. Repentinamente, y a pesar de desear el fin de todo, no podía dejar de desear que las cosas fueran distintas. Su corazón latía incesante, su garganta la sentía seca y el temblor en su cuerpo era insoportable. No quería recordarlo, pero su alma lo pedía a gritos.

Allí, sin ella, sentía el frío de las sombras de la soledad. El calor de su piel, la humedad de sus labios y la inocente mirada le habían devuelto sensaciones que había pensado sepultadas desde hacía más de cien años. Sin lugar a dudas, aquella jovencita había destrozado la tumba de hielo en la que había estado su alma, pero bajo ningún concepto permitiría que sus planes cambiaran de rumbo por un simple momento de luz. Sentía totalmente ingenuo de su parte poner esperanzas absurdas en un encuentro que ya había vivido,

repetidamente, con otras mujeres. De hecho, ya estaba cansado de intentarlo, aunque esta vez lo hubiera sentido distinto.

Fregó sus ojos y, dispuesto a levantarse, la puerta sonó. Dio permiso para que entrara y allí la vio.

—Señor, han llegado. Están a punto de entrar, incluso el Dr. Elizalde.

¿Desea usted bajar?

Lisandro se sorprendió al saber que el prometido de la impertinente jovencita estaba allí. Quería conocerlo, después de todo, de él dependían las vidas de los niños a los que tanto amaba.

—Por supuesto, Mimbi. Por favor, avísales que en unos minutos estaré con ellos.

* * * * *

—¡Victoria! ¡Victoria! —exclamó Jára quien salió corriendo para abrazarla.

—¡Jára! ¡Mi pequeño! ¿Qué haces tú aquí? Si Arandu se entera que no estás en la aldea, ¡te arrojará al río! —exclamó divertida y feliz de ver al niño.

—Puedes quedarte tranquila, cariño —expresó Francisco con el brazo vendado—. Arandu ya sabe que está aquí. En cuanto vio la carreta no hubo forma de hacerlo bajar. Lo único que sabía decir era tu nombre —expresó con una gran sonrisa al ver el rostro de su novia.

—¡Francisco! ¡Oh! ¡Dios Santo! —vociferó al ver su brazo—. ¡Sabía que algo te sucedería! ¡Esto es culpa mía por no haber ido antes por ti! —Lo abrazó con todas sus fuerzas.

—¿Por qué dices eso, Victoria? No tienes nada que ver con lo que le pasó a mi brazo. Fue un simple accidente que te contaré luego, ¿sí? Ahora, lo único que importa es que tú estés bien.

—Por supuesto, es lo más importante —comentó Adela con la mirada punzante en Francisco—. Pero no olvides, querido, que para que Victoria esté bien, tú

también debes estarlo —expresó adrede mientras entraba a la casa.

Francisco la miró con los ojos entrecerrados. Poco a poco veía la verdadera personalidad de aquella sensual muchacha.

—Claro que sí. Tienes razón, Adela. No pudiste haber usado palabras más exactas, amiga. Lo esencial es que tú estés bien, Francisco —comentó con una cálida sonrisa. Sin duda alguna, y a pesar de la mezcla de emociones que había tenido en el último tiempo, él era muy importante para ella.

—Humm —acomodó, nerviosamente, la voz. La intervención de Adela había sido peligrosa y malintencionada—. Iré adentro para saludar a tu madre.

Victoria estaba por entrar junto a su prometido, pero se detuvo al ver que una solitaria figura se aproximaba. No podía discernir claramente, aunque supo que se trataba de un hombre cuando, finalmente, se acercó.

Roberto Araoz se deslumbró con aquella belleza de enormes ojos. Desde ya, no era voluptuosa como su amiga a quien, secretamente, ya tenía apresada, pero eso no quitaba que fuera realmente bella. Su instinto de cazador le decía

que se trataba de una mujer demasiado ingenua, y sin lugar a dudas que así era, puesto que nadie se atrevía a estar cerca de él. Y eso lo excitaba en sobremanera, pues sentía que no había nada más delicioso que el sabor de la inocencia.

—Victoria Bedoya, la prometida de Francisco —se presentó, ofreciéndole un apretón de manos, aunque no pudo evitar fruncir el ceño. Sentía desconfianza.

—¡Oh! Un placer, señorita Bedoya. Roberto Araoz. A sus servicios. —Y

tomó su mano, pero para besarla sin previo aviso.

Victoria sintió un escalofrío por todo el cuerpo y, sin más, retiró enseguida su mano. Sonrió forzada y, rápidamente, se dirigió hacia donde todos aguardaban por Lisandro. El simple hecho de saber quién era la hizo arrepentirse de hasta haberlo saludado.

El bullicio era terrible. Mientras que Mercedes hablaba animadamente con

Ana y Adela, Mimbi, Francisco y Victoria disfrutaban de las travesuras que contaba Jára. Por su parte, el callado Araoz simplemente miraba a cada uno de ellos, analizando cuál sería su próxima presa. Aunque, si allí estaba, no era más que para controlar a Mercedes y a su hija, cubierto con la excusa de conocer al señor Del Pozo.

De pronto, se hizo un brusco silencio. Él estaba allí. Su abrumadora presencia había hecho que todas las miradas se enfocaran en su elegante cuerpo que se disponía a descender las escaleras. Francisco, a diferencia de la gran mayoría, sintió un rechazo y desconfianza inmediatos; algo de ese hombre le molestaba. No obstante, aquel caballero no dejaba de atraer con su cautivadora y misteriosa mirada; y sus firmes pasos simplemente anunciaron que Lisandro Del Pozo ya estaba entre ellos.

* * * * *

La cena había sido bastante tranquila. Adela y Mercedes se sentaron lejos del cazador para evitar su desagradable mirada, mientras que Francisco y Ana buscaron lugares lo más cercano posible a Victoria. Mimbi, Karai y Jára estaban al lado de la señorita Bedoya quien, nuevamente, había quedado enfrente del imponente Lisandro. En sí, las conversaciones habían sido superfluas y en

ninguna de ellas se escuchó la voz del señor Del Pozo. Apenas prestaba atención y, si levantaba la vista, era sólo por momentos fugaces. Sin embargo, la perspicaz Mimbi lo había detectado: en aquellos efímeros instantes, Lisandro elevaba la fogosa mirada para ver a una sola persona: Victoria. Y eso era grave.

—Bien, caballeros, si no es molestia, nosotras nos retiramos —expresó Ana cortésmente—. Que tengan muy buenas noches.

Los hombres se pusieron de pie para despedir a las mujeres y, tanto Francisco como Lisandro, no pudieron evitar mirar con deseo la figura de Victoria. La joven tímida se ruborizó y lanzó una fugaz mirada al hombre que la había callado con un largo y pasional beso. Francisco, enfurecido, se percató de aquello, sin embargo, antes de que pudiera decir algo, el llamativo hombre se dirigió a él.

—Disculpe, Dr. Elizalde, pero me es de gran interés conversar con usted, y a solas —enfaticó—, sobre el progreso de la salud de los niños.

Automáticamente, el resto de los comensales se retiró. Karai acompañó a Araoz para indicarle el cuarto que ocuparía sólo por ese día y Mimbi se llevó a Jára quien, hacía rato, cabeceaba del sueño.

El silencio era absoluto y, en el lugar, sólo estaban ellos dos. Era el momento en que Francisco, más allá de sus buenos modales, dejaría claro la mala impresión que había tenido de él.

—Increíble, señor Del Pozo. El efecto que usted genera en las personas es, asombrosamente, magnífico. Me pregunto cuáles pueden ser los motivos y sólo dos se me ocurren. Uno de ellos es pensar que le deben una leal obediencia por el miedo que infunde. Quizá sea un tanto despreciable, pero, sin duda, no puede dejar de ser una atractiva opción. Sin embargo, la segunda posibilidad es mucho más reconfortante, por supuesto, y es creer que lo obedecen por el amor que emana hacia ellos. Sería realmente interesante poder conocerlo un poco más para poder llegar a una conclusión certera. ¿Usted qué piensa? —dijo sarcástico y con los ojos entrecerrados.

Lisandro esbozó una sonrisa y, con soberbia, lo miró.

—Pues, sin duda alguna, lo que usted ha expuesto es un interesante interrogante que hasta yo mismo me he planteado, señor. Sin embargo, debo reconocer que, para averiguarlo, fue completamente innecesario usar del preciado tiempo. Si me permite, le recomiendo tomar el mismo camino para que pueda usted librarse de tan angustiosa duda y, así, finalmente dedicar su tiempo a

asuntos de mayor relevancia —contestó altivo.

—No me haga esperar, señor Del Pozo. Lo escucho —comentó desafiante.

—Pues bien: pregúnteles a ellos.

El silencio y la quietud duraron varios segundos, tiempo en que los dos hombres sólo se miraron fijamente, casi sin pestañear. Luego, Francisco sonrió

y se acomodó para proseguir.

—Tomaré su consejo, aunque, en vista de obtener la respuesta más certera, estoy seguro que mi método no me decepcionará.

—Como usted desee, Dr. Elizalde. Ahora, si me disculpa, ¿podemos hablar de lo que más atención requiere? Le aseguro que, en cuanto terminemos con ese asunto, puede usted preguntarme o hablar de lo que quiera.

—Si pierdo el sueño, señor, le aseguro que no es por algún asunto relacionado a su existencia —contestó indignado—. Puede usted quedarse tranquilo. Mientras tanto, debo reconocer que compartimos una misma inquietud. —Se acomodó y su semblante cambió a uno más serio y preocupado

—. Lamento informarle que aquellos jovencitos no han progresado como esperaba usted. En mi primera observación, los síntomas se mostraron más claros, lo que me permitió adjudicarlo a una tuberculosis, una enfermedad grave, por supuesto, pero que con cierto tratamiento se extiende el tiempo de vida. Sin embargo, en posteriores análisis, los efectos de la enfermedad cambiaron y se multiplicaron.

—¿A qué se refiere con ello, Elizalde? ¿Ha muerto alguno? —inquirió Lisandro alarmado y agitado.

—Afortunadamente, no. Por el momento, se ha podido mantener a cada uno de ellos con vida. No obstante, la calidad de la salud empeora y sólo se los ha mantenido a salvo incrementando la aplicación de diversos medicamentos.

Esto se debe a los nuevos síntomas que fueron apareciendo en cuestión de horas: dilatación de pupilas, repentino descenso de peso, pérdida absoluta de consciencia, comportamiento salvaje y demostración de fuerza excesiva. Y

lamento decirle, señor Del Pozo, que aún no he podido encontrar razón lógica y médica para tales efectos. Lo siento.

—Y tampoco la encontrará... —aseveró Lisandro preocupado y sumergido en su propio análisis mientras, perdido, miraba el piso.

—¿Cómo dijo? ¿Qué no encontraré las causas? ¿Y cómo está tan seguro de ello, señor? Si usted me ha contratado, es porque debería estar seguro de mis capacidades como profesional. ¿O estoy equivocado? —inquirió Francisco ofendido.

Lisandro lo miró serio a los ojos. No sabía lo que podía pensar aquel hombre, pero tampoco tenía deseos de saberlo.

—Olvídelo —dijo indolente, agitando una mano en el aire y la mirada perdida hacia un costado.

Francisco se vio doblemente ofendido y decidió no quedarse callado.

—¿Qué lo olvide? Pues creo que si hay algo que usted no entiende, es que yo no soy un simple instrumento suyo, señor —dijo, levantándose enardecido—. Si me lo permite, así como yo he tomado un consejo suyo, déjeme hacer lo mismo por usted, aunque sería de mi mayor agrado poder darle dos.

Lisandro, sacó la mano de su barbilla, arqueó las cejas y, sorprendido, lo miró.

—El primer consejo es muy valioso, pues, como médico que soy, le recomiendo que deje las leyendas para entretener a los niños y enfoque su mirada en lo real, si es que aún desea salvar a esos muchachitos. Y el segundo es una cortesía, si se quiere, o por el simple hecho de que, como hombre, me veo en la obligación de dárselo. No sé si su vida es amargada o si ha tomado a la soledad como propia elección. Como sea, le sugiero, señor Del Pozo, tenga suma cautela al decidir a quién entregar su corazón. Buenas noches —finalizó determinante, dándose la vuelta para subir las escaleras.

Lisandro tragó saliva y, enfurecido, se puso de pie.

—Le agradezco, Dr. Elizalde. Y me tomo la libertad de expresarle el mismo consejo.

Francisco, sin dejar de subir, le preguntó.

—¿En serio, señor Del Pozo? ¿Cuál de los dos?

—El segundo, sin dudas. Buenas noches. —Y sin más, se retiró.

* * * * *

El día había sido el peor de su vida. Jamás había sufrido tantas humillaciones a la vez. Su madre, que no era más que un ser interesado por el dinero, le había confesado que era hija de una asesina y de un hombre distinto al que toda su vida había llamado padre. Pero, como si eso fuera poco, los dos hombres a los que se había dispuesto seducir la habían rechazado sin vueltas.

Definitivamente, necesitaba dormir para olvidar, aunque sea por unas horas, las locuras que había vivido. Sin embargo, al intentar cerrar la puerta, recordó que había olvidado un pequeño y desagradable detalle: Roberto Araoz, quien con la punta del pie evitó que lo dejara afuera.

—Déjame entrar —dijo imperativo, aunque en voz baja.

Adela frunció los labios de la rabia y asco que le producía el hecho de imaginar aquel hombre en su cuarto, pero no tenía muchas opciones. Soltó la puerta a desgano y lo dejó pasar.

—¡Vaya! ¡Aún estás vestida! Si quieres, te puedo ayudar. Esas cosas no son fáciles de sacar, ¿cierto? —expresó irónico y con su sonrisa odiosa.

Adela levantó el labio y negaba con la cabeza del disgusto por los comentarios desagradables que había hecho.

—¡Vamos! Conmigo no sirven los modales, querida. —Cerró la puerta.

—¿Qué demonios quieres? —preguntó resentida y sin mirarlo mientras se sentaba en su cama.

—Oh, pobre Adela. ¿Acaso te has vuelto inocente como tu tierna amiguita? —cuestionó con ironía, acercándose a la joven.

—No es mi amiguita. Por mí que se pudra esa imbécil. Todavía no puedo creerlo —bufó, recordando el nefasto y fallido intento con Francisco.

—Mmmhh... Pues me suena a que has intentado sacarle algo como...

Déjame pensar... ¿su novio? —preguntó sarcástico y sonriente.

—¡Cállate! ¡No te incumbe! Dime qué es lo que quieres y ¡vete de una vez por todas! —exclamó determinante y enfurecida.

El hombre se acercó frío y, agresivo, la tomó del brazo, levantándola en un santiamén.

—No te sobrepases, Adela. —La tomó fuerte de la cintura e, impulsivo,

la aprisionó entre sus brazos. La espalda de la joven quedó fusionada con el pecho de Araoz quien, sugestivo, le murmuró al oído—. Sabes muy bien lo que quiero.

Adela cerró los ojos del horror y una densa lágrima sobre su mejilla le advirtió que sería una larga y espantosa noche.

* * * * *

El rubor en su rostro indicaba que aún no había podido olvidar la última e intensa mirada de Lisandro. Entró a su cuarto, se acostó y, tratando de olvidar, no hizo más que recodar con mayor fuerza. Así, le fue inevitable recordar la humedad y dulce sabor del beso con el que había sellado su boca. Su oscuro cabello y su candente pecho la hacían temblar de deseo tanto como cuando recordaba sus enormes manos o sus fornidos brazos. Sin embargo, nada podía compararse con sus ojos cuyo color parecía una mezcla de fogosidad con ternura. Ellos, sin duda, la habían atrapado en una deliciosa emoción que aún no podía ni deseaba reconocer. Dio vueltas en la cama y, con la consciencia intranquila, tampoco pudo evitar la imagen de Francisco. Al principio, logró limitar el recuerdo a lo que más le agradaba: su sonrisa, sus bromas, sus abrazos y su cálida mirada, pero, sin poder controlarlo, la acalorada escena en la aldea volvió a su mente haciéndola, inevitablemente, llorar de angustia. No entendía por qué le sucedía aquello y se odiaba por no poder controlar dichas sentimientos. Secó sus lágrimas y, agitada, desvió la mirada hacia la ventana para despejar la mente de todas las experiencias que había vivido en tan corto tiempo.

La noche era perfecta e indudablemente bella; y la hubiera relajado de no

haberse dado cuenta de que el cielo estaba demasiado limpio: era noche de luna nueva. Así, su corazón comenzó a latir rápido y vigoroso, de su frente brotaron unas primeras gotas de sudor y un fuerte mareo la obligó a cerrar los ojos. Lo que menos deseaba recordar se hacía presente: la pesadilla había regresado.

Desesperada por deshacerse de aquellas imágenes, se acercó como pudo a la puerta y la abrió con sus últimas fuerzas para tomar aire, pero su cuerpo no lo aguantó más. Vencido, se dejó caer al piso y sus ojos vieron como última imagen la figura de alguien que, alarmado, se acercaba para ayudarla.

* * * * *

Jamás imaginó que, luego de haber tomado una copa para relajarse, se encontraría con aquella escena. Por un momento, pensó que el alcohol había hecho efecto en su cuerpo. Sin embargo, descartó la posibilidad al recordar que la cantidad había sido más que ínfima, y lo confirmó cuando se acercó a la joven que, sin fuerzas, yacía sobre el piso del pasillo. Trató de despertarla y, al ver que sus llamados no hacían efecto, la tomó delicadamente y la alzó en brazos.

Despacio, entró a la habitación y, con suavidad, la reposó sobre su cama.

Preocupado, se acercó al rostro de la joven que aún parecía inconsciente. Le acarició las mejillas y la llamó varias veces más para que despertara, pero Victoria no respondía. Luego, corrió su suave cabello para enjugar su brillante frente y volvió a pronunciar su nombre con la esperanza de que contestara. Sin embargo, los labios de la joven no se movían. Lisandro comenzó a desesperarse.

Su corazón latía como nunca al ver que la jovencita no emitía respuesta. Estaba intranquilo, aunque esta vez más de lo que hubiera estado por cualquier otra persona. Y por más que quisiera negárselo una y otra vez, ya nada podía hacer.

Sintió que la oscuridad se abalanzaba sobre él como las noches en las que, como felino, asesinaba a los cazadores. Descubrió que aquella mujer le había devuelto la vida y, por más que no quisiera reconocerlo, había revivido el

mundo de esperanzas que él mismo se había encargado de sepultar. Repentinamente, se dio cuenta que, sin ella, todo lo que había sentido en ese beso no lo volvería a vivir jamás. Lisandro se daba por vencido. Ahora que la perdía, su orgullo se hacía a un lado, permitiéndole ver con sus propios ojos lo que su corazón supo desde la primera vez que la vio: Victoria era su vida. Victoria era su amor.

Y así, luego de un siglo, el hombre dejó caer por segunda vez sus densas lágrimas. Se acercó a sus labios y, suave, la besó sin pensar en nada más que ellos dos. Victoria, agitada, se despertó y, al ver a Lisandro conmovido, no pudo evitar posar su débil mano sobre el mentón del hombre para secar aquellas lágrimas a las que jamás creyó que vería.

—Victoria... —susurró perdido en el perfume lleno de vida de la joven.

—Lisandro... —murmuró dulce, acercándolo a sus deliciosos labios.

El hombre aprisionó su delicado rostro entre sus manos y, dulcemente, saboreó los tiernos labios de Victoria. Despacio, ingresó su húmeda lengua para regalarle la más deliciosa de las caricias, mientras que una de sus manos abandonó el delicado rostro para acariciar su frágil cuello. Victoria, hundida en

el placer de su delicadeza, apoyó sus manos en el candente pecho de Lisandro para luego reposar una de ellas sobre la nuca. Él, al sentir los suaves dedos de la joven, se estremeció llevando su boca por un deleitoso recorrido por su fino cuello. Victoria suspiró por aquella caricia; quería más. El hombre, que trataba de contener su fuego, escuchó aquel suspiro e, irremediamente, dejó a un lado el control. Rápido, desprendió las prendas de Victoria, dejando libres a sus hermosos y blancos pechos. Acercó sus labios y, con la humedad de su lengua, los besó una y otra vez hasta hundir a la joven en un exquisito placer. De pronto, un dulce e inocente gemido le advirtió a Lisandro que aquella muchachita deseaba más. El hombre trató de contenerse un poco y cerró los ojos para no explotar de la locura, pues, el simple hecho de ver a Victoria excitada, lo llevaba a querer arrebatarse aquello que aún no sabía si merecía. Así, sin dejar de besar sus senos, posó sus manos sobre las estilizadas piernas y, dando una suave y lenta caricia, dejó una de ellas sobre el lugar de máximo placer femenino.

Victoria se agitó al sentir su robusta mano, pero en cuanto el hombre pensó en retirarla, lo detuvo para que continuara. Y, sin más, los gruesos dedos de Lisandro jugaron primero con aquellos virginales vellos para luego comenzar con la más placentera caricia que llevó a que Victoria gimiera más. La jovencita no entendía lo que estaba viviendo; sólo sentía cómo su cuerpo ardía en las manos de Lisandro. El hombre la deseaba cada vez más y, cuando Victoria pronunció su nombre, se dio cuenta por la humedad en sus dedos que era el momento de profanar el santuario de su pureza. Sin embargo, él la amaba y lo sabía. Por más fuerte que fuese su deseo, no podía permitirse tomar la virtud de Victoria sin antes confesarle lo que en realidad él era. Así, siguió con la exquisita caricia y, pegado al ardiente cuerpo de Victoria, observó con pasión cómo aquella hermosa mujer conocía el extremo placer por primera vez.

Lisandro no podía creer que aquella muchacha estaba allí, con él y recostada sobre su pecho. Sus mejillas sonrosadas le hicieron sentir una profunda ternura y su tímida mirada le recordó la ingenuidad y pureza que Victoria escondía. De pronto, los labios de la muchacha se movieron.

—Lisandro, yo... no sé qué decir... Lo que pasó antes y... ahora...

Perdóname —dijo avergonzada y aún abrumada.

—¿Acaso te arrepientes? —preguntó con un profundo aire de tristeza. No pudo evitar que la angustia lo atacara, pues no se imaginaba sin ella.

—¡No! ¡Jamás! Te pido perdón por las acusaciones que hice sobre ti.

Esto es lo más hermoso que he sentido en mi vida. Y lo único que sé es que quiero estar contigo y nadie más —expresó, abrazándolo con intensidad.

Aquellas palabras le habían devuelto la tranquilidad, pues supo que Victoria sentía lo mismo que él. La abrazó más fuerte y, con extrema dulzura, la besó. Sin embargo, su pecho se oprimió al recordar que había algo que la joven aún no sabía. Sintió que Victoria amaba a otro Lisandro o a alguien que aún no conocía bien. Tal vez aceptaba la idea de que un animal feroz como el jaguar hubiera acabado con los hombres viles que intentaron matarlo, pero dudaba seriamente que Victoria aceptara lo mismo en él. Así, y recordando la primera

vez que lo condenó, supo que era imposible que aquella muchacha amara a un asesino como él.

Capítulo 9

Recién comenzaba la mañana y, afortunadamente, la luz de la ventana despertó a Lisandro del hermoso sueño que había compartido con Victoria. Aún estaba a tiempo de salir del cuarto de la joven sin que nadie lo viera, pero, cuando quiso hacerlo, la muchacha despertó.

—Lisandro, no te vayas, quédate conmigo —expresó sonriente y con los ojos aún perdidos en el sueño.

Aquel pedido era doblemente peligroso. Primero, porque sabía que, en cualquier momento, el resto despertaría y sería terrible para la jovencita que la encontraran en una situación como tal. Y segundo, también sabía que si se quedaba allí, no podría soportar una segunda vez sin apoderarse definitivamente de ella.

—No puedo, entiende. En cualquier momento los demás despertarán. Y, entre ellos, está Francisco. Lo sabes. No es justo que te vea así.

Victoria sintió que Lisandro trataba de imponer una extraña distancia que no entendía.

—Pero ya te he dicho que sólo quiero estar contigo, Lisandro. ¿Acaso eres tú el que se ha arrepentido? —preguntó con los ojos llorosos, temerosa de lo que el hombre fuera a contestar.

El fornido joven se enfureció de sólo pensar que por un mal entendido podía perderla y, desesperado, la abrazó.

—¡Nunca! Sólo que... —expresó dolido.

—¿Qué? —cuestionó preocupada y con el ceño fruncido.

Por un momento, pensó en contarle todo allí, pero su miedo por perderla lo llevó a mantenerse en un relativo y molesto suspenso.

—Hay algo terrible que aún no sabes de mí. Entiende, no puedo decírtelo ahora porque podría herirte y eso es lo último que quiero hacer. Por eso te pido, querida Victoria, mantengamos esto en secreto hasta el momento correcto en que pueda confesártelo.

Victoria dudó por unos segundos, pero los ojos de aquel hombre le aseguraban que podía confiar en él.

—Bien, pero prométeme que, como sea, me lo dirás.

Jurarle aquello era sinónimo de perderla, pero la amaba y no sólo para él, sino también para ella, ser sinceros era la base del amor.

—Lo prometo. —Y sellándole un pasional beso en la boca, se marchó.

Lisandro había sido cauteloso. Sin embargo, una silenciosa puerta se abrió segundos antes de que él saliera. Alguien astuto lo había visto huir de la alcoba de Victoria. Adela lo había descubierto.

* * * * *

El desayuno había terminado, pero Lisandro no se había presentado para evitar sospechas. Sabía que si bajaba, todo el mundo se daría cuenta de lo que sentía por Victoria y viceversa. Francisco aún tenía asuntos pendientes que resolver, pero debía volver a la aldea, pues los niños lo esperaban y, por el estado en que estaban, no sabía por cuánto tiempo más vivirían. Entretanto, Adela simplemente aguardaba el momento para iniciar su nueva estrategia.

—Pues bien, quiero que antes de partir me digas cómo te has lastimado así. Sabes que me preocupas —expresó Victoria cálida mientras le tomaba las manos.

El joven lo único que deseaba era un beso de ella, no quería llenarla de tontas preocupaciones cuando podía verla sonreír.

—Eso te lo contará Jára, pues dudo que quiera volver conmigo. —Y, acercándose, la tomó de la cintura—. Ahora lo único que deseo es un beso tuyo, mi Victoria.

—Francisco, por favor, suéltame. Mi madre puede estar cerca. Sabes cómo es ella... —respondió esquiva y nerviosa. Luego de lo que había vivido con Lisandro ya no podía ocultar más el verdadero sentimiento que tenía hacia él.

—Vamos, ella no está aquí. Sabes que no me jugaría a rogártelo si estuviera cerca.

Y decidido, se lanzó a robarle un beso como siempre solía hacer. Sin

embargo, esta vez, Victoria corrió el rostro, despreciando los labios de su joven prometido. Francisco, alarmado, la soltó suavemente y buscó su mirada para tratar de encontrar una explicación, pero Victoria no lo miró. El joven comenzó a sentir un enorme vacío en su interior en el que, poco a poco, el peor de sus miedos se convertía en realidad. Soltó sus manos y, sin dar más vueltas, subió a la carreta para marcharse y no cuestionar más sobre aquello que aún no deseaba saber.

Luego de ver eso a escondidas, Adela supo que ese era su momento y, preparada, se sentó en la sala con la mirada triste y perdida.

Victoria entró y, al ver a su sensual amiga en tal estado, no dudó en acercarse rápidamente.

—Adela, ¿estás bien? —preguntó con inquietud mientras se sentaba a su lado.

La joven se abalanzó sobre el regazo de Victoria y, descontroladamente, comenzó a llorar.

—¡Por Dios, Adela! ¡Dime qué te sucede! ¡No puedes estar así! —

exclamó mientras la levantaba tomándola de los hombros.

—Es que me ha sucedido la peor de las pesadillas, querida amiga —se secó las lágrimas y, simulando recomponerse, continuó—: Pero prométeme que no se lo contarás a nadie... Ni mi madre lo sabe.

—Adela, por todos los santos, puedes confiar en mí. ¡Habla mujer! —

expresó Victoria ansiosa.

La joven rubia miró hacia ambos lados y se acomodó; estaba lista para la actuación.

—Pues, verás. Desde hace un tiempo, Lisandro y yo... nos vemos. Puedo jurarte, amiga mía, que lo que he sentido no es más que puro y verdadero amor.

Me lo ha prometido todo y yo también a él. Siempre ha sido un hombre caballero, al punto de sólo pedirme que no contara nada hasta que él se estableciera definitivamente aquí. Sin embargo...

Victoria soltó instantáneamente a Adela y llevó sus manos al rostro para presionarse los ojos y así evitar un profuso llanto de desilusión. Se contuvo y, con la mirada fría, hizo un gesto a su amiga para que continuara.

—Sin embargo, hoy temprano vino a verme para decirme lo más terrible

que una joven enamorada puede escuchar. —Simuló llorar—. Me dijo que otra mujer se había cruzado en su vida y que, por ese motivo, ya no me podrá ver más. No sé qué hacer, querida Victoria, porque yo aún lo amo, pero no es más que un sinvergüenza que lo único que ha hecho es dejarme en plena desgracia.

Victoria no lo podía creer. Se sentía no sólo culpable del infortunio de su amiga, sino también defraudada y engañada por aquel hombre que tan bien la había seducido. Ahora comprendía aquella actitud esquiva de Lisandro antes de huir de su habitación. Se odió a sí misma por su extrema ingenuidad y juró que jamás volvería a confiar en un hombre en toda su vida. Así, no lo soportó más; la escucharía, aunque, en esta ocasión, por última vez.

Esperó a que Adela se tranquilizara y, en cuanto quedó sola en la sala, corrió hacia las escaleras. No le importó cruzar a Mimbi en el pasillo y tampoco le importaba si su madre aparecía. Sólo quería ver su rostro para decirle lo arrepentida que estaba de haberlo conocido.

Abrió la puerta y allí lo vio. No pudo contener sus lágrimas. El amor que descubrió sentir por él era demasiado fuerte como para no sufrir aquello, pero

no se dejaría vencer. Después de todo, estaba enamorada de un hombre que no era.

Aquel Lisandro, que parecía haberle mostrado el verdadero amor, no era más que una pantomima para tenerla cuando él quisiera y hacerle lo que todo hombre desea.

Lisandro, preocupado, se acercó a Victoria, pero al intentar abrazarla recibió la más inesperada bofetada. Sintió que un frío corría por su cuerpo. La joven no paraba de llorar desahoradamente y, así, concluyó que Victoria se había enterado de lo peor. Ya no había remedio. Si era su último momento, no lo desperdiciaría por nada en el mundo. Se acercó y, como pudo, la besó con ferviente pasión. Al principio, Victoria luchó para retirarlo, pero luego se dejó vencer por su empalagoso sabor. El hombre la tomó de los muslos y la elevó en el aire para, finalmente, apoyarla en su escritorio. No haría nada distinto a lo de la primera vez, sin embargo, y antes de que él comenzara, Victoria volvió en sí.

Sus ojos aún permanecían llorosos y sus labios temblaban de la desilusión.

—¿Por qué me has mentido? —preguntó agitada y abrumada del dolor que le causaba decir aquello.

—No, Victoria. Antes de irme esta mañana aclaré que tenía algo por contarte. No sabía cómo expresarlo y, por eso, te pedí que esperaras a que encontrara el momento justo para hacerlo. Pero jamás te mentí, jamás —expresó con desesperación.

La tomó de las manos y, sin poder evitarlo, la volvió besar. No soportaba la idea de no volver a ver aquella inocente mirada. Victoria no pudo rehusarse, pero en el impulso volvió a hacerlo a un lado para, rápidamente, acercarse a la puerta.

—No quiero verte, nunca más, Lisandro... Nunca más —dijo entristecida y, con los ojos bañados en lágrimas de dolor, cruzó la puerta corriendo para no volver jamás.

* * * * *

Ana vio como su hija entraba desesperada a su cuarto y, sin dudarlo, se dirigió al mismo lugar.

Su desesperada hija estaba de pie, en medio de la habitación, llorando profusamente y tomándose el cabello con ambas manos. Jamás la había visto así, pero por la forma de sufrir sabía que se debía a un problema de corazón. No sería fácil, pues nunca en su vida habían compartido secretos tan especiales y oscuros como aquéllos.

—Victoria, hija, ¿qué te sucede? ¿Te ha hecho algo Francisco? Porque, si es por eso, bien sabes que no puede obligarte a hacer nada hasta después del matrimonio. Además, si es por...

—¡Cállate, madre! —vociferó encolerizada—. ¿No sabes hablar de otra cosa que no sean de modales, de lo que es correcto y lo que no? —y, sin dar espacio a que la pasmada Ana respondiera, continuó—: Pues si no sabes, mantente lo más lejos que puedas de mí. ¡Vete y déjame en paz! —gritó, dándole la espalda.

Ana se sentía dolida por lo que acababa de escuchar, pero, bajo ninguna circunstancia, haría notarlo. Se acercó seria a su hija y contestó.

—Claro que puedo, pero si me preocupo por tus modales, es para que entiendas que sólo con ellos evitarás perderte y sufrir en otros caminos que recorras, Victoria. Y tú, como niña caprichosa que eres, te limitas torpemente a rechazarlos, creyendo que así tendrás una mejor vida. —La tomó del brazo determinante y la dio vuelta para que la mirara directo a los ojos—. Y aquí tienes el resultado de tu rebeldía, ignorancia e indecoro.

Victoria no podía entender la actitud de su madre. Tal vez, podía tener algo de razón, pero aún no comprendía cómo podía mantener aquel muro frío de costumbres después de ver a su propia hija quebrándose del dolor. Enfurecida y presionando los dientes, la miró de la peor manera y pronunció palabras que Ana jamás olvidaría.

—Pues prefiero mil veces llorar, desgarrarme del dolor y sufrir para el resto de la eternidad por hacer lo que mi corazón dicta, antes que volverme una anciana amargada, fría y solitaria como tú, madre —y acercándose al rostro de

Ana, prosiguió—. Aún no entiendo cómo eres capaz de vivir feliz sin mi padre.

Pero empiezo a comprender, cuando razono, que hasta el ser más desalmado del mundo dejaría caer una lágrima antes que tú. Jamás lamentarías nada por mí, jamás festejarías lo que pudiera hacerme feliz porque lo único en que piensas es en tu enorme muro de modales que te indica cómo hacer llegar a tus manos lo único que esperas de la vida: el dinero y la imagen de gran señora que muestras ante los demás. Sin embargo, lo entiendo, pues tu corazón es tan diminuto y frío que no puede dar y esperar más que eso. Eres tan pobre, madre, que la única felicidad que puede existir en tu horrorosa vida es, simplemente, la material. No obstante, no puedo negar que más de una vez de pequeña, incluso hasta el día de hoy, he mantenido la esperanza de que algún día cambiaras y me demostraras si sientes por mí el verdadero amor que una madre debería profesar por un hijo. —

Se acercó a la puerta y la abrió—. Pero viendo las circunstancias, vuelvo a comprender lo ingenua que soy en esta materia y lo único que deseo es que retires de mi vista tu inútil e indeseable presencia que no hace más que recordarme lo tanto que extraño a mi padre, a quien ni en siglos podrías llegar a parecerle.

Ana, aturdida, conmovida y dolida por lo que su propia hija le había dicho, se acercó a la puerta y, con los ojos repletos en lágrimas, le propinó la bofetada que, hasta ese entonces, jamás en su vida se había animado a darle.

Victoria se tomó el rostro sorprendida por la actitud de su madre y, con los ojos a punto de volver a desbordarse, vio cómo Ana se dirigía nuevamente a ella.

—Eres una egoísta y malcriada jovencita, Victoria —frunció los labios y, conteniendo el llanto, añadió—: Si al menos fueras menos orgullosa, te quitarías la venda de los ojos y entenderías por qué siempre fui así.

Y, sin más palabras, se retiró.

* * * * *

Mientras Lisandro se sostenía como podía con las manos apoyadas en la pared, Mimbi lo observaba asombrada. Había sido imprudente al presenciar a escondidas la discusión entre él y Victoria, pero no se arrepentía de ello. Sin lugar a dudas, las esperanzas de que todo cambiara, ahora sí eran posibles. Así, no supo si primero avisarle a Karai o si acercarse al señor Del Pozo para hablar.

Sin embargo, ante la posibilidad de que las esperanzas pudieran evaporarse, prefirió, indudablemente, inclinarse por la segunda opción.

Despacio, entró y, al estar más cerca, pudo ver el angustiado rostro de aquel hombre vencido. Sus ojos, llenos de dolor, eran claros: él amaba a Victoria.

Mimbi, con el corazón inundado de ansiedad, se acercó a Lisandro y, sin dar vueltas, fue lo más directa que alguien pudo haber sido. Ya nada le importaba; simplemente creía imposible que, después de tantos años, aquello que todos habían dado por descartado estuviera sucediendo.

—Señor Lisandro, vaya. No espere más. Debe ir a buscarla. Lo que sea, ella comprenderá —comentó esperanzada.

Lisandro desvió su angustiada mirada hacia aquella sabia mujer que, repentinamente, le decía el consejo que, al mismo tiempo, quería y no escuchar.

Tragó saliva. Y moviendo los ojos de un lado hacia el otro por los nervios, no pudo evitar cuestionar.

—No lo sé, Mimbi, me temo que jamás podrá aceptarme. Ella ya sabe lo peor y no me lo ha perdonado. Se ha enamorado de un hombre que no soy —

aseveró con la voz fría y bañada de dolor.

Mimbi frunció el ceño. Lo que el señor Del Pozo había dicho no tenía sentido con las palabras que Victoria había expresado cuando ella le develó la leyenda. Aún podía recordarlas a la perfección.

—Realmente lo dudo, señor. Quizá haya sido la sorpresa, pero estoy segura

que ella comprenderá. Recuerdo sus palabras y la pena que le generó cuando le hice conocer su historia. Aunque...

Lisandro abrió los ojos con fuerte tensión y, desesperado, se acercó a la dubitativa mujer.

—¿Qué, Mimbi? ¡Por todos los cielos! ¡Dime lo que puede estar sintiendo o pensando Victoria! —exclamó desbordado de tristeza.

La morena había recordado que en el relato no dejó de mencionarle las cautelosas palabras de Arami. No lo había hecho por mal, sino porque podía ser algo cierto y, también, para que la jovencita se retractara de saber más sobre aquel jaguar.

—Pues tanto Arami como yo concluimos que era sumamente peligroso que Victoria se empecinara con el jaguar. Por ello, le explicamos que si aquel bestial felino la había salvado, no fue por amor o bondad, sino porque quería convertir su caza en un difícil último desafío, señor. Pero le aseguro que la joven Victoria tiró por tierra nuestra teoría alegando que, pasara lo que pasara, sólo creería en lo que vieron sus ojos. Repitió, una y otra vez, que podía jurar por su propia vida, que lo único que deseaba aquel felino — corrigió—, o mejor dicho, usted, era recibir comprensión. Por eso le vuelvo a decir, señor Lisandro, la joven lo perdonará, sólo está asustada.

—Oh, Dios santo... —expresó en una mezcla de alivio con angustia—.

Gracias, Mimbi, gracias.

Ya no se haría esperar. Las esperanzas habían regresado. Sólo debía convencer a Victoria de que aún podía creer en él.

* * * * *

La joven estaba destrozada y se sentía completamente abandonada en un mundo que ya no soportaba. Salió a la entrada de la inmensa casa y, sin importarle la presencia de Karai, se echó a correr desesperada hasta caer sobre la tierra. El muchacho, preocupado, quiso salir en su búsqueda para ayudarla, pero Lisandro lo detuvo y Mimbi, sonriente, lo llevó consigo para

contarle la nueva noticia. El corazón de Lisandro latía sin cesar; corrió agobiado y ansioso de estar a su lado para explicarle todo. Haría que confiara en él y, así, ya nada más podría separarlos.

Se acercó a Victoria y delicadamente la tomó para levantarla, pero, furiosa y salvaje, lo empujó, exigiéndole que la dejara en paz. Lisandro, tosco en el uso de las palabras a la hora de expresar el amor, no lo pudo evitar y, con los ojos llorosos, le demostró lo que sentía en el único lenguaje que sabía usar. La

tomó, la acercó a su cuerpo y, con una intensa y dulce mirada, logró que Victoria se calmara. Así, recorrió con sus ojos cada una de los rincones de su frágil rostro y, sin más, la besó.

Victoria no podía con ello. Ni su testarudez ni la rebeldía de su carácter podía evitar el efecto de sus caricias, de su calor y, por sobre todo, de su sincera y profunda mirada. Sin embargo, necesitaba escuchar de su propia boca lo que Adela le había dicho y, dispuesta a cuestionar, Lisandro la sorprendió siendo el primero en hablar.

—Victoria, te pido, por favor, me entiendas. Debes confiar en mí. Juro que nunca te haré daño por el simple hecho de que mi corazón ahora te pertenece. Sé que piensas que soy una bestia y, en parte, no puedo negar que estás en lo cierto, sin embargo, puedo asegurarte que el amor que siento por ti jamás permitirá que vuelva a lastimar. Por eso, amor mío, te ruego me perdones y vuelvas a confiar en mí —suplicó emocionado y con las manos sobre el rostro de Victoria.

—¿Crees que es sólo por mí que temo? Pues no es así. No puedes ser tan egoísta sin pensar en cuánto daño has hecho por fuera de lo que a nosotros dos incumbe, Lisandro. El dolor que has generado es imperdonable —aseveró indignada.

—Lo sé, y si hubiera reparo alguno, te aseguro, querida, que ya lo hubiera solucionado.

—Sí, hay uno. Cástate con ella.

Lisandro frunció el ceño, posó las manos sobre los hombros de Victoria y,

extrañado, la miró directo a los ojos.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando, Victoria? —inquirió preocupado.

—De Adela. Sé que te ama y no es justo que la hayas hecho sufrir así. Si eres el hombre que dices ser, que defiende el respeto y el amor, entonces sé valiente y enfrenta tu realidad, Lisandro. Cásate y hónrala —expresó determinante, aunque con los ojos bañados en lágrimas de sólo pensar que no volvería a verlo jamás.

La furia y la desesperación se apoderaron del corazón de Lisandro, haciéndolo latir como pocas veces.

—¡Qué locuras dices, mujer! ¡Yo sólo te amo a ti y a nadie más! ¡Sólo a ti, Victoria! —gritó desahogado mientras la aprisionaba contra su pecho.

—Pero no puedes ser tan cruel. Ella te ha dado todo, te ha esperado y se ha entregado como mujer. No puedes dejarla como si nada hubiera ocurrido, Lisandro. Y además, ¿cómo sé que no harás lo mismo conmigo? —expresó acongojada, tomándose el pecho del dolor.

Lisandro enardeció al escuchar aquellas palabras. Sabía que Adela podía ser capaz de muchas cosas, pero jamás de haber sido tan vil. Con aquel invento no había hecho más que poner en riesgo lo que más deseaba y amaba en el mundo.

—¡Victoria! ¡Jamás estuve con esa envidiosa mujer! Nunca, y por nada en el mundo, tocaría a esa muchacha. Jamás lo he hecho y tampoco lo haré. Lo único que puedo decir de ella es que hoy descubro su verdadera y vil naturaleza.

Por favor, créeme. No sé cuántas barbaridades más te habré dicho, pero te ruego confíes en mí —dijo sincero y desesperado porque le creyera.

Victoria estaba perpleja por lo que acababa de oír y la incertidumbre no hacía más que devorar su mente. No obstante, algo en su interior insistía en que su bondad e inocencia le habían hecho creer en la persona equivocada. Así, recordó todo lo que Mimbi le había advertido sobre Adela y, tranquila, se dejó refugiar en los brazos de su amado.

Sin embargo, alguien similar a la persona que trató de arruinar su felicidad estaba allí. Mercedes, la más falsa y cruel de todas las mujeres, había sido testigo de aquel reencuentro de amor y no permitiría que su hija perdiera la única oportunidad de salvarse. Así, gracias a ella, Adela se enteraría.

* * * * *

Había regresado para hacer la tarea que más amaba en el mundo, sin embargo, ya no se sentía tan entusiasmado como antes. No era por los niños, puesto que lo único que podía hacer por ellos era mantenerlos con vida el mayor tiempo posible, ni tampoco era por el cansancio que aquello implicaba. Su problema era más grave y complejo; carecía de una solución como las que estaba acostumbrado a encontrar en su profesión. Todo se reducía a un único nombre: Victoria.

Se mortificó pensando en qué hacer para acercarla y explicarle que aquello, el amor, era cuestión de tiempo y que él le enseñaría. Creía que no había

imposibles y que, por ende, Victoria comprendería. No obstante, un profundo dolor en su pecho le indicó que todos sus planes y esperanzas no tenían sentido, pues la realidad había sido clara: Victoria, su novia, no lo amaba.

Así, de la furia que sentía su corazón, revoleó todo lo que tenía a su alcance. ¡Al demonio con todo! A fin de cuentas, ¿qué era su vida sin Victoria?

¿Qué sentido tenía todo aquello si no estaba ella a su lado? Ya nada le importaba, y todo, absolutamente todo, lo tiró. Pero, como si el destino la hubiera puesto allí, la fotografía de París cayó sobre sus pies. La tomó y la contempló. Sus verdes ojos se llenaron de densas lágrimas y, sin poder contenerlo, dejó caer cada una de ellas sobre la imagen que tanto amaba. Y la frase de su reverso, que con sus propias manos había escrito, terminó de sellar su dolor.

Así, su corazón herido de muerte apagó para siempre el fuego que mantenía viva a Victoria en su interior y, sin rodeos, comenzó a empacar para no volver jamás.

* * * * *

Mimbi, Karai y Jára salieron enseguida para viajar a la aldea, pues Arandu también debía enterarse de la repentina noticia que a todos, y cada uno del pueblo, alegraría. Lisandro sabía de aquello, aunque todavía no les había confesado que el malentendido que Victoria y él habían tenido era a base de un invento de Adela y no en relación a su gran secreto. No obstante, gracias a las palabras de Mimbi, confiaba en que Victoria volviera a creer en él. Y para eso esperaba a develárselo aquella misma noche en la aldea.

Adela, por su parte y gracias a su inhumana madre, sabía lo que había ocurrido. Y, aunque era consciente de que Lisandro jamás estaría con ella, y menos aún después de lo que había hecho, estaba dispuesta a dar su último movimiento para vengarse de todos los constantes rechazos de aquel hombre. Y, por supuesto, evitaría que Victoria obtuviera lo que en realidad sentía que ella merecía tener.

—Madre, ¡apúrate! Tu imagen aún está limpia y eres la única de las dos que puede hacerlo. Ve y convéncela de hablar. Ya sabes qué hacer. Exprésale lo espantada que estás por mi conducta. No te será un trabajo muy difícil, pues es bastante tonta... Seguro te creerá. Luego haz que suba. Del resto me encargo yo

—dijo mientras aflojaba sus prendas.

—Bien, lo haré. Y espero que funcione y que con eso logres atrapar a Lisandro porque, de lo contrario, quedaremos hundidas en el fango de la pobreza. Y te aseguro querida que, de ser así, te arrepentirás de por vida —

finalizó, dirigiéndose a las escaleras.

Adela sabía de lo que era capaz su madre, pero poco le importaba; llegado el momento, ella también sabría qué hacer.

Mercedes se preparó y, rápido, bajó. Allí estaban, los dos enamorados perdidos en sus miradas hasta que su presencia los retornó al mundo terrenal.

Serios, la miraron y esperaron a que hablara.

Mercedes tenía el rostro bañado en arrepentimiento y, conmovida, tomó las

manos de los dos jóvenes. Lisandro, la retiró en seguida, aunque Victoria sintió compasión. La astuta mujer notó la desconfianza del hombre y, por eso, se dirigió simplemente a la ingenua jovencita.

—Querida Victoria, quiero que sepas que acabo de enterarme de la locura que ha hecho mi hija. No tiene perdón de Dios. Por favor, necesito hablar contigo y que me cuentes todo este escándalo. Te lo ruego —suplicó con la mirada al punto de ablandar a la crédula de Victoria.

—No creo que sea una buena idea, mi señora. Ya bastante daño han hecho a esta pobre jovencita y, por ende, a mí también. Así, le ruego nos disculpe y se retire de esta casa lo más rápido posible —resolvió a secas y con la mirada de fuego.

Victoria vio el rostro de Mercedes lleno de pena y no pudo con su bondad.

—Espera, Lisandro. —El hombre frunció el ceño—. Estoy segura que esta pobre mujer no sabe nada de lo que ha hecho Adela. Déjame explicarle antes de que se vaya. Por favor —pidió con dulzura, a lo que Lisandro no se pudo negar.

—Bien. Que así sea, pero luego deberá retirarse inmediatamente —y, subiendo las escaleras, agregó—: Estaré en mi cuarto, querida, preparándome para esta noche. No te tardes.

Lisandro subió y, a punto de entrar a su alcoba, vio que los ojos de Ana lo miraban fulminantes desde la habitación opuesta. Y no era para menos, pues la ventana de aquel cuarto le había permitido observar cómo, instantes atrás, había corrido tras su hija hasta apoderarse de ella en la entrada de la casa. El silencio duró unos segundos hasta que la enfurecida madre entornó la puerta para no verlo más. Él, finalmente, entró a su habitación.

Entretanto, Adela aún seguía en su alcoba a la espera para dar comienzo a la peor de sus acciones, propia de la envidia. Ya estaba preparada para iniciar la parte más maléfica de su plan: con el cuerpo semidesnudo aguardaba a que la inocente Victoria entrara a su cuarto, momento en el que, sin dudarlo, correría rápidamente a la habitación de Lisandro.

Mientras tanto, escaleras abajo, Mercedes seguía escuchando a Victoria quien, con delicadeza, le contaba lo que Adela había inventado.

—¡Oh! ¡Dios me libre! ¡Jamás imaginé que mi hija fuera capaz de ello!

No puedo creerlo, Victoria. No sé qué habrá pasado por su mente para actuar así

—la miró directo y, sugestiva, preguntó—. ¿Estás segura, querida, que mi hija ha mentido?

Victoria frunció el ceño, pero automáticamente recordó los ojos de Lisandro y lo confirmó.

—Sí, Mercedes. Lamentablemente, sí. Ahora, si me disculpa, debo irme.

—Y dándole la mano, se despidió.

—Claro, ponte bella. Seguro que será un día sin igual...

Mercedes sabía que era cuestión de minutos. Y, sin duda, aquella mujer estaba en lo cierto, pues no pasó mucho tiempo hasta que Victoria gritó.

Capítulo 10

Victoria no podía creerlo. Aquella mujer no había mentido, pues allí estaba, desnuda con Lisandro. Sentía que el corazón se le destrozaba en mil pedazos y que ya no habría manera de repararlo. Maldijo en sus adentros su inocencia y recordó las sabias palabras de su madre, quien siempre había insistido en esconder todo lo que tuviera que ver con el corazón. Quizá, ella estaba en lo cierto y había necesitado sufrir aquello para darse cuenta de que así era. Como sea, ya no había solución y su alma lo único que deseaba era escapar de toda esa locura.

—¡Victoria! ¡No es lo que piensas! ¡Por favor! ¡Déjame explicarte! —

exclamaba Lisandro desesperado y a la vez enfurecido por la repentina intromisión de Adela.

Aquella vil mujer había logrado su cometido. Envuelta en una sábana, se había lanzado sobre su cama sin darle tiempo a reacción y, en cuanto Lisandro intentó tomarla del brazo para echarla de su cuarto, comenzó a gritar desaforadamente haciendo que Victoria se acercara, desesperada y nerviosa, para descubrir lo que había causado semejante alarido.

—¡Cállate! ¡Nunca debí confiar en ti! ¡No eres más que un cínico sinvergüenza! —exclamó mientras lloraba.

—¡Victoria! ¡No te enfades! ¡No es su culpa! Me dijo que sería nuestra última vez, pero fui yo la que no pudo contener su amor y, sin más, me entregué.

Perdóname, no sabía que eras tú esa otra mujer. Sin dudas, tú lo mereces más que nadie. Seguro que contigo todo será diferente... —expresó con la voz apenada para que Victoria creyera cada una de sus palabras.

Lisandro, encolerizado, golpeó la pared con su puño sin saber qué más decir.

—No digas más nada, Adela. Lo que has hecho es lo que hubiera decidido hacer cualquier muchacha enamorada. Puedes quedártelo, aunque como mujer debería advertirte que, junto a este hombre, no harás más que sufrir. —Y, con los ojos vidriosos, se dio la vuelta para definitivamente irse.

—¡Victoria! ¡No! —gritó Lisandro mientras observaba cómo la luz de su camino se extinguía para siempre. Ya no le quedaban más fuerzas ni palabras.

Sentía que todo terminaba; la oscuridad volvía.

Sin embargo, alguien más se había acercado. Era Ana, quien seria y firme se disponía a no dejar salir a Victoria.

—Déjame, madre. Ahí tienes, ganaste. Tenías razón. Ahora déjame salir, por Dios —expresó Victoria angustiada y con todo el rostro empapado de lágrimas.

Ana se mantenía firme y con el semblante más serio que nunca. Lisandro, extrañamente esperanzado, la miraba fijo y sorprendido, quizá porque él fue el único que se había dado cuenta de las verdaderas intenciones de Ana. La

mujer se acercó a su hija y, tranquila, habló.

—Siempre supe que eras muy ingenua y que jamás cambiarías, pues, sin dudas, lo testaruda no lo heredas de tu padre. No obstante, si siempre fui lo que soy, no es porque no te quiera, Victoria. Como has dicho, una madre es capaz de cualquier cosa por sus hijos y si más de una vez reprimí mi corazón, simplemente fue para enseñarte que, a veces, debes protegerlo. No todos son tan buenos como tú piensas, querida.

—Bien, ya lo he aprendido. Ahora, te suplico, madre, me dejes ir de este infernal lugar —rogó Victoria con la voz vencida.

—No has aprendido bien, hija. No me moveré de aquí porque no dejaré que pierdas tu vida en otro lugar donde no serás feliz.

Victoria frunció el ceño e intentó hacerla a un lado, pero Ana la contuvo.

Adela tragó saliva y Lisandro sólo permaneció callado.

—Esa mujer que ves ahí, no es una mujer. Es simplemente una víbora disfrazada que no ha hecho más que engañarte para evitar que vivas la felicidad que ella nunca tendrá. Sin embargo, esto no lo digo solamente por la extensa experiencia que tengo en detectar su tipo de naturaleza, ni tampoco por una mera creencia en el amor, querida. Yo, con mis propios ojos, vi como esta descarada muchacha se metió aquí sin el consentimiento de este señor que dice amarte y que, muy bien, trató de echar a esta sanguijuela desde el primer momento que puso su pie en la habitación. —Corrió el brazo de la puerta. Luego, segura, dijo sus últimas palabras—. Ahora sí. Puedes hacer de tu vida lo que tú quieras. La elección es tuya, hija.

Ana saludó cortésmente y, satisfecha, se retiró. Nadie vio la lágrima que rodó por su mejilla, sin embargo, eso no importaba porque ya había dicho y

hecho todo lo que tenía a su alcance por la felicidad de su hija.

Adela salió corriendo de la furia hacia su alcoba con el único deseo de nunca más volver a ver toda esa gente que tanto odiaba, incluida su propia madre. Acomodó sus ropas, tomó algunas de sus pertenencias y, sin pensar en dar

aviso a Mercedes, se disponía a huir para comenzar una nueva vida. Sin embargo, para cuando quiso bajar a la sala, vio que dos hombres aguardaban serios mientras Don Alejandro sostenía firme a su madre. Sin dudas, el destino había sido más cruel de lo que hubiera esperado. El asunto era simple: Araoz se había adelantado a todos los planes que pudo haber tenido con Mercedes y, viendo que no sacaría ningún provecho más, delató a Mercedes de asesinato y a ella de complicidad.

Lisandro y Victoria habían quedado solos en la habitación. Pudieron haber hablado todo de nuevo, pero sabían que hacerlo no tenía sentido. Así, simplemente, se acercaron, se miraron y con un beso secaron aquellas lágrimas, que minutos atrás, habían surgido como producto del dolor.

* * * * *

Toda la aldea los esperaba. La alegría era inmensa y se veía reflejada en la increíble fiesta que el mismo Arandu había mandado a organizar. Jára, que inocente desconocía el motivo del festejo, corrió a los brazos de Victoria y, Mimbi y Karai abrazaron a Lisandro con una profunda felicidad.

—¡Yo sabía, señor, yo sabía! —expresó Mimbi sonriente y con lágrimas próximas a caer.

Victoria agradeció todo lo que habían hecho por ellos y, divertida, se unió a todos los aldeanos que no dejaban de festejar.

Lisandro la observaba desde lejos. Aún no sabía cuando le diría aquel temible secreto, pero tampoco quería pensarlo demasiado; simplemente lo haría cuando se diera la oportunidad. Así, continuó contemplando a la hermosa Victoria quien, alegre y sin dejar de disfrutar, se había percatado de que Lisandro la había estado rodeando seductoramente toda la noche, con la mirada intensa y como si la fuera a devorar. De pronto, vio que la figura del hombre había desaparecido, aunque el movimiento de una puerta le indicó que él había entrado

a esa pequeña choza que estaba frente sus ojos. Despacio, se dirigió hasta allí. Su corazón latió como nunca de la emoción porque estaba segura que, esta vez, sí entregaría todo su amor. Entró, pero estaba a oscuras y, al no verlo por

ninguna parte, decidió marcharse. Sin embargo, y sin esperarlo, un enorme brazo la aprisionó, tomándola por la cintura. Sintió en su espalda todo el calor de su pecho y el aroma de su aliento acariciaba, deliciosamente, todo su cuello. Se dio la vuelta y, a punto de besarlo, Lisandro la miró a los ojos para, de una vez por todas, confesarle lo que más temía.

—Victoria, necesito decirte algo... —murmuró abrumado por la hermosa mirada de la joven.

—No digas nada, sólo hazme tuya... —suplicó, besándolo pasionalmente.

Lisandro no se pudo contener más. El dulce sabor de su boca y el simple hecho de que ella se lo pidiera le hicieron olvidar lo más importante. La tomó de sus muslos y la elevó en el aire sin dejar de besar, una y otra vez, su exquisita boca. Sus lenguas se unían desesperadas en una humedad que sólo reclamaba más. Rápido, le quitó las bellas prendas y la recostó sobre la cama para, nuevamente, posar su experimentada boca en los blancos senos de la muchacha.

Los besó y, luego, succionó delicadamente hasta oír aquel suave gemido de placer que le indicó que era momento de aumentar las candentes caricias. Posó su mano en la zona de mayor placer de la joven y con sus suaves movimientos hizo que Victoria gimiera más y más. Esta vez no lo pudo controlar. Sabía que aún quedaba algo por contarle, pero el deseo de amarla pudo más. Se arrancó las ropas como pudo y Victoria, excitada, pudo ver cómo su fornido cuerpo armonizaba con su imponente miembro masculino. Se sorprendió por ello, pero Lisandro la tranquilizó con un delicado beso. Se apoyó sobre el cuerpo de la jovencita y, acariciando su exquisita húmeda entrepierna, escuchó un gemido que casi acaba con él de forma escandalosa. Se contuvo y supo que ése era el momento: entraría y tomaría su máspreciado obsequio. Acarició su rostro y buscó su mirada para que Victoria pudiera relajarse de aquello que podía sentir doloroso. Así, y bajo el más ardiente amor, sus cuerpos quedaron unidos en una única caricia. Victoria sintió una leve punzada, pero los besos de Lisandro la relajaron, convirtiendo aquella nueva intromisión en una delicia. Sintió como su cuerpo se convulsionaba y eso aniquiló al fogoso hombre que, mirándola a los ojos, no se pudo contener y, sin ser lo suficientemente precavido, estalló dentro de ella, producto del amor y extremo placer.

Victoria estaba extasiada de lo que había vivido con Lisandro, el hombre al que, sin duda alguna, amaba más que nada en el mundo. Luego, y sin más, se dejó vencer por el cansancio.

Sin embargo, jamás esperó que las terribles imágenes volvieran. Otra vez, y sin desearlo, estaba atrapada en aquella pesadilla: el pasillo, la puerta iluminada, la oscuridad, la enorme ventana y la noche de luna nueva. De pronto, su corazón, que hasta entonces había estado tranquilo, volvió a latir fuerte cuando sintió el desagradable sonido y el espantoso olor a sangre caliente.

Alguien, cerca suyo, devoraba bestialmente. Se armó de valentía y siguió el horrendo sonido, pero al tropezar hizo que aquel repugnante ruido desapareciera de forma abrupta. Su cuerpo transpiraba, y el temblor de sus manos anunciaba que el miedo la había embestido. No obstante, esta vez no huiría. Necesitaba saber más. Se acercó un poco y, en medio de la oscuridad, el repentino brillo de sus fulminantes ojos pardos la paralizó. Era claro que nada podía ver de quién estaba frente a ella, sin embargo, el fuerte rugido que quebró con el aterrador silencio, le advirtió que, delante de ella y en medio de la negrura, sólo él podía estar: el jaguar. Quiso intentar escapar, pero el temblor de sus piernas la hizo caer nuevamente al piso y sin marcha atrás. No había escapatoria; terminaría bajo sus garras. Empero, una repentina luz la dejó ver un poco más. Las estrellas de la noche se encendieron como nunca y, gracias a ellas, pudo ver el espanto que le había ocultado aquella siniestra oscuridad. Allí, frente a ella, yacía el cuerpo de una joven mujer cuyo pecho estaba destrozado y desangrado por los colmillos de la bestia que la miraba fijo y salvaje. Nada la hubiera sorprendido de ese sueño de no haber descubierto que esa joven era ella y la bestia que la devoraba no un felino, sino su tan amado Lisandro que, desconocido y salvaje, devoraba su aún caliente corazón.

* * * * *

Se despertó agitada y su cuerpo bañado en un sudor distinto al del placer.

Sus manos temblaban del miedo y las lágrimas le brotaban irremediadamente.

Su corazón aún latía rápido y la respiración parecía agotársele. Estaba nerviosa y exhausta. No sabía qué hacer, pero antes de que su mente pensara en cosas que no deseaba, siguió lo que su corazón le dictó: avisaría a Lisandro para que la tranquilizara.

Tocó su hombro y le susurró su nombre, pero el sueño de su amado era demasiado profundo. Sin embargo, en cuanto quiso volver a llamarlo, el cuerpo

del joven quedó de costado, haciendo que su robusta espalda quedara a la vista de la asustada Victoria. Lo que vio la dejó sin respiración. Lisandro tenía una enorme y profunda herida que la hizo taparse la boca para no gritar de espanto.

Aquella imagen era determinante y su razón volvió a aflorar. Así, y de inmediato, la escena que había vivido en la selva volvió a su mente, insistiendo en hacerla ver lo que no deseaba. No había lugar a dudas. Y sus ojos eran, inconfundiblemente, los mismos. La realidad era clara: Lisandro Del Pozo, su amado, era el jaguar.

Rápidamente, la perturbadora conversación entre Arami y Mimbi se hizo presente y no pudo evitar sentir el temor que antes se había negado por ingenuidad y bondad. Luego de aquel sueño, sabía que Lisandro, con el corazón del jaguar, no había estado haciendo otra cosa más que acecharla y rodearla como en la fiesta, para tornar su última caza la más desafiante cruel aventura. No era su amada. La sed que por ella sentía sólo respondía al deseo de asesinar. Ella, simplemente, era su última y más deseada presa.

Se vistió como pudo y salió corriendo lo más rápido posible. Debía escapar, huir de esa aldea, aunque eso implicara enfrentar los otros peligros que la selva escondía. Y así lo hizo. Ya no le temía a la penetrante oscuridad de la naturaleza, pues era la única salida para escapar de la peor de las desilusiones.

No obstante, sus piernas cansadas la hicieron caer a la húmeda tierra tal como las presas débiles lo hacen frente a las garras de sus más temibles depredadores.

Debía levantarse rápido, pero, para cuando quiso hacerlo, la mano de un hombre la ayudó. Era Roberto Araoz.

—¡Por favor! ¡Ayúdeme! ¡Él dentro de poco vendrá! —gritó asustada y con el pecho agitado.

Araoz la contempló por unos segundos mientras la joven intentaba explicar. Su cabello despeinado, su busto insinuante y su rostro con marcada desesperación incitaron al desagradable hombre a hacer lo que deseó desde la primera que la vio.

Victoria dejó de hablar, pues era claro que él no la oía. Los ojos de ese repugnante ser la miraban con un fuego propio del infierno. Caminó unos pasos hacia atrás y, a punto de huir, Araoz la tomó del brazo y, agresivo, la apresó contra su cuerpo. Victoria gritaba desafortunadamente, pero el despreciable sujeto la tiró al suelo y con una mano le tapó la boca para con la otra sostenerla hasta hacerla suya.

La joven no lo soportaba más. De sólo pensar que ese hombre la

ultrajaría, imaginó lo preferible que hubiera sido morir ahogada aquella vez en el río. Sentía que ya era tarde. Ya nada más quedaba. Así, vencida, cerró sus ojos llenos de lágrimas para morir en la peor de las humillaciones. Sin embargo, un extraño gruñido desconcentró al espeluznante hombre dándole, a Victoria, la posibilidad de escapar. De inmediato, abrió sus ojos y, con las últimas esperanzas, lo golpeó haciéndolo a un lado. Araoz, enfurecido, se lanzó para volver a tomarla del brazo, pero, en cuanto amagó hacerlo, la enorme fiera negra saltó sobre su cuerpo. Victoria se hizo a un lado, aunque no huyó. Una vez más, aquel felino la había salvado. Araoz, rápidamente y sin miedo alguno, empujó a la fiera para darse unos segundos hasta llegar a su bolso. Así, tomó su escopeta y, enfrentado al infernal animal, le apuntó dispuesto a cumplir aquello para lo que había sido contratado. El jaguar miró intenso a Victoria una vez más y la joven, arrepentida, pudo ver que esos ojos pardos y fogosos no eran más que los mismos del hombre que, instantes atrás, la había amado.

Araoz cargó su arma e, incitando a la fiera, se dispuso a dar el más terrible de sus disparos. Al mismo tiempo, el instinto del jaguar pedía a gritos probar, de

una vez por todas, la sangre del corazón de aquel brutal hombre que estaba frente a sus narices, dispuesto a aniquilarlo. Sus colmillos, su respiración agitada y su mirada fulminante no eran más que la expresión de cumplir el último asesinato que lo haría lucir, definitivamente, la piel de un negro absoluto para el resto de la eternidad. No obstante, el corazón de Lisandro pudo más. La fiera rugió furiosa y, exigiendo sus robustos músculos al máximo, saltó con todas sus fuerzas hacia el frente, aunque, esta vez, para que aquella bala atravesara el único espacio dorado de su piel, allí en su pecho, en el lado del corazón. Así, si bien la muerte era algo seguro, también lo era el fin de todo su dolor.

Fue cuestión de segundos, o menos, quizá. El eco del disparo resonó en la inmensa selva misionera, anunciando la temible tragedia. Su cuerpo cayó en peso muerto sobre la tierra, dejando a la vista que, la última rosa negra jamás aparecería. Sin embargo, una densa sangre humedecía su piel oscura. Hubiera jurado que era propia de no haber visto que, a pasos de su pesado cuerpo, estaba también desplomada aquella joven a la que tanto amaba. Sin dudas, todo era extremadamente confuso, pues el punzante ardor que sentía en el pecho y la debilidad que experimentaba al mover su bestial cuerpo eran señal de que había sido, de alguna manera, herido. Sin embargo, el frágil e inconsciente cuerpo de Victoria bañado en sangre sobre aquella tierra, por segunda vez maldita, le anunciaron que lo peor le había sucedido a ella. Así, la furia atacó su corazón y

rugió con sus últimas fuerzas al descubrir que, aquella joven que se desangraba frente a sus ojos, lo había salvado de la muerte. Como pudo, se acercó al cuerpo de Victoria, pero su extraño y débil estado lo hizo caer una vez más a centímetros de la muchacha. Era claro, ya nada más podía hacer... nada más que rogar por su vida o lo que quedaba de ella. Así, con la mirada fija y suplicante en la pobre joven, hizo lo que sólo el corazón de quien ama puede. Aquella bestia negra, que no era más que el cuerpo del alma de un buen hombre, rogó a la Luna, con desesperantes y enmudecidos gritos, mantener la vida de Victoria a cambio de la suya. No obstante, el silencio y la oscuridad parecían sólo anunciar otro triste fin para su historia de amor. El tiempo se agotaba y su desesperación aumentaba a medida que veía cómo la vida de su amada se extinguía en el incesante goteo de su inocente sangre. Todo estaba perdido. La Luna jamás escucharía los pedidos de un asesino como él; jamás

creería que, realmente, había comprendido el significado del amor. Así, sus últimas esperanzas lo llevaron a hacer lo único que estaba a su alcance. Se levantó como pudo y, vencido, cubrió con su oscuro cuerpo a la débil Victoria para protegerla, inútilmente, de una muerte que ni su amor podía evitar. Como fuera, y a costa de su propia vida, la cuidaría de aquel infernal hombre hasta que su corazón pudiera, finalmente, descansar en paz.

Sin embargo, una suave y tibia brisa acarició la piel del felino, haciéndole abrir los ojos y descubrir que, aquella historia de amor, aún no había llegado a su fin. Sorprendido, se hizo a un lado y vio cómo una tenue luz de luna envolvió a la oscura selva al iluminar el cuerpo de la blanquísima Victoria. Y

como si eso fuera poco, el desesperanzador silencio, que parecía acallar cada vez más rápido los débiles latidos, se quebró al oírse un repentino, vigoroso y cálido sonido proveniente del corazón de su amada Victoria. Sintió que su pedido había sido escuchado. Sus ruegos, sin duda alguna, habían sido propios del amor. Así, unas densas lágrimas aparecieron en los ojos del jaguar que, por supuesto, no eran las de una bestia, sino las de un hombre que, feliz, se entregaba irremediamente a la inmediata muerte prometida a cambio. Se acomodó debajo del brazo de Victoria y, simplemente, esperó.

Su vista comenzó a nublarse, aunque no le impidió enfocarse en lo que más amaba en su vida, pues, tranquilo, miraba el dulce rostro de la aún inconsciente joven. Y su forzada respiración apenas le daba las últimas gotas de aire para poder hacerlo. Su cuerpo, cada vez más débil, sentía cómo sus sentidos se extinguían, anunciando, de esa forma, el cercano fin de su vida. Así, la oscura noche se adueñó para siempre de sus ojos que, finalmente, se cerraron para nunca más volver a contemplar.

Araoz, furioso de haber desperdiciado la bala, corrió nuevamente a su bolso, tomó su cuchillo, lo desvainó y, dispuesto a matar a ambos, fue testigo del odio en su máxima expresión.

Los sonidos de sus voces eran agudos, salvajes. Sus posturas tan bestiales como sus veloces movimientos. Y sus ojos negros, sus bocas pintadas de sangre y sus cuerpos demacrados hasta los huesos, simplemente, demoníacos. Allí estaban. Los irreconocibles jovencitos de la aldea, consumidos por el odio, aguardaban su próximo movimiento para, sin escrúpulos, atacarlo y

destruirlo. Y, sin más, así ocurrió.

Esa fue la primera y última vez que Araoz sintió miedo, pues, en cuanto el hombre movió un pie para huir, las criaturas diabólicas se abalanzaron sobre su cuerpo, dándole la muerte que merecía.

Epílogo

Victoria despertó confundida. No entendía si lo que había sucedido era real o no. Sin embargo, al descubrirse en una camilla rodeada de toda su gente, concluyó que aquella terrible escena había sido parte de su realidad. Fregó sus ojos y trató de acomodarse.

—¡Victoria! ¡Victoria! —exclamó emocionado el pequeño Jára.

—¡Oh! ¡Gracias, Dios Santo! ¡Gracias! —exclamó Mimbi al ver a Victoria de nuevo consciente.

Así, todos y cada uno de ellos, se acercaron a la jovencita aún aturdida.

No obstante, faltaba la presencia de quien más anhelaba. Lisandro, el hombre que había dado todo por ella, que le había hecho sentir y entender el verdadero amor, no estaba.

—¿Lisandro? —Hizo un silencio—. ¿Dónde está Lisandro? —inquirió dolida y ansiosa.

El silencio fue absoluto y lo único que vio Victoria era cómo se miraban todos entre sí. Al instante, Arandu se acercó y, con una dulce sonrisa, le besó la frente.

Victoria tapó su rostro del dolor, las lágrimas comenzaron a caer sobre sus delicadas mejillas y el llanto le agitó el pecho al punto de creer que moriría de angustia. Sin él, nada tenía sentido; prefería haber muerto.

De pronto, la puerta se abrió lentamente y una repentina conocida voz le devolvió la vida.

—¿Por qué lloras, cariño? —preguntó mientras cerraba la puerta.

Lisandro estaba allí, frente a ella, mirándola con sus puros y sinceros ojos. El hombre de su vida estaba vivo. Sin lugar a dudas, como la misma leyenda había descrito, la Luna se había conmovido, aunque a tal punto que no sólo libró a Lisandro de su condena, sino también le devolvió la vida que había ofrecido a cambio de que su amada siguiera viva.

Así, alegre de verla despierta, corrió a sentarse a su lado. Le besó los ojos una y otra vez, luego sus manos y, finalmente, sus labios. Ella trató de hacer lo mismo, pero su hombro no lo permitió. Estaba vendado y una oscura mancha de

sangre le indicó que aquel asqueroso hombre la había herido. Se tocó y, antes de que pudiera pedir explicaciones, Ana se acercó con un sobre en la mano. Tenía su nombre. Miró extrañada a su madre, pero ésta con un gesto expresó que no hablara y, simplemente, lo abriera.

Estimada Victoria:

Quizá te preguntes por qué te escribo esta carta. Sin duda, es una pregunta más que interesante, puesto que motivos para no hacerlo tengo uno que, por supuesto, me alcanza y sobra. Sin embargo, las razones que tengo para hacerlo son, increíblemente, infinitivas. Desde ya, no podría mencionarlas todas en una carta. Ni siquiera la vida misma me alcanzaría para expresártelas, aunque, si con ella fuera suficiente, tampoco tendría sentido, pues es claro que nuestras vidas, desde hoy, irán por separado.

Como sea, Victoria, quiero que leas y guardes esta carta por el resto de tus días.

Siempre pensé que si existía felicidad posible, sólo podía ser a tu lado. No imaginaba mi vida sin tus ojos, sin tu aroma, sin tu sonrisa. Los días y las noches sin ti no eran más que una tortura y hubiera dado lo que fuera para tenerte a mi lado. Simplemente, pensé que si había felicidad alguna en la Tierra, era teniéndote sólo junto a mí. Sin embargo, después de ver lo que sufriste hace días, pude comprender que estaba equivocado o que, tal vez, nunca había entendido. No voy a adentrarme sobre mis creencias personales ni tampoco en leyendas que de ser reales prefiero no saberlo, pero sí resaltaré lo que con mis propios ojos vi. En cuanto Arandu me avisó que

estabas herida, dejé todo mi equipaje para salir a verte. Y allí estabas, frágil e inconsciente con el hombro herido, cubriendo a un hombre desnudo que, por cierto, deberá agradecerte de por vida que lo hayas salvado. Te aseguro que si no te hubieras cruzado, como me han dicho que has hecho, esa bala estaría enterrada en el pecho de ese hombre al que, ahora comprendo, amas. Los niños de la aldea también estaban allí, aunque, repentinamente, sanos y salvos. Por supuesto que no usé el término “mágicamente” porque, como sabes, siempre creo que las cosas pueden cambiar de un instante a otro sin necesidad de incluir a la magia de por medio. Y lo más llamativo fue ver a ese despreciable hombre al que seguramente lo destrozó algún animal salvaje. Sin embargo, no te voy a negar que, con respecto a él, sí me doy el permiso de pensar que murió consumido por el odio... Ya sabes, es una broma. Como sea, mi querida Victoria, lo que has vivido, realmente, me sorprendió y, como te he dicho, creo que las cosas cambian de un momento a otro, pues eso me sucedió a mí. Viendo lo que hiciste por ese hombre al que amas, mi pensamiento cambió. No seré más extenso, pues

el asunto es sencillo. Mi felicidad no es tenerte a mi lado, ni compartir el resto de mis días junto a ti. No, eso es pasado. Tú me has enseñado que mi felicidad, Victoria, simplemente es verte feliz. Y si eso implica no tenerte cerca, o que estés con otro hombre..., que así sea. Sólo sé feliz.

Así, mi querida, puedes quedarte tranquila, ya que ambos hemos comprendido las palabras que, una vez, un hombre sabio pronunció.

“La felicidad es el obsequio a los que siempre dieron, dan y darán todo por amor”.

Nunca las olvides

Dr. Francisco Elizalde

Victoria posó la carta sobre su pecho y, dejando que las lágrimas de la emoción rodaran por sus mejillas, besó con fuerte pasión al hombre que tenía delante de sus ojos, pues sólo Lisandro sería quien, desde entonces, selle por siempre su felicidad.

Fin